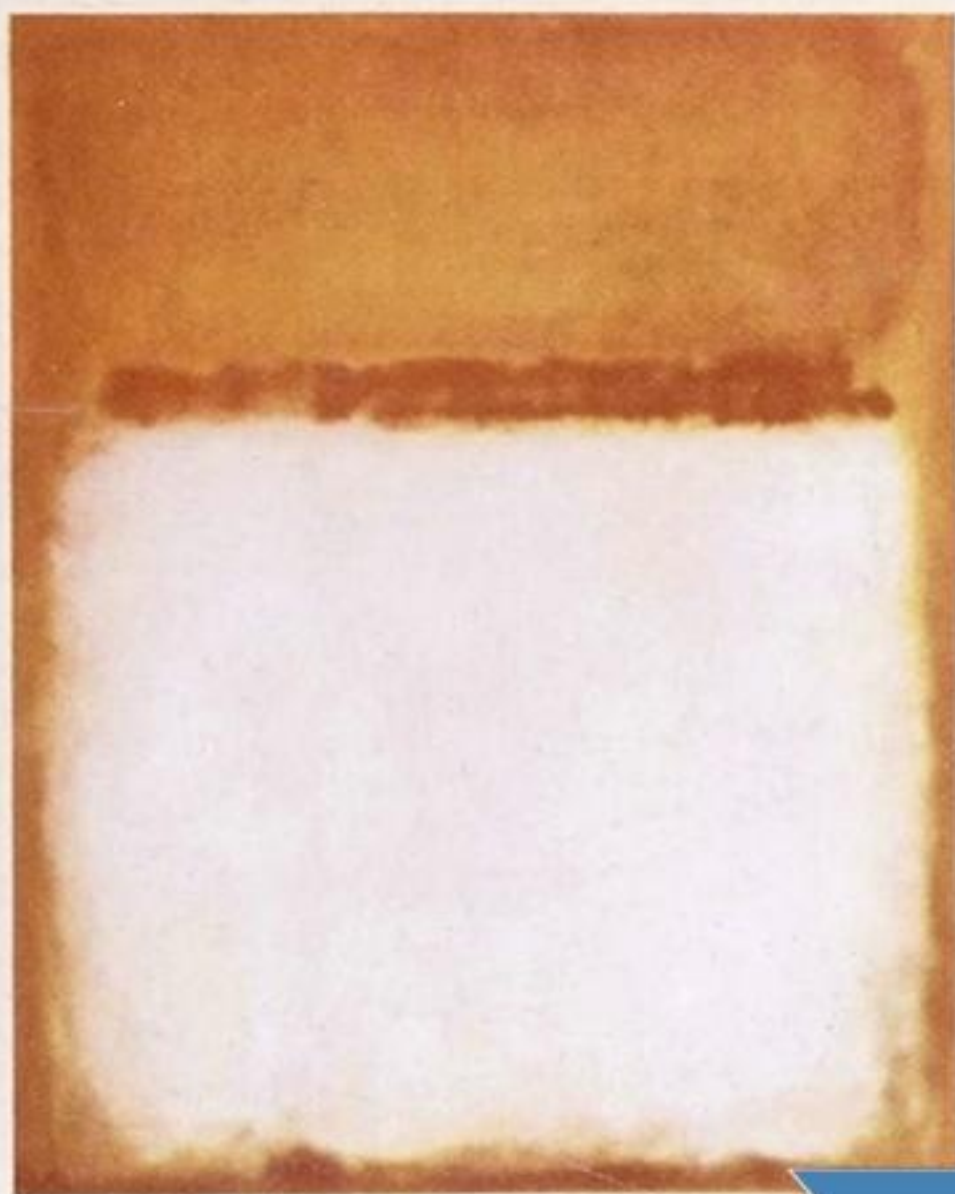


José Pablo

# Feinmann

---

## El ejército de ceniza



Lectulandia

En 1828, como un ejército de fantasmas, doscientos hombres cubiertos de polvo cabalgan infatigables por el desierto. La orden llegó desde una Buenos Aires convulsionada por la muerte de Dorrego: para que la patria sea gobernada por la razón es imprescindible acabar con la barbarie. Tras una larga espera en el fuerte, monótona hasta el desconsuelo, los soldados marchan empujados por la urgencia de la sangre. Pero ese polvo que los cubre también va borrando las certezas sobre la naturaleza de su real enemigo: el corazón de las tinieblas que se oculta bajo un sol cegador.

**Lectulandia**

José Pablo Feinmann

# **El ejército de ceniza**

ePub r1.0

lenny 27.11.2017

Título original: *El ejército de ceniza*  
José Pablo Feinmann, 1986  
Ilustración de cubierta: Mark Rothko  
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A María Julia,  
mi mujer*

LIBRO PRIMERO  
EL HORIZONTE

# 1

Era un mal día para morir.

—Ninguno es bueno —dice el doctor Villalba.

El teniente Julián Quesada, entonces, advierte que ha expresado en voz alta sus pensamientos, sin proponérselo. ¿Ha sido el miedo o la indiferencia?

No fue el miedo. ¿A qué podía temerle un hombre como yo, un soldado que había atravesado indemne la campaña del Brasil? Para mí, un duelo a pistola era apenas una caminata por Palermo con un par de tiros al final.

La guerra lo endurece a uno. Le quita el miedo. El miedo a la muerte, ¿no? El único miedo. ¿O usted conoce algún otro?

El coche del doctor Nicasio Costa, crujiendo y tambaleándose, marchaba adelante. Según los giros que diera, los perfiles que mostrara, el teniente Quesada podía ver la cara de su mortal enemigo. Debería ir casi apoyado contra la ventanilla; el sol, pese a la sombra de los altos árboles, iluminaba obstinadamente su cara. Impresionaba su palidez, sus arrugas profundas, talladas con lenta laboriosidad desde los tiempos coloniales. ¿Con ese hombre, con ese anciano a las puertas de la muerte iba a batirse ahora? Era —pensó— como mutilar un cadáver.

—¿Puedo aconsejarle algo? —dice, a su lado, el doctor Villalba.

Quesada lo mira. Benjamín Villalba es un político energético, un discursador del Café de la Victoria, un federal que pertenece a su inteligencia y su linaje antes que a su partido.

—Diga —dice Quesada.

Villalba, intencionadamente, se demora. Enciende un largo cigarro inglés. Lanza el humo y carraspea. Entonces dice:

—No lo mate. Hiéralo en un hombro, o en un brazo. O hasta en una pierna, si quiere. Pero hágame caso. No lo mate.

Quesada sonrío, descreído.

—No tengo tanta puntería. Si disparo, una de dos: o le erro o lo mato.

La cara del doctor Nicasio Costa se cubre de sombras. El coche que lo transporta ha penetrado en un denso bosquecito. Los árboles, en lo alto, amontonan su follaje hasta cubrir el sol. Mirarlos produce vértigo. O, al menos, así le ocurre al doctor Nicasio Costa, venerable figura de la clase patricia de Buenos Aires, un hombre cuya indignación, ahora, no alcanza para disimular su miedo.

—¿Falta mucho? —pregunta.

—No sé —contesta el hombre que se sienta a su lado—. El que miró todo el tiempo hacia el camino fue usted, no yo.

—Qué extraño —reflexiona Nicasio Costa—. Se me volvieron desconocidos estos lugares. ¿Cuánto hará que no vengo por aquí?

—Desde la última vez que puso en riesgo su vida, doctor Costa —dice el hombre que se sienta a su frente—. Hace muchos años, seguramente.

Créame, no tenía sentido. Era casi un moribundo, un hombre extraviado por su orgullo y por su casta. El incidente fue en el Café de la Victoria. No, no me confunda, Baigorria. Yo no soy un político, mucho menos un poeta. Eso sí, me aburría. Tanto, como en el campamento de Cerro Largo, donde nosotros, los vencedores de Ituzaingó, nos hacinábamos sin razón ni gloria.

Pedí licencia y volví a Buenos Aires. Nada, ahora lo entiendo, pudo defraudar más a mi familia. Esperaban un héroe y recibían un soldado aburrido, quejoso por la falta de pago y la vaguedad del rumbo de la guerra.

Abandoné mi hogar, no con dolor pero sí abatido por la oscuridad de los hechos que mi vida amontonaba. Deambulé durante varios días por Buenos Aires y sus suburbios, y durante uno de ellos —durante uno de esos días, quiero decirle— acabé con mis huesos en el Café de la Victoria. Allí dije —no recuerdo a santo de qué, pero seguramente con voz muy fuerte porque me exalto cuando hablo de la guerra— que el teniente Juan Ramón Costa había actuado como un cobarde durante la batalla de Ituzaingó, que no había ordenado la carga de los hombres bajo su mando, y que esta vacilación, esta debilidad miserable, le había costado la vida a muchos de sus bravos soldados, que murieron sin conducción, entre el desamparo y la impotencia, mientras él huía hacia las posiciones de los artilleros, protegiéndose, salvando vilmente su vida.

Para mi desdicha, posiblemente para la de ambos, estaba allí el doctor Nicasio Costa, padre del indigno teniente cuya indignidad acababa yo de proclamar a viva voz, porque así es como me ocurre cuando hablo de la guerra. Me exalto, se lo dije.

—De todas las tonterías que he escuchado en mi vida —dijo el hombre sentado frente a Nicasio Costa—, la mayor es que el hombre tenga miedo, pues la muerte, fin inexorable, vendrá cuando tenga que venir.

Costa lo miró durante un instante, confundido. Luego dijo:

—No le entiendo.

—Es una frase de un compatriota mío. Un poeta. No recuerdo si era exactamente así, pero ése era su sentido.

Nicasio Costa carraspeó, como si estuviera a punto de encolerizarse.

—Mister Walters —dijo—, usted no está aquí para recitar poemas.

Walters sonrió con desenfado, sonora y casi brutalmente. Era un hombre robusto, con un abultado abdomen y una papada sólida, impetuosa. Sobre sus rodillas, había depositado una caja de madera, que sostenía con sus dos manos, protegiéndola, con exageración quizá, del ajetreo del coche. Dentro de esa caja, presumiblemente, había dos pistolas. Una para el doctor Costa, otra para el teniente Quesada.

El hombre que se sentaba junto a Costa extrajo un pañuelo de su chaqueta negra y lo pasó por su frente. Padecía el calor. Se llamaba Blas Otero, era un español largamente afincado en el Plata y apadrinaba a Costa en esta aventura. Lamentó no haberle exigido que el duelo se realizara más temprano. Pero el viejo se obcecó, alegando sus años y su necesidad de dormir.



Blas Otero miró a través de la ventanilla. El sol, afuera, hería la tierra. Para colmo, la ciudad estaba convulsionada y a la espera de acontecimientos. Con más razón, entonces, hechos como éste, como este duelo tardío y caluroso, debían llevarse a cabo cuando se alzaban las últimas sombras de la noche.

No había sido así, y ya era tarde para lamentarlo.

Los coches se detuvieron finalmente en un sitio donde el follaje de los árboles era aún más denso y sinuoso. Nicasio Costa volvió a mirar hacia lo alto. No sintió vértigo esta vez, pero el desborde de la vegetación le resultó opresivo. Lentamente, descendió del coche.

El viejo se me acercó y dijo: «Usted no tendría que haber venido de uniforme. No me es grato dispararle a un soldado de la patria, aun cuando sea un proferidor de blasfemias como usted». «No se preocupe por eso», le dije. «Si tengo este uniforme es porque no tengo otra ropa. Haga de cuenta que estoy de civil».

—Está bien —dice, solemne, Nicasio Costa—. Morirá, entonces.

Mister Walters ha colocado un amplio pañuelo blanco sobre la tierra. Se mueve con gran seguridad, como si manejara la secreta urdimbre de los hechos.

—Doctor Villalba —dice—, venga, por favor. —Villalba se le acerca hasta detenerse sobre el pañuelo. Walters extrae otro pañuelo de su chaqueta, se lo entrega y dice—: Cuento quince pasos hacia mi izquierda.

Villalba obedece. Luego se detiene, gira y dice:

—Quince pasos, mister Walters.

Walters asiente con un vigoroso movimiento de su cabeza.

—Deposite allí el pañuelo que le entregué —ordena—. Y luego, retírese. —Villalba se retira. Walters fija su mirada en la figura del teniente Quesada. Ha empezado a soplar una brisa suave que mece pesadamente el follaje. Walters dice—: Teniente Quesada, ubíquese en la posición que acaba de abandonar el doctor Villalba.

Julián Quesada camina lentamente hasta detenerse sobre el pañuelo. Luego gira y se coloca en posición de descanso. Mister Walters vuelve a asentir con un vigoroso movimiento de cabeza. Luego, dice:

—Señor Otero, venga, por favor. —Blas Otero camina hasta llegar junto a Walters. El inglés extrae otro pañuelo, se lo entrega y dice—: Cuento quince pasos hacia mi derecha.

Otero obedece. Luego se detiene, gira y dice:

—Quince pasos, mister Walters.

—Deposite allí el pañuelo que le entregué —ordena Walters—. Y luego, retírese. —El doctor Nicasio Costa comienza a caminar hacia la posición que acaba de abandonar Otero. Las mejillas de Walters enrojecen y su papada se agita perceptiblemente. Dice—: No le dije nada aún, doctor Costa.

—Sé lo que tengo que hacer —dice Costa, y busca su posición.

Es un viejo pendenciero. ¿Cuántas bravatas como esta habrá hecho en su vida? Mi padre se le parece, o él se parece a mi padre, da lo mismo. Siempre visten de

negro, lo miran a uno con la barbilla erguida, están llenos de orgullo y desprecio. Si mato a este hombre, no tendré de qué arrepentirme.

Entonces mister Walters abrió la caja de madera. Había en ella lo que presumiblemente había: dos pistolas.

—Doctor Villalba, señor Otero —dijo Walters—, pueden elegir las armas.

Con pasos firmes pero lentos, sin poder eludir la solemnidad del instante —esa solemnidad grave, lúgubre, que la muerte, o la inminencia de la muerte, otorga a los actos humanos—, Benjamín Villalba y Blas Otero caminaron hasta detenerse ante la figura maciza y rubicunda de mister Walters. El inglés irguió levemente, como si la exhibiera con orgullo, la caja que sostenía entre sus manos carnosas, blandas como esponjas. Villalba tomó una pistola. Otero otra.

—Pueden entregarlas a los duelistas —dijo Walters.

Benjamín Villalba, con la misma lentitud y firmeza con que había caminado hasta Walters, se allegó al teniente Quesada. Le extendió la pistola.

—Su arma, teniente.

Blas Otero, al detenerse junto a Nicasio Costa, advirtió con temor e impotencia que a su apadrinado le temblaban las manos. Le extendió la pistola.

—Su arma, doctor Costa —dijo.

Costa tomó el arma con su mano derecha y la miró absurdamente, atónito quizá, como sorprendido por el desarrollo implacable de los hechos que él mismo había desencadenado.

Miró a Otero y preguntó:

—¿Funcionará?

—¿El arma, dice usted? —preguntó, a su vez, Otero.

—Claro, hombre. ¿Qué otra cosa podría importarme?

—El responsable de las armas es mister Walters —dijo secamente Otero—. A él lo elegimos. Él tendrá que decirlo.

Se alejó rumbo a mister Walters. Villalba ya estaba allí.

—El doctor Nicasio Costa —informó Blas Otero—, se ha interesado sobre el buen funcionamiento de las armas.

Mister Walters asintió blandamente. Su gesto fue casi compasivo.

—Caballeros —dijo dirigiéndose a los duelistas, aunque fijando especialmente su mirada en Nicasio Costa—, estas armas han sido creadas para acontecimientos como el que aquí está ocurriendo. Son pistolas de manufactura inglesa. Pueden ustedes imaginar su estilo y precisión. —Hizo una prolongada pausa. Villalba y Quesada lo miraban con fijeza, tensos, esperando sus órdenes—. Caballeros —continuó Walters—, pueden prepararse. Cuando yo lo ordene, harán fuego.

Treinta pasos separaban al teniente Quesada y al doctor Nicasio Costa. Lentamente, cada uno de ellos levantó su brazo y encañonó al otro.

Sólo restaba la orden de Walters.

—Caballeros —dijo, finalmente, mister Walters—, pueden hacer fuego.

Se oyó un súbito estallido. Ahora, el arma del doctor Nicasio Costa humeaba en su mano presurosa y torpe. La bala se había perdido en lo alto, entre la espesura.

El teniente Julián Quesada, indemne, mantenía su posición. Su brazo permanecía erguido, su mano sostenía casi con fiereza la pistola.

—No dispare, teniente —dice entonces el doctor Villalba—. Matar a este hombre no le servirá de nada. No es una muerte lo que necesita su destino.

—Silencio, doctor —ordena, enérgico, Walters—. La decisión pertenece al teniente.

Julián Quesada hace fuego. El doctor Costa cae violentamente hacia atrás, de espaldas contra la tierra, y allí queda, inmóvil.

Mister Walters, Villalba y Otero se acercan al caído.

El teniente Quesada permanece en su posición, el brazo laxo a lo largo del cuerpo, humeante el arma.

Walters se inclina sobre Costa y lo examina. Le quita la pistola de la mano, chasquea la lengua, se incorpora y anuncia:

—Está muerto. La bala entró por el ojo izquierdo. —Dirigiéndose a Villalba y Otero—: Señores, el duelo ha terminado. —Mira entonces al teniente Quesada. Dice —: Buena puntería, teniente. Lo felicito. Ahora, entrégueme su arma.

No me pregunte por qué lo maté. No lo sé bien. Porque pude haber hecho otra cosa. Descargar el arma contra la tierra, por ejemplo. Qué gesto, ¿no? Digno de un caballero. O de un soldado de la patria, como yo.

Pero lo maté. Lo maté porque era un viejo arrogante y cobarde, cobarde como el hijo que llevaba su sangre, y que mandó al muere a sus hombres en Ituzaingó.

Lo maté porque estaba aburrido. Porque el doctor Villalba se equivocaba: mi destino necesitaba una muerte. Algo, sea lo que fuese, tenía que cambiar en mi vida. Y a la vista está, Baigorria, el cambio se produjo. Si no, no estaría con usted ahora, cruzando este interminable desierto.

Cuando lo vi muerto a Nicasio Costa, no pensé que esa muerte me lanzaría hacia los dominios del misterioso coronel Manuel Andrade.

Así ha ocurrido, y posiblemente así debía ocurrir. Ahora, todo es futuro. Y los acontecimientos están allí —son la aventura, Baigorria, lo desconocido—, y esperan.

Fue durante la mañana siguiente cuando Julián Quesada —que había atravesado la noche en el barrio del Tambor, entre la vocinglería de los negros, el vino carlón y las riñas de gallos— se encaminó hacia el Fuerte. Transcurría el mes de noviembre de 1828. El sol desdibujaba la geografía de la ciudad. Los paredones punzó, pintados por obstinadas manos federales, dorreguistas, se tornaban amarillentas y ardían como una fritada espesa.

El teniente, con el paso rápido, decidido, transitó la plaza de la Victoria. Los ciudadanos estaban alborotados. Se reunían en pequeños grupos, chisporroteando. Hablaban en voz muy alta, moviendo ampliamente las manos, como si anunciaran grandes acontecimientos. Las voces llegaban hasta Quesada, pero éste no les consagraba su atención. Ya Benjamín Villalba le había informado sobre los sucesos cuya inminencia —según todos, inexorable— mantenía en vilo la imaginación de los habitantes, agitándoles el habla y los modales.

Cruzó la Recova Vieja y llegó a la plaza 25 de Mayo. Ahora, frente a él, estaba el Fuerte, con sus bastiones y sus puentes levadizos. Allí buscaría al coronel Vicente Lagos, quien, según le asegurara Villalba, tenía una misión para encomendarle.

Una misión. Una tenue señal dibujada en el horizonte. Algo que lo alejara de esta ciudad bullente, del cadáver de Nicasio Costa y sus fantasmales vengadores.

Villalba abundó en recomendaciones durante el regreso. Lucía preocupado. Preocupado por mi suerte, claro está. «No era», me dijo, «la vida de Nicasio Costa la que estaba protegiendo cuando le pedí que no lo matara, sino la suya». Le contesté —tengo mi orgullo, Baigorria— que no se desvelara tanto por proteger mi vida, que yo solo me bastaba para hacerlo.

No le disgustó mi altanería. Quizá, aventuro, era lo que verdaderamente apreciaba de mí. Me palmeó con afecto y luego encendió otro de sus cigarros ingleses. Entonces dijo: «Se avecinan horas de sangre y terror. No le exagero, teniente. Dentro de pocos días, nadie estará seguro en esta ciudad».

Le pregunté por qué me contaba eso. Le pregunté, también, si creía que yo corría algún peligro en especial, más allá del común que corrían todos. Me dijo que Nicasio Costa, pese a sus años, pese a su decadencia física y hasta moral, lideraba una importante parcialidad política, que tenía en ella muchos amigos, y que esos amigos, a partir de la muerte que yo le había inferido, eran ahora mis enemigos mortales.

«Lo matarán», fue su vaticinio sombrío. «Aprovecharán la multiplicidad y confusión de los acontecimientos, y será usted presa fácil para ellos. Su muerte, apenas, se verá como una de las tantas consecuencias —inevitable y justificada, para muchos— de la arbitrariedad de los rebeldes».

Le pregunté por qué no me lo había dicho antes. Me contestó que hubiera sido inútil. Que nada —ninguna advertencia, por terrible que fuera— me habría impedido aceptar ese duelo. Le dije que sí, que era cierto, que me conocía bien. Insistió

entonces: «Pero aún no es tarde. Si hace lo que yo le digo, se salvará». También le dije que sí, que haría lo que él me dijera. Que careciendo yo por completo del ánimo y la imaginación para trazar mi destino, aceptaba gozoso que él lo trazara por mí.

—Vengo a ver al coronel Vicente Lagos —dijo el teniente Quesada con una voz firme y casi autoritaria. Enseguida agregó—: Me espera.

Atravesó el patio del Fuerte en busca del despacho que le habían indicado. Un sargento lo hizo pasar y le señaló una silla.

—Siéntese, teniente —dijo—. Ya viene el coronel.

Quesada obedeció. Se quitó el morrión y cruzó las piernas. Sus botas aún brillaban. No recordaba cuándo, pero sabía que al lustrarlas por última vez, lo había hecho con esmero.

No demoró en aparecer el coronel Vicente Lagos. Era un hombre alto y corpulento. Una barba oscura le poblaba una cara en la que bailoteaban dos ojos pequeños pero brillosos, inasibles.

El teniente Quesada se puso de pie y entrechocó sus talones. El sonido rebotó caprichosamente en las paredes. El coronel Lagos meneó su cabeza e hizo un gesto vago con la mano, como si le pidiera que le ahorrara esas estridencias de cuartel.

—Puede sentarse, teniente —dijo—. Y hablemos en voz baja. —Sus ojos brillaron aún más cuando dijo—: Las paredes oyen.

El teniente se sentó y permaneció tieso, con el torso muy erguido, esperando las palabras de ese hombre que —lo sabía— prefigurarían su destino.

—¿Qué edad tiene, teniente? —preguntó el coronel mientras encendía un cigarro y se sentaba cómodamente ante el amplio escritorio.

—Veintiséis años —contestó Quesada. Luego, con voz apagada, agregó—: No soy joven.

El coronel fijó levemente su mirada danzarina en el humo de su cigarro. Como quien saca ciertas conclusiones, dijo:

—Es cierto. No es joven. —Y luego—: Pero, sin embargo, nadie podría decir que no ha vivido más allá de los límites de sus años.

—No le entiendo.

—No importa.

—Preferiría entenderlo.

—Vea, teniente, es muy simple. Por lo que sé de usted, por lo que el doctor Villalba me ha contado, su vida está poblada de acontecimientos inusuales, a veces extraordinarios. Como la muerte del doctor Nicasio Costa, por ejemplo.

—Perdone, coronel, pero yo no llamaría a eso un acontecimiento inusual ni extraordinario.

La cara del coronel Lagos quedó envuelta en una densa nube de humo. Se le oyó decir:

—¿Y cómo lo llamaría? ¿Una aventura?

El teniente se encogió de hombros, despectivo. Entonces preguntó:

—¿Desde cuándo despiojarse es una aventura?

—Ni los años ni la guerra le quitaron la arrogancia, teniente.

—Se equivoca, coronel. Lo contrario es la verdad. Nada extraordinario creo haber hecho con provocar la muerte del doctor Nicasio Costa. Eso es lo que pienso.

El coronel se puso de pie y caminó hasta una ventana. Miró hacia afuera.

—Yo no pienso así —dijo secamente—. Esta ciudad está por volar por los aires. Cualquier acción puede ser fatal.

—Estoy informado, coronel. El doctor Villalba me ha ilustrado abundantemente sobre la situación que impera en Buenos Aires. Además, no soy tonto, he frecuentado el Café de la Victoria y sospecho qué tipo de acontecimientos se avecinan.

El coronel Lagos se apartó de la ventana. Incluyó perceptiblemente su cabeza, como si reflexionara, y luego retornó al escritorio. Se sentó, cruzó sus manos bajo la barbilla y —cuando miró fijamente al teniente Quesada— sus ojos ya no danzaban.

He logrado que me respete. Que sienta el peso y la presencia de mi cuerpo dentro de este recinto. Que no me crea una hoja miserable, víctima de las turbulencias de un destino incierto. Aquí, frente a usted, coronel Lagos, hay un hombre que ignora el futuro rumbo de su vida, pero no por eso se entrega a la desesperación, ni lo paraliza el terror.

—Veamos, teniente —dijo Lagos meneando suavemente su cabeza—, ¿qué espera de mí?

—Una misión. Eso, al menos, dijo el doctor Villalba que usted iba a darme.

El coronel Lagos volvió a encender su cigarro. No hubo tanto humo esta vez. Fue hartamente visible el brillo de sus ojos cuando los hundió en los del teniente Quesada. Hubo un largo, presagioso silencio. Entonces Lagos preguntó:

—¿Oyó hablar alguna vez del coronel Manuel Andrade?

El teniente vaciló.

—Creo que fue un soldado de valor —dijo después—. Un héroe de las guerras de la independencia.

—¿Fue? —preguntó Lagos—. ¿Ha dicho usted... *fue*? ¿Cree que ha muerto?

—Es algo que ignoro.

—No es casual. El Ejército ha mantenido apartado al coronel Manuel Andrade durante estos años. No participó en la guerra contra el Brasil, por ejemplo. Y sé que le habría gustado lucirse en Ituzaingó.

—¿Por qué lo apartaron entonces?

—No es algo que nosotros podamos saber, teniente. Aunque usted sí. Usted quizá pueda averiguarlo.

—¿Por qué?

—Porque pasará a integrar sus tropas.

—¿Esa es mi misión entonces?

—¿Esperaba algo más?

—Esperaba regresar al frente. La guerra no terminó aún.

—La guerra está terminada, teniente —dijo con fastidio Lagos—. Dorrego firmó la paz y con ella su sentencia de muerte.

Se levantó con brusquedad. Volvió a acercarse a la ventana. Volvió a cubrirlo el humo de su cigarro. Dijo:

—Dije algo que debía haber callado. Hablé de más. A partir de este momento, escuche mis instrucciones y no haga preguntas. ¿De acuerdo?

Quesada asintió con un firme movimiento de cabeza. Lagos continuó:

—El coronel Manuel Andrade está con sus tropas en el sur, en el Fuerte Independencia. Comanda el Séptimo Regimiento de Caballería. Usted cruzará el desierto para entregarle una carta que yo voy a darle ahora. Queremos mantener informado al coronel sobre la situación imperante. Lo necesitamos. Cuando llegue junto a él, se pondrá a sus órdenes. Su misión, teniente Quesada, consiste entonces en llevar esa carta hasta el coronel Andrade, y a partir de ese momento, en obedecerle. —Lagos volvió a sentarse ante el escritorio y miró a Quesada. Dijo—: Espero haber sido claro.

Quesada asintió en silencio.

Lagos abrió un cajón del escritorio y extrajo dos sobres. Los extendió hacia Quesada. Quesada se puso de pie y los agarró. No volvió a sentarse. Lagos dijo:

—Uno de estos sobres es para el coronel Andrade. El otro es para usted. De éste voy a hablarle, pues del otro, cuanto menos sepa, mejor. ¿No quiere volver a sentarse?

—No, gracias.

—Mejor así. No demoraré mucho. Su sobre, teniente, contiene una breve biografía del coronel Andrade. Ha sido escrita, sin duda, por algún amanuense del Fuerte, deslumbrado por los guerreros de la Independencia. No es, sin embargo, excesiva. No creo que cuente nada que en verdad no haya ocurrido. La encontré en la foja de servicios del coronel Andrade y la reservé para usted. Podrá mitigar las inclemencias del viaje con su lectura. Y, sobre todo, podrá conocer algo del hombre que lo espera en ese desierto.

El teniente Quesada nada dijo. El coronel Lagos cerró con fuerza el cajón del escritorio. Continuó:

—La travesía es larga, agotadora. Le aconsejo emprenderla durante la noche. Hemos reservado un buen caballo para usted. *Queremos que llegue, Quesada.* Queremos, necesitamos que el coronel Andrade tenga esa carta. Por eso, no irá solo. Si fuera solo, existiría una posibilidad que no nos podemos permitir: la de que usted no llegue. Lo acompañará el mejor rastreador de la provincia: Andrés Baigorria. Vive en el barrio del Tambor. Váyase hasta allí y pregunte a cualquiera por él. Lo encontrará. —Apagó su cigarro aplastándolo casi con fiereza. Una vez más, la última, miró a Quesada. Sus ojos bailotearon maliciosamente, más inasibles que nunca. Dijo —: Ayer, casi con desesperación, el doctor Villalba me pidió una misión para usted. Una misión que lo arrancara de Buenos Aires. Ahora la tiene. Sé que no es la que

usted hubiera querido. Pero es la que yo puedo darle. Que Dios lo acompañe, teniente.



### 3

En la caballeriza, le entregaron un caballo negro, fibroso y ágil, con silla inglesa. A Quesada le pareció un exceso, una dádiva indescifrable. O no. Existía, sin duda, una explicación: *era la carta*. La carta y el coronel Manuel Andrade; ambos debían encontrarse, y ese caballo que ahora le entregaban, no era para él, sino para que ese encuentro no se frustrara. Quizá —pensó entonces entre el deslumbramiento y la humillación— no era su destino el que se estaba realizando, sino el de otros, innumerables, que utilizaban el suyo como medio. Sentirse un agente de la historia alcanzó para saciar su orgullo.

Atravesó la ciudad al trote corto. Le placía ese abandono, esa huida hacia lo desconocido. Rotos los lazos con su familia, estrechada por vez postrera la mano del doctor Villalba, ya nada le quedaba en esa ciudad que no fuera el odio de sus enemigos o la inminencia de acontecimientos oscuros, imprevisibles pero seguramente cruentos, insensatos.

Amainó el trote del animal cuando fueron brotando a su lado —como erupciones de la tierra— los rancheríos del Tambor. Eran casuchas de adobe, torturadas por los soles de las siestas, con grietas y cáscaras, pero pintarrajeadas con un rojo violento que los años y las lluvias apenas habían logrado amenguar.

Entró en una pulpería y pidió un trago de caña. Había unos pocos gauchos y un par de negros, pero todos le miraron el animal, codiciosos y secreteadores.

Quesada decidió ignorarlos.

—Lindo animal —dijo el hombre del mostrador mientras le llenaba el vaso con caña—. ¿Dónde lo consiguió, teniente?

El teniente no contestó. Bebió sin apuro su caña, apartó desganadamente el vaso y apoyó los codos sobre el mostrador. Entonces, con fijeza, miró al pulpero.

—Busco a Andrés Baigorria —dijo. Y aclaró—: El rastreador.

El pulpero rio abiertamente. Tenía los dientes manchados y escasos. Quesada lo miró sorprendido, tensionado ya. El hombre se sirvió un vaso de caña y lo liquidó de un trago, con un movimiento repentino pero jocundo, como si festejara algo. Después dijo:

—Yo soy muy amigo de Andrés Baigorria. Y me alegra que lo necesite un teniente como usted, un soldado de la patria. Y para más, con un animal tan hermoso como ése. Fíjese, teniente, cómo el Dios del Cielo arregla las cosas. Usted lo busca a Andrés Baigorria. Y lleva en su uniforme los colores del rancho de Andrés Baigorria. ¿Qué le parece?

—Llevo el uniforme de los *dragones* —precisó Quesada—. El del Primer Regimiento de Caballería.

El pulpero asintió con amplio gesto.

—Así es, no me equivoco —dijo—. En ese Regimiento sirvió Baigorria. Y hasta hace poco estuvo con ellos, en la guerra del Brasil. ¿No lo habrá conocido allí?

—Nunca lo conocí.

—Raro, ¿no? De todos modos, ahora lo va a conocer. —El pulpero apoyó pesadamente sus manos sobre el mostrador y se inclinó hacia el teniente—: Andrés Baigorria, teniente, ha pintado su rancho con los colores de los *dragones*. Azul, colorado y blanco. Monte en su caballo, pues, siga un tiempo más en la misma dirección que traía y si no encuentra el rancho es porque el Diablo se lo ha llevado. Y a Baigorria con él, se lo aseguro.

El teniente arrojó algún dinero sobre el mostrador y salió de la pulpería. El pulpero, los gauchos y el par de negros también salieron. Al trote corto se perdía entre el rancherío el teniente Julián Quesada.

—Lindo animal —murmuró el pulpero, como para sí—. Lindo animal para irse. Para no volver más.

—El rastreador está en todos los secretos de la campaña —ha dicho Andrés Baigorria mientras calienta el agua para el mate. Y añade—: Un buen rastreador es superior a un buen baqueano. Y le voy a decir por qué, teniente.

Ahora se ha puesto una camisa, pero cuando llegó el teniente estaba casi en cueros. «Por el calor, sabe», se disculpó. Aunque había olor a hembra en el rancho y la cama era un desatino, como si dos bestias voraces hubieran luchado allí.

—El baqueano siempre sabe dónde está. Es como dicen del comandante Rosas, que le basta con masticar el pasto para saber el nombre de la estancia donde se encuentra. —Llena un mate y se lo alcanza al teniente. El teniente acepta. Baigorria continúa—: Pero la sabiduría del rastreador es más profunda. No sólo le dice a usted dónde está, sino que lo lleva donde quiere ir, le restituye lo que se le ha perdido. Una hembra arisca, ventisquera; un hijo ingrato, un cofre con joyas. Cualquier cosa que la vida le haya arrancado, el rastreador se la devuelve.

Acerca una banqueta y se sienta junto a Quesada. Hable ahora, Baigorria, ahora que el tiempo se alarga en la siesta, y la noche es una lejanía que exaspera mi paciencia, pero que llegará, llegará para que montemos nuestros caballos y los exijamos sin piedad a través de ese desierto, hasta el fin del viaje, hasta el Fuerte Independencia y el recóndito coronel Manuel Andrade.

—Hay un lenguaje del suelo —continúa Baigorria—. El suelo le habla al rastreador, y el rastreador entiende lo que se le dice. Imagínese, en llanuras tan dilatadas como las nuestras, en donde las sendas se cruzan en todas direcciones, hay que saber seguir las huellas de un animal y distinguirlo de entre mil, conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o vacío, todo esto, ¿no? Todo esto lo sabe el rastreador.

¿Otro mate, teniente? Bueno, si insiste.

—Pero atención —y Baigorria levanta un dedo—: no crea que mi trabajo terminará cuando lo junte a usted con el coronel Andrade. No, teniente. Quieren más de mí.

—¿Por qué? —se interesa Quesada.

—Le digo. Apenas amanecía hoy cuando ya estaban en mi puerta dos cabos del Regimiento. Me traían un caballo. Un alazán fuerte, resistente. Me hablaron de usted, claro. Y del viaje éste que vamos a hacer. Pero me dieron una carta. Y la carta era una orden del coronel Vicente Lagos. «Lleve al teniente Quesada hasta el Fuerte Independencia. Una vez allí, póngase a las órdenes del coronel Manuel Andrade». ¿Qué le parece? ¡A las armas de nuevo!

Se ha acercado al teniente y le alcanza el mate. Entonces dice:

—Esa es la verdadera meta de mi viaje, teniente. El que necesita un rastreador es el coronel Andrade. Y si lo necesita, es porque va a salir a perseguir a alguien. Créamelo, es así. No nos va a faltar acción. Prepárese.

La perspectiva parece agradarle. La guerra, para él, posiblemente no es más que una hembra lacerante, a veces mortal, pero siempre apetecible.

—¿Quiere comer algo? —pregunta inesperadamente.

Entonces Quesada observa su abdomen crecido, alimentado con vino carlón y carne de cerdo. El rastreador Baigorria, no obstante, es macizo, todavía fuerte y temible. Los años sólo se le aparecen en los pelos blancos de su barba mal cuidada. O en las infinitas arrugas de su rostro, trazadas como si fueran la pesadilla de algún cartógrafo demente.

Quesada, alegando el calor antes que la falta de apetito, dice que no, que nada quiere comer.

—Si es así, tomemos vino, teniente —resuelve Baigorria—. Pero algo hay que hacer. La noche está lejos todavía.

Entonces se descorre la cortina que separa las dos partes del exiguo rancho y aparece una mujer negra, alta y brillante como si acabaran de untarla con algún aceite. Se acerca a la cama y se sienta allí, en silencio, quedamente. A Julián Quesada le parece tan hermosa, tan primitiva y bestial, como el caballo que le entregaran esa mañana en el Fuerte.

—Se llama Tumba —dice Baigorria—. Le puse así porque está siempre en silencio, porque no quiere hablar. —Se sirve un generoso vaso de vino y lo bebe hasta la mitad. Un hilo violáceo y espeso le corre ahora desde la comisura del labio. Entonces continúa—: Dije bien, no quiere hablar. Porque poder, puede. Se lo digo yo, teniente, que lo sé. Porque cuando la tengo en esa cama, habla y grita y ruge en su lengua como una bestia del infierno.

El teniente Quesada no ha dejado de mirar a la mujer. Ella viste apenas una leve tela anudada en su espalda. Despide un olor salvaje, indescifrable.

Baigorria vuelve a llenar su vaso.

—Tiene su historia —dice— ¿Quiere que se la cuente?

—No —dice Quesada.

La presencia de la mujer —en modo inexplicable para él— alteró a Quesada. Tanto, que poco faltó para que le propusiera a Baigorria partir de inmediato, ya. Prefería cabalgar durante la siesta, enfrentar el ahogo del desierto y no los tumultos que esa hembra le desataba en el alma. Se contuvo, apenas.

Baigorria, como si de pronto se hubiera cansado de hablar, le dijo que en el otro cuarto había una cama, una cama amplia y fuerte en la que podría dormir una siesta larga, tan larga que seguramente duraría hasta la noche. Quesada lo vio sonreír y adivinó cierto brillo malicioso en su mirada. Vagamente, sintió que Baigorria lo hacía a un lado, que quería estar solo con la hembra, despedirse quizá, y que esa siesta que le proponía, sólo era un modo de asegurarse su ausencia. Dominado por esta sospecha, salió del cuarto.

Llevaría una hora tratando de conciliar el sueño cuando escuchó los quejidos de Tumba. Era un sonido grave, que crecía en espasmos sucesivos hasta volverse agudo, estridente como un grito. También le llegaron algunas palabras, remotas en su sentido, quebradas por el jadeo pero violentas como obscenidades: *anatemba... momba... anaé... tumba... tumba... tumba*. Era su nombre, el que Baigorria le había dado, repetido ahora en cada jadeo, con más fuerza cada vez, hasta abrirse en un rugido feroz, calenturiento, que erizó el sexo de Quesada. Luego, nuevamente el silencio. Media hora más tarde, el teniente dormía.

Salieron durante el crepúsculo. El cielo estaba rojizo y atravesado por nubes azuladas y veloces como peces. Baigorria no ocultó su admiración cuando vio el caballo del teniente. «Un moro negro», dijo acariciándole el pelaje. «¿Es suyo o se lo dieron en el Fuerte?» Tumba estaba aun en la puerta del rancho, preparada para verlos partir. «Me lo dieron», dijo el teniente. Y agregó su certidumbre: que no se lo habían dado por él, sino para que llegara sin percances y lo antes posible hasta el Fuerte Independencia. «No ahorraron precauciones», dijo Baigorria, como pensativo. Y añadió: «Debe ser importante su misión, teniente». «No lo sé», contestó Quesada. «Sólo tengo que entregarle un sobre al coronel Andrade». Baigorria sonrió tenuemente y meneó su cabeza. Dijo: «Debe ser importante ese sobre, teniente». Espolearon los caballos y partieron. Durante un largo trecho, Quesada sintió sobre su espalda la mirada de fuego de Tumba.

Cabalaron con obstinación, sin cruzar palabra, casi sin mirarse. Baigorria llevaba la delantera, señalando el rumbo, eludiendo algún montículo sorpresivo o un pozo que podría ser letal para las patas de los caballos. El rastreador era certero, nunca vacilaba. El teniente no demoró en reconocer su pericia, en entregarle su confianza y su admiración, en preguntarse qué magia le permitía orientarse en ese desierto blanqueado por la luna, frío y mudo y cubierto por acechanzas mortales, apenas dibujadas, imperceptibles para cualquiera pero no para Baigorria, el rastreador, que las eludía implacablemente, como si las oliera, o más aún, como si las hubiera creado

él mismo y las conociera como a la palma de su mano, o como a las arrugas de su rostro, innumerables y caprichosas, talladas por el sol, la arena y el viento de ese mismo desierto.

La luna estaba alta cuando se detuvieron. Baigorria hizo un fuego, comieron una vizcacha tierna y bebieron un vino que se le transformó al teniente en necesidad de contar sus penas, al menos las más recientes, las que lo habían traído a este desierto y lo hacían cabalgar hacia la figura brumosa del coronel Andrade. Se tornó locuaz, abruptamente. Narró sus excesos en el Café de la Victoria, su exaltación cuando mentó la cobardía del teniente Juan Ramón Costa en Ituzaingó, la aparición del padre del teniente y la inevitable peripecia del duelo. Baigorria, algo zumbón pero con interés, le preguntó si esa mañana, la del duelo, había sentido miedo. El teniente no demoró su respuesta: «¿A qué podía temerle un hombre como yo, un soldado que había atravesado indemne la campaña del Brasil?» Tomó un buen trago de vino y añadió: «Para mí, un duelo a pistola era apenas una caminata por Palermo con un par de tiros al final». Baigorria preguntó: «¿Sólo eso, teniente?» El teniente, como reflexionando, contestó: «La guerra lo endurece a uno. Le quita el miedo. El miedo a la muerte, ¿no? El único miedo. ¿O usted conoce algún otro?» Baigorria contestó que ni siquiera ése conocía. Después se incorporó lentamente, agarró una rama y atizó el fuego. Hacía frío. La noche era clara y tenía incontables estrellas.

Cuando al teniente le languidecieron las ganas de hablar, Baigorria apagó el fuego y dijo que era conveniente cabalgar unas horas más. «Mañana —anunció— no hará mucho calor. Podemos marchar durante el día». Montaron sus cabalgaduras y volvieron a galopar sobre la planicie blanca, fantasmal.

Tres horas más tarde se detuvieron ante un árbol solitario. Tenía un tronco ancho y un follaje intenso, acogedor. Baigorria sugirió dormir bajo su protección. Encendieron un fuego y se acostaron. El teniente abrió el sobre que el coronel Vicente Lagos le había entregado, el que le había entregado para él, con la biografía de Manuel Andrade trazada por algún anónimo amanuense del Fuerte. Eran apenas un par de carillas cubiertas por una letra minuciosa, abigarrada pero clara. Miró a Baigorria y preguntó: «¿Le interesa saber algo sobre el coronel Andrade?» El rastreador se rascó la cabeza y señaló los papeles: «¿Habría allí algo que yo no sepa?» «No sé», contestó el teniente. «Me lo dieron en el Fuerte. Es una biografía, o algo así». Baigorria se encogió de hombros, desdeñoso: «Con lo que sé sobre el coronel Andrade tengo suficiente», dijo. Entonces encendió un cigarro y se recostó contra el tronco del inmenso árbol. Permaneció así, vuelto hacia adentro, pensativo. Finalmente dijo: «Voy a extrañar a Tumba. El recuerdo de su cuerpo caliente me va a torturar las noches. Porque así es como tiene el cuerpo. Caliente como esas brasas, o más». Apagó el cigarro, miró a Quesada y preguntó: «¿Nunca se metió en la cama con una mujer negra, teniente?» «Nunca», contestó Quesada. Baigorria se cubrió con el poncho y le dio la espalda: «No se muera sin hacerlo», dijo.

*Vida del coronel Manuel Andrade,  
héroe de la Independencia Sudamericana*

*En la ciudad de Montevideo, parte integrante por ese entonces del Virreinato del Río de la Plata, aproximadamente en junio de 1790, siendo sus padres don Pedro Javier Andrade, español, y Doña Antonia Tadea Arroyo, uruguaya, nació el coronel Manuel Andrade. Fueron sus hermanos Juan José y Anselmo, quienes sirvieron como militar y marino, respectivamente, en la guerra contra el Imperio del Brasil.*

*Muy tempranamente, cuando todavía vibraban los ecos de los clarines de Mayo tocando generala y llamando a las armas a los hijos de la tierra, el joven Manuel Andrade se incorporó a las fuerzas que organizó la Junta revolucionaria, sentando plaza como soldado distinguido en el Regimiento N.º 6 de Infantería. Corría el mes de julio de 1810.*

*Con este Regimiento, marchó incorporado al Ejército Auxiliar en la expedición a las provincias interiores, a las órdenes del coronel Francisco Antonio Ortiz de Ocampo.*

*Se halló en la represión de la rebelión de Liniers en la provincia de Córdoba; así como también en el combate de Cotagaita, el 27 de octubre, y en la victoria de Suipacha, el 7 de noviembre del mismo año. El 14 de febrero de 1811 fue nombrado cadete de la 3.ª compañía del 1er. batallón de su Regimiento, estando acampado en Oruro el Ejército Auxiliar. El 16 de abril de igual año era promovido a subteniente de bandera de su cuerpo.*

*Con esta jerarquía se halló en la desgraciada batalla de Huaqui o Yuraicoragua, el 20 de junio de aquel año. Participó en el repliegue de los restos del Ejército después de este contraste. Asistió al combate del río de las Piedras, el 3 de septiembre de 1812, y a la gloriosa batalla de Tucumán, el día 24 de este mismo mes. Por sus merecimientos en esta campaña, fue ascendido a teniente de la 2.ª compañía del Batallón de Cazadores, de nueva creación, el 16 de octubre del mismo año, grado con el cual se halló en la batalla de Salta, así como también en el avance ofensivo del Ejército de Belgrano en el Alto Perú. Recibió los escudos otorgados por las dos últimas acciones citadas.*

*Promovido a ayudante mayor con grado de capitán del Regimiento de Dragones del Perú, el 26 de septiembre de 1813, se batió con este cuerpo en las desgraciadas jornadas de Vilcapugio y Ayohuma, el 1.º de octubre y el 14 de noviembre de este mismo año. Durante la retirada del Ejército Patriota, después de la última batalla citada, el ayudante Andrade cayó prisionero a causa de estar gravemente herido y haberse fracturado un muslo, razón por la cual no podía sostenerse sobre el caballo; siendo capturado a pesar de la heroica defensa que hicieron de su persona los*

valerosos soldados Gaona y Alderete, que cayeron en poder del enemigo a causa de la intrépida resolución de salvar a su superior.

El ayudante mayor con grado de capitán Manuel Andrade permaneció en las Casas Matas del Callao por espacio de siete años, hasta que fue canjeado por el general San Martín el 12 de diciembre de 1820, incorporándolo al Batallón de Cazadores, en calidad de capitán graduado de sargento mayor.

Formando parte del 11 de Infantería hizo la segunda campaña a la Sierra, bajo las órdenes del general Juan Antonio Álvarez de Arenales. Se halló en la toma de Lima, el 10 de julio de 1821, y fue condecorado con la Medalla de Oro que tenía el lema «Yo fui del Ejército Libertador». Se halló en el primer sitio y toma del Callao, el 21 de septiembre de aquel año, recibiendo poco después la medalla de oro otorgada por el Protector a los que participaron en aquella campaña. Se halló en la defensa de Lima del 3 al 25 de septiembre de 1821.

El general San Martín le otorgó despachos de teniente coronel graduado del Regimiento 11 de los Andes, el 22 de diciembre de aquel año. Hizo la primera campaña a la Costa Sud, a las órdenes del general Domingo Tristán, asistiendo a la batalla de Ica, el 6 de abril de 1822. Recibió la efectividad de teniente coronel el 22 de noviembre de este mismo año, pasando a mediados de 1823 a formar parte del Regimiento «Río de la Plata», en calidad de 2.º jefe, siendo este cuerpo organizado con los restos de los batallones de Infantería del Ejército Libertador que habían sufrido grandes disminuciones en sus efectivos, excepción hecha del 11 de los Andes, que continuó conservando este nombre.

Con el Regimiento «11 de los Andes», Andrade participó en la desdichada campaña a Puertos Intermedios, bajo las órdenes del general Rudecindo Alvarado. Se halló en la acción de Calana, el 1.º de enero de 1823, bajo el superior comando del general Enrique Martínez, comandante de la vanguardia de Alvarado, donde los independientes lograron hacer batir en retirada al famoso general Gerónimo Valdez. Tomó parte en las sangrientas y desgraciadas batallas de Torata y Moquehua, el 19 y el 21 del mismo mes de enero, mandando la columna de cazadores del Ejército Patriota, siendo el comandante Andrade uno de los que pudieron escapar de aquel tremendo desastre, que redujo las fuerzas expedicionarias de 4000 a un millar de hombres, que apresuradamente embarcaron rumbo al Callao.

Se halló luego en la batalla de Junín, y encargado por el General Bolívar de una expedición sobre las costas del Sud, libertó la provincia de Ica, siendo nombrado Comandante General de la Costa Intermedia, con asiento en la última ciudad mencionada.

A principio de 1825 fue designado por Bolívar prefecto del Departamento de Ayacucho, cargo que ejerció hasta fines de julio del mismo año, que dimitió. Recibió finalmente la medalla con el busto del Libertador mandada grabar aquel año.

En abril de 1826, regresa a la Patria. Proveniente de Ayacucho llega a Mendoza donde lo aguarda una orden del Ejército Argentino: formar en esta ciudad un



*Batallón de Granaderos y en San Juan unos Escuadrones de Caballería, destinados a las fuerzas en operaciones contra el Brasil, tarea que impidieron los gobiernos de ambas provincias por influencia de Juan Facundo Quiroga, introduciendo el desorden y la indisciplina en tales cuerpos, que se disolvieron.*

*Con fecha 22 de febrero de 1827, el Presidente Rivadavia le extendió despachos de coronel del Regimiento 7.º de Caballería de Línea, cuerpo que se hallaba a la sazón destacado en el Fuerte Kaquel, Frontera Sud de la Provincia de Buenos Aires, con el que pasó más tarde al Fuerte Independencia.*

*El 1.º de marzo del mismo año de 1827, le fueron revalidados sus despachos de coronel graduado de la disuelta División de los Andes.*

*El coronel Manuel Andrade es un orgullo del Ejército y de la Patria, a los que ha dedicado su vida, pues ambos, indisolublemente, se identifican.*

Durante días y noches continuaron cabalgando a través del desierto. La fortuna — aseveró Baigorria— los acompañaba, pues el sol, el sol impiadoso del verano, se prefiguraba apenas en algunas regiones calcinadas, que sólo al paso quedo era posible atravesar para no ahogar los caballos, y para no enloquecerse, arriesgándose a que el calor les enmarañara la razón, les hiciera extraviar el rumbo y los llevara a girar por laberintos, que su locura y no ya ellos trazaría interminablemente.

Acamparon apenas. Cruzaron pocas palabras. A partir de cierto instante, sólo les importó llegar. Era como si ese desierto fuera una separación insidiosa, fútil, entre ellos y su destino. Lo desconocido —lo nuevo, la aventura— los esperaba allí, en el Fuerte Independencia. Este desierto era una mera extensión que había que atravesar. Sólo esto.

«Ha refrescado», verificó una noche Baigorria calentándose las manos ante un fuego escuálido. «Después de estas frescas, se vienen unos calores temibles. Ojalá demoremos en salir a campaña». «¿Y quién le ha dicho que hemos de salir a campaña?», preguntó el teniente. Baigorria estregó sus manos aún más cerca del fuego. «¿Qué le pasa, teniente?», preguntó. «¿No quiere acción?» El teniente rio y una bruma cálida salió de su boca. «No es eso», dijo. «Sólo intento averiguar el origen de sus infalibles certezas». «No soy brujo», aseveró Baigorria. «Y además ya se lo he dicho. Piense esto: ¿usted cree que a alguien le enviarían un rastreador para que se quede donde está?» «El que hiciera eso estaría loco», dijo Quesada. «Es lo que yo pienso», confirmó Baigorria. Cubrieron de arena las brasas y volvieron a montar. En pocos minutos, cabalgaban nuevamente sobre la llanura, devorándole las distancias.

Demoraron diez días más en llegar. Fue durante un crepúsculo, tan rojizo y tenaz como otros que habían atravesado, cuando Baigorria detuvo su alazán y señaló el horizonte: «Ahí está, teniente», dijo. «Ahí lo tiene. Es el Fuerte Independencia». El teniente esforzó sus ojos, pero para él, que no era hijo del desierto, que no había nacido, como Baigorria, para escrutarle sus sigilos y levedades, sólo había allí una mancha espesa, que bien podía ser una bruma, una polvareda o uno de esos árboles grandes y solitarios que el Creador había puesto en esa planicie apenas para que existiera la sombra. «No hay nada allí, Baigorria», dijo. «Sólo una mancha». «Esa mancha es nuestro destino», dijo Baigorria. «Venga y convéznase». Y lanzó al galope su cabalgadura.

No demoraron en delinearse las altas empalizadas, los dos mangrullos, la bandera de la patria. Maravillaba pensar que en ese desierto mudo, en ese universo abandonado al ocaso, quizá olvidado por Dios, existieran hombres capaces de plantar prolijamente esos troncos, construir esas murallas, cavar el foso y tender el puente levadizo, y erigir finalmente el mástil e izar esa bandera como símbolo de una obstinación invencible. ¿De esta clase de hombres, entonces, es el coronel Manuel

Andrade? Si es así, será un honor ponerme a sus órdenes, obedecerle. Hacer de su causa, la mía. Y de su persona, mi devoción.

Había muchas tiendas de campaña en los alrededores del Fuerte. Había también fogatas y olor a carne asada. Los soldados saludaban con simpatía a los recién llegados, alzando una mano o sonriendo y meneando alegremente la cabeza. La curiosidad agitaba los ojos del teniente, que iban de aquí para allá, tratando de no perder detalle, poseídos por el desborde y el color de la visión. «Hay muchos soldados aquí», murmuró Baigorria. «Nunca imaginé que el Séptimo de Caballería se había poblado tanto». «Parecen alegres», dijo Quesada. «Da placer mirarlos. Es como si les gustara la vida de la milicia». «Sí, alegres», repitió Baigorria, como para sí. «Demasiado alegres, me parece.»

Atravesaron el puente levadizo y entraron al Fuerte.

Baigorria se santiguó.

Llevaron los animales a la caballeriza. Los recibió un soldado rubio, alto, con unos anteojos que le bailaban sobre la nariz. Miró con asombro al moro negro de Quesada.

—¿Es suyo, teniente? —preguntó.

La visión de una soldadesca codiciosa y rapaz cruzó como un rayo la mente de Quesada.

—No —dijo—. Lo traigo para el coronel Andrade. Se lo mandan desde el Fuerte de Buenos Aires.

Los anteojos corcovearon en la nariz del soldado y cayeron al suelo. Se inclinó, los recogió y volvió a colocárselos. Cuando miró a Quesada, todavía el miedo agrandaba sus ojos.

—Lo voy a cuidar muy bien entonces —dijo.

—Más que a su vida, soldado —dijo el teniente—. Cuídelo y cuídese.

Cuando volvieron al patio del Fuerte, dijo Baigorria:

—Le apuesto algo. No por dinero, eh. Por el gusto de apostar, nomás.

—Está bien —aceptó el teniente—. ¿Cuál es la apuesta?

—El moro se lo queda Andrade —afirmó Baigorria—. O es cierto que se lo mandaron del Fuerte para él, o se lo agarra sin más.

—No hay apuesta —dijo el teniente—. Lo mismo pienso yo.

Reinaba el orden dentro del Fuerte. El patio era apenas atravesado por soldados sin prisa, por escasas mujeres con baldes y trapos y por uno que otro perro despistado. De las ventanas de las habitaciones surgía la luminosidad mortecina de los quinqués. Fuera, en las columnas de la galería, abundantes faroles con vela de sebo o aceite de potro derrochaban sobre el patio una luz amarillenta, que acentuaba o disminuía caprichosamente su intensidad, como si padeciera espasmos.

Se les acercó entonces un sargento que dijo apellidarse Castro. Era un hombre corpulento, con unos bigotes negros y tristes que le circundaban los labios hasta caérsele sobre la barbilla.

Baigorria y Quesada se le presentaron.

—Raro que no nos conozcamos —dijo Baigorria—. Me conocen todos por aquí.

—Soy nuevo —dijo el sargento, justificando—. No llevo todavía un mes en este lugar. Con decirle que todavía no conozco al coronel.

Baigorria y Quesada dejaron pasar por alto tan extraña afirmación. El teniente dijo:

—Tengo una carta para el coronel. La traigo desde Buenos Aires.

El sargento Castro frunció los labios y los bigotes se le amontonaron bajo la nariz. Dijo:

—Teniente, lo que yo puedo hacer es llevarlo a usted a la habitación de los oficiales y juntar al señor Baigorria con los soldados. Como corresponde, ¿no? Después, usted verá qué hace con su carta.

—Acompañe al teniente, entonces —dijo Baigorria—. Yo me arreglo solo.

El teniente tendió sus brazos al rastreador.

—Aquí nos separamos, Baigorria —dijo, exagerando.

—No se preocupe, teniente —dijo Baigorria, zumbón—. Hasta las piedras vuelven a encontrarse.

Rieron y se estrecharon en un fuerte abrazo.

El sargento Castro indicó el camino a Quesada.

—Se encontrará ahora con el teniente Ocampo y el doctor Forrest —dijo—. Hay otro teniente, pero no está. El coronel Andrade lo mandó al desierto. Suponemos que rumbo a Buenos Aires.

—¿Hace cuánto?

—Cuatro días. Velazco, se llama Velazco ese teniente. Es como si fuera la mano derecha del coronel. Su preferido, ¿no?

¿Para qué ha enviado Andrade uno de sus hombres a Buenos Aires? ¿Presiente, acaso, los acontecimientos e intenta adelantarse a ellos? Si es así, mi presencia calmará su ansiedad. Seré bienvenido. Le traigo lo que más anhela saber: los turbulentos sucesos de Buenos Aires.

—Señores —ha dicho el sargento Castro—, el teniente Quesada.

—Julián Quesada —completa el teniente.

Dos hombres que han estado sentados frente a un tablero de ajedrez, se ponen ahora de pie. Uno es un civil, el otro un militar. El civil viste una chaqueta larga y negra, la ostensible cadena de un reloj le cruza el chaleco y en el cuello de su camisa se anuda una corbata con muchas vueltas. Tiene unos ojos grises, despiertos y pequeños. Y su barba también pequeña, puntiaguda, cincelada con esmero, se esfuma sin llegar a las patillas.

Extiende su mano hacia el teniente y dice:

—Soy el doctor Forrest. Bienvenido, teniente.

Ha dicho la frase sosteniendo entre sus dientes un largo cigarro inglés. «Como Villalba», piensa Quesada.

El militar es alto, lampiño y oliváceo. Ofrece su diestra al teniente.

—Teniente Ocampo —dice—. ¿Quiere tomar algo? Tenemos coñac.

El teniente acepta.

El sargento Castro saluda y se retira.

El teniente Ocampo abre un armario donde hay vasos y botellas. El doctor Forrest escudriña largamente a Quesada. Sus párpados entrecerrados tornan casi invisible sus ojillos grises. Finalmente pregunta:

—¿Viene a unirse a nosotros, teniente?

—Eso creo.

—Se pondrá entonces el sobrio uniforme azul del Séptimo de Caballería. Eso que lleva ahora, discúlpeme la franqueza, aturde con tantos colores.

—Es el uniforme de los *dragones*, doctor. Se ha cubierto de gloria en Ituzaingó.

—Esas glorias están muy lejos de aquí —dice el doctor con cierto aire de resignación, quizá de cansancio. Y añade—: Usted lo sabe bien. Acaba de atravesar el desierto que nos separa de ellas.

—Su coñac —dice el teniente Ocampo extendiéndole un vaso a Quesada.

—¿No me acompañan? —pregunta Quesada.

—Es raro que yo beba —dice Ocampo—. Y el doctor tiene su bodega propia.

Forrest, sin dejar de mirar a Quesada, extrae una petaca de su chaqueta. La lleva a sus labios y bebe largamente. Luego la guarda.

—Es *whisky* —dice—. Sólo bebo *whisky*, teniente. A veces, demasiado.

Se produce un silencio incómodo. Quesada termina su coñac y deja el vaso sobre una repisa. Ocampo pregunta:

—¿Quiere más?

—No, gracias —dice Quesada. Vacila un instante y por fin se decide—: Creo que tengo que explicarles por qué estoy aquí.

—No es necesario, teniente —dice Forrest, sin mirarlo esta vez—. Nadie se lo pide.

—Tengo que ver al coronel Andrade —dice Quesada—. Traigo una carta de Buenos Aires para él.

El doctor Forrest y el teniente Ocampo intercambian una rápida mirada. Se produce un nuevo silencio. El doctor extrae su petaca y toma otro trago. Se acerca luego al tablero de ajedrez, lo mira con desgano y mueve una pieza. Finalmente fija sus ojos grises en Ocampo y dice:

—Creo que tendrá que visitar al coronel Andrade, teniente. ¿O acaso no sospechamos que espera ansiosamente noticias de Buenos Aires? Bueno, parece que han llegado.

El teniente Ocampo, sin decir palabra, sale de la habitación.

El doctor Forrest se sienta frente al tablero de ajedrez. Mira a Quesada y pregunta:

—¿Juega al ajedrez, teniente?

—No —dice Quesada mientras se sienta frente al doctor Forrest.

—Qué lástima —dice el doctor—. Porque el teniente Ocampo, y no le cuento nada que él no sepa, es un jugador demasiado torpe, demasiado inhábil para mí. Y entonces, me aburro. Me aburro mortalmente en este lugar, teniente. —Vuelve a sacar su petaca y toma otro largo trago de *whisky*. Continúa—: Y no me pregunte por qué no me voy, porque tendría que contarle demasiadas cosas, y no quiero.

—Sería lamentable que usted se fuera —dice Quesada, sensato—. En lugares como éste, siempre hace falta un doctor. Y más aún si es un inglés, como usted.

El doctor Forrest larga una risotada. Dice:

—En lugares como éste, teniente, *siempre* hay un doctor inglés. Es una ley de la vida. Busque un lugar apartado de la civilización, solitario, sumergido en el desierto, allí habrá un doctor inglés. Un doctor escéptico, socarrón, algo borrachín, que huye

de un pasado indigno, o de sí mismo, nadie lo sabrá nunca. Pero el personaje estará allí, en ese recóndito lugar del mundo, ocultándose. Aquí, en el Fuerte Independencia, ese personaje está ahora frente a usted. Soy yo, teniente, *of course*.

El teniente Ocampo entró en la habitación, cerró la puerta y permaneció allí, en silencio, largamente, como si el tiempo se hubiera detenido. Forrest y Quesada cruzaron con él sus miradas y nada dijeron. Quizá, durante algún instante, el tiempo se detuvo, o al menos se demoró.

Ocampo se dirigió, entre vacilante y perezoso, hacia el aparador de los licores. Se sirvió un coñac. El doctor Forrest encendió su cigarro, empeñado en apagarse y contrariarlo. Ocampo dijo:

—No me gusta ser portador de malas noticias. Aunque, en este caso, no sé si son malas o buenas.

—Eso podemos decidirlo nosotros, teniente —dijo Forrest, con cierto fastidio—. Usted simplemente díganos lo que sabe.

Ocampo tomó un largo trago de su coñac, miró al teniente Quesada y dijo:

—Teniente, el coronel Andrade me ha ordenado comunicarle que no lo recibirá. No por el momento, ha dicho. —Se detuvo. Respiró profundamente, como si sus pulmones reclamaran un aire imperioso. Luego continuó—: En cuanto a la carta que usted trae, la carta de Buenos Aires, ordena que me la entregue a mí. Yo se la entregaré a él.

—Bien —suspiró el doctor Forrest—, podemos evaluar ahora si son buenas o malas noticias. —Miró a Quesada—: ¿Usted qué opina?

—No conozco al coronel Andrade —dijo Quesada—. Y parece que demoraré en hacerlo. Mal puedo, entonces, interpretar sus órdenes. Me limitaré a obedecerlas. —Extrajo un sobre de uno de sus bolsillos y lo extendió hacia Ocampo—. Teniente, esta es la carta.

Ocampo terminó abruptamente su coñac, agarró la carta y abandonó sin más trámite la habitación.

El doctor Forrest, como abstraído, dejó deslizar su mirada tras la línea ondulante del humo de su cigarro. El teniente Quesada dijo:

—Sospecho que me va a sobrar el tiempo. Puede enseñarme a jugar al ajedrez, si quiere.

—Puedo hablarle del coronel Andrade, si quiere.

—No le entiendo.

—Sí, me entiende. —El doctor Forrest lo miró con sus pequeños ojos grises, ahora iluminados por una sorna vivaz, danzarina. Dijo—: Reconozco que el teniente Ocampo es un poco melodramático. Es algo que le ocurre tanto a los genios como a los tontos. Usted sabrá dónde ubicar al teniente.

—Al grano, doctor.

—A eso voy. Opino que está usted bajo una fuerte impresión. Que la orden que le ha transmitido el teniente Ocampo, lo ha confundido por completo. Y que esta confusión lo ha llevado a hablar de algo que le importa muy poco, me refiero al juego



del ajedrez, en lugar de hablar de aquello que le preocupa.

—El coronel Andrade, por ejemplo.

—Por ejemplo.

—No tengo por qué mentirle: me preocupa. Además, no lo entiendo.

—No le va a ser fácil.

El teniente Quesada se puso de pie y comenzó a caminar nerviosamente a través de la habitación. Impávido, el cigarro entre los dientes, la línea del humo dividiéndole en dos mitades la cara, el doctor Forrest lo observaba.

—No me recibe. ¿Cómo es posible que haga una cosa así? ¿Usted lo entiende?

—Hace apenas unos minutos, dijo usted que no interpretaría las órdenes del coronel. Era una decisión sensata.

—No soy sensato. He atravesado un desierto para ver a este coronel. Vengo de Buenos Aires. Él lo sabe. Sabe que esa carta es necesariamente insuficiente. Que nunca podrá transmitirle lo que yo puedo. El clima de Buenos Aires, los pequeños rumores, los silencios, las amenazas, los miedos y el odio que crece entre la gente. ¿Puede todo eso estar en una carta, en un pedazo de papel?

—Todo eso lo tendrá el coronel Andrade —dijo Forrest, sobreponiendo su voz a la del teniente, como conteniéndolo—. Sólo tiene que esperar. Por ahora, se ha limitado a desairarlo a usted. Una muestra de su autoridad, de su poder. Entretanto, espera.

—Espera, ¿qué?

—El regreso del teniente Santiago Velazco.

—Su mano derecha.

—¿Ya lo sabe?

—Me lo dijo el sargento Castro.

—Le gusta hablar al sargento. Pero no le mintió. Si en alguien deposita su confianza el coronel Andrade, es en Velazco. Y ahora, teniente, deje de dar vueltas por esta habitación. Siéntese, por Dios, y cálmese. —El teniente obedeció. Volvió a sentarse frente al doctor y el tablero de ajedrez quedó entre ambos, separándolos. El doctor dijo—: Hace cuatro días que partió Velazco. Como verá, si hemos de esperarlo antes de emprender cualquier acción, tenemos para rato. Lo mejor será dominar los nervios y hacer de la paciencia un culto.

Hubo un silencio. El teniente, vuelto sobre sí, parecía hurgar entre sus pensamientos, tratando de darles algún orden. Finalmente dijo:

—No sólo de Velazco me habló el sargento.

El doctor Forrest volvió a encender su cigarro, que se había apagado una vez más. Lo cubrió una bruma con aroma a tabaco inglés.

—No me sorprende —dijo—. Se lo acabo de decir: le gusta hablar al sargento. ¿Qué más le contó?

—Que el coronel Andrade hace un mes que no sale de su habitación. ¿Es cierto?

—Así es. Se ha encerrado allí y sólo Velazco podía entrar a verlo. Ahora es

Ocampo. Pero no es distinta la situación: nuestro jefe se ha tornado invisible. No me pregunte por qué. Nadie lo sabe. Sólo es posible conjeturarlo. Si uno, claro está, es capaz de hacerlo. O se atreve.

—¿Cuál es su caso?

—Tengo algunas ideas. Usted parece un hombre culto, teniente.

—Estudié un par de años en Chuquisaca.

—Honor al mérito. Merece, entonces, mi opinión. —Depositó su cigarro sobre un borde de la mesa. Alguna ceniza cayó al suelo. Se estregó las manos e inclinó su cuerpo hacia el teniente, como quien se dispone a narrar un secreto que no debe ser confesado. Dijo—: Según pude saber, el coronel Andrade ha estado siete años preso en las mazmorras del Callao. Terrible historia, teniente. Cuando a un hombre le ocurre algo así, la reclusión se le vuelve una necesidad. La necesita para meditar, para buscarse, para ocultar un dolor o para provocarlo. En esta oportunidad, el coronel Andrade se ha encerrado para prepararse. Ha sido un héroe, un guerrero. Y sólo en la guerra puede vivir. Ha enviado a su teniente Velazco a Buenos Aires porque sospecha algo. ¿Quiere saber qué? Sospecha que se está agitando la historia. Y la historia es la gran aliada del coronel. Porque la historia es la guerra. Se prepara, entonces. Se ha encerrado y espera. De Buenos Aires le traerán la gran nueva: la guerra se ha despertado. Y la historia, una vez más, reclama a su guerrero. —Volvió a tomar su cigarro, lo chupó largamente, con delectación. Volvió a cubrirlo una bruma espesa. Luego dijo—: No obstante, su reclusión no ha alterado la disciplina del Fuerte. Tal es su autoridad. Sólo en las tiendas de afuera hay algún alboroto, alguna inexplicable alegría. Pero no más. Todos saben que el coronel Andrade se ha encerrado. Pero también saben que saldrá. Y temen.

El teniente Quesada se pasó una mano por la frente y sacudió los hombros, aliviándose la tensión.

—Doctor Forrest —dijo señalando con un gesto el tablero de ajedrez—, esto nos va a ayudar. Ya que no somos dioses de la guerra, esperemos el destino sin solemnidad ni aburrimiento. Vamos, enséñeme a mover las piezas de este juego endiablado. Puedo resultarle un adversario más temible que el teniente Ocampo.

El doctor Forrest sonrió y empezó a alinear las piezas.

—No me sorprendería —dijo.

Los días se hicieron largos en el Fuerte Independencia. Cada uno más largo y caliente que el anterior. Mediaba diciembre y el sol era vertical, ardía largamente y se demoraba hasta morir en el horizonte, entre un cielo rojizo que figuraba el fuego pero era el frío y también la noche. A través de la ventana de su habitación, el teniente Quesada veía una luna circular y blanca que era siempre igual, tan igual que ni siquiera le era útil para medir el tiempo, el fin de cada día, el transcurrir de la espera. Se arrebujaba en su camastro y laboriosamente trataba de dormir, evocando imágenes de su infancia, o alguna canción que solía cantar su madre. El pasado, sólo lo bueno del pasado.

Lo exasperante no era la demora del teniente Santiago Velazco, sino otra cosa: que nadie hablara de él. Nadie parecía esperar su regreso. Y aquél que debía esperarlo era menos que una sombra. Era una persistente ausencia, sólo una voluntad que, escasamente, accedía a expresarse a través de su caricatura, el torpe teniente Ocampo.

Los encuentros con Baigorria se volvieron rutina. Pero una rutina que el teniente aceptó con agrado, que le ayudó a sobrellevar el tiempo, aunque nunca a olvidar la espera. «Le queda como pintado ese uniforme, teniente», le dijo Baigorria el día que lo vio con las ropas del Séptimo de Caballería. «Parece un cielo sin nubes».

Durante las noches, a la luz y el calor de los fogones, se acostumbraron a comer la carne que asaban los soldados. Curiosamente, en las conversaciones, tejidas por historias de aparecidos o hazañas y desventuras de las guerras en que habían agostado sus fuerzas esos veteranos, nadie nombraba al coronel Andrade. Era como si para ellos, para esos soldados, sólo existiese el presente. Como si el teniente Velazco no estuviese ahora cabalgando hacia el Fuerte Independencia, trayendo la orden que el oculto jefe de las tropas esperaba para lanzarlas a la guerra.

¿Era así —se preguntaba a veces Quesada— o el equivocado era él, y la verdad la tenían los sabios y curtidos soldados, la gente de los alrededores del Fuerte, y allí no era la guerra lo que estaba por suceder sino solamente esto, lo que ahora sucedía: los largos días, el frío de las noches, las charlas junto a los fogones, y esa alegría fácil, sencilla, ese alboroto nunca desbordante, pero posiblemente más real que sus fantasías? Se agitaba en estas dudas, y hasta el sueño llegó a abandonarlo durante las noches.

Aprendió el trabajoso arte del ajedrez. El doctor Forrest fue un maestro esmerado y piadoso, pues nunca lo humilló con sus conocimientos. Prefirió vaciar varias petacas de *whisky*, fumar sus cigarros ingleses y dormir largas siestas que se estiraban hasta el anochecer, cuando se levantaba para sentarse frente al tablero de ajedrez y frente a su discípulo y adversario Quesada. El teniente Ocampo entró y salió, cada vez con menor frecuencia, de la habitación del jefe oculto, pero nunca trajo una noticia, ni siquiera una palabra, que pudiera echar alguna luz sobre el enigmático futuro que a todos esperaba.

Cierta noche, atormentado por el insomnio, el teniente Quesada abandonó su habitación. Salió a la galería, se apoyó en una columna y dejó vagar su mirada por el patio del Fuerte, tenuemente iluminado por algunos fanales con aceite de potro. La luna, como siempre, estaba allí y era la misma —blanca y fría y circular—, la misma que veía desde, ¿cuántas noches ya? No había perdido la cuenta, sino que había dejado de numerarlas.

De pronto, en la galería de enfrente, una puerta se abrió y se cerró. Instintivamente, el teniente se guareció tras la columna. Luego, con extrema cautela, deslizó su mirada. Un hombre delgado, muy erguido, con el uniforme del Regimiento pero con un morrión de copa más alta que los comunes, atravesaba la galería hacia uno de los mangrullos, el del frente, el más elevado de los dos que había en el Fuerte.

El teniente esforzó sus ojos, concentró en ellos toda la fuerza de su espíritu, tratando de atravesar las sombras. El hombre subió ágilmente una escalera. Cuando llegó a lo alto, el vigía lo saludó y abandonó de inmediato el mangrullo, como si eso ya estuviera convenido. El hombre quedó solo, solo en lo alto del mangrullo.

Ahora la luna iluminaba su rostro, brillándole en los ojos. Tenía la nariz recta, los pómulos salientes, la barba en punta. Y el cuerpo inclinado hacia adelante. ¿Por qué así, hacia adelante? Parecía una fiera al acecho. El horizonte lo atraía. Tenía su vida puesta en ese horizonte. Lo miraba como descifrándolo: una polvareda, un brillo, un ruido, cualquier signo que anunciara lo por venir. Permaneció allí, como hipnotizado.

El teniente Quesada abandonó la galería. Regresó a su habitación, cerró la puerta y se arrojó sobre el camastro. Durante horas, quizá durante toda la noche, no pudo cerrar los ojos. Un insomnio tenaz se los mantuvo abiertos en medio de la oscuridad. Sólo sentía los latidos de su corazón.

Había conocido al coronel Manuel Andrade.

Tampoco él podía dormir.

LIBRO SEGUNDO  
LA PERSECUCIÓN

# 1

Más allá de las navidades —durante las que no ocurrió nada que alterase la rutina del Fuerte, ninguna algarabía, ningún fervor religioso, ningún «Jesús» que inundara más de lo frecuente el habla de la soldadesca—, regresó el teniente Santiago Velazco. Era un hombre de mediana estatura, algo cuadrado, pero ágil y repentino. Tenía una cicatriz en la mejilla izquierda. Dejó su cabalgadura en manos del soldado rubio y anteojudo de la caballeriza, se sacudió con violencia el polvo del desierto y se dirigió resueltamente hacia la habitación del coronel Andrade.

Golpeó la puerta, algo dijo y entró.

El doctor Forrest dejó deslizarse la cortina de la ventana de los oficiales. Cuando giró, sintió la mirada expectante del teniente Quesada buscándole los ojos.

—Nuestra espera ha terminado —le informó—. Es el teniente Santiago Velazco. Acaba de entrar en la habitación del coronel Andrade. Por sus gestos, por el modo de sacudirse la polvareda, por el modo en que caminó hasta la habitación del coronel y golpeó su puerta, deduzco que la noticia que trae es la vieja y siempre renaciente noticia de la guerra. Ya no lo dudo, saldremos a campaña.

Bienvenida esta guerra, doctor. Cada día, en el Fuerte Independencia, era tan idéntico al anterior, que el tiempo había dejado de existir. Ahora todo ha saltado por los aires, todo vuelve a empezar. Enfrentaremos el desierto, buscaremos algún enemigo y el sueño de las noches retornará.

El teniente Ocampo ha regresado a la habitación y ahora reposa sobre su camastro, con la nuca apoyada entre sus manos y las piernas cruzadas. Respira con cierta agitación y tiene los ojos muy abiertos, fijos en algún punto del techo.

Ni el doctor ni Quesada le dirigen la palabra. Lo dejan entregado a sus pensamientos, o a sus emociones, que parecen abrumarlo.

El doctor Forrest no se ha apartado de la ventana. Ahora saca su petaca y bebe un dilatado trago de *whisky*. Luego, vuelve a mirar hacia la habitación del coronel Andrade. Esa puerta —piensa— no demorará en abrirse. ¿Saldrá por ella sólo el teniente Velazco, o el coronel, por fin, accederá a exhibirse nuevamente ante sus subordinados? La voz del teniente Ocampo —un rezongo abrupto y bochinchero— lo arranca de sus cavilaciones.

—Me echó sin miramientos —se ha lanzado a decir—. Como a un perro molesto, una alimaña o qué sé yo. Señaló la puerta y me dijo: «Ocampo, váyase de aquí». Le hubieran visto la cara a Velazco: reventando de orgullo, así estaba. —Ahora se ha puesto de pie y se dirige torpemente hacia el armario de las bebidas. Un rubor que rezuma el despecho y también la envidia le tiñe el rostro. «Va a terminar por habituarse a beber», piensa Quesada. Ocampo continúa—: ¿Quién lo ha servido durante todos estos días? ¿Acaso no cumplí sus órdenes con eficacia? Contésteme usted, doctor. ¿Fui o no fui eficaz?

—Esas órdenes que usted menciona, teniente —dice el doctor—, fueron muy

pocas. Si algo eligió el coronel para mantener su poder o su leyenda, fue la reclusión, la ausencia.

Ocampo echa coñac en un vaso hasta desbordarlo. Al hacerlo, le ha temblado la mano. Luego dice:

—Por Dios, doctor, no se ponga difícil. Le pregunté por las órdenes. Muchas o pocas, creo haberlas cumplido.

—Si eso le preocupa, tranquilícese. Las cumplió.

—¿Merezco este trato, entonces? ¿Esta ingratitud, este desprecio?

—No sé —contesta el doctor Forrest, que ha vuelto a mirar a través de la ventana—. Pero puede preguntárselo al teniente Santiago Velazco. Viene hacia aquí.

Ocampo toma un desmedido trago de coñac. El alcohol se desborda por las comisuras de sus labios y le mancha el uniforme. Resopla como un caballo agitado. Abandona el vaso y se desploma sobre su camastro. Entonces permanece allí, silencioso, tieso, buscando quietarse.

El doctor Forrest abandona la ventana y busca su lugar predilecto, el sillón frente al tablero de ajedrez. Quesada, absurdamente, toma un alfil y traza una diagonal sobre el tablero, atacando a un adversario inexistente, pues nadie, en esa habitación, aguarda otra cosa sino la inminente llegada del teniente Velazco.

La puerta se abre y se cierra. Ahora, frente a los tres hombres, está Velazco. Tiene el rostro quemado por el sol del desierto aunque la cicatriz —la cicatriz de su mejilla izquierda— ha permanecido pálida. Esa cicatriz, lejos de desmerecerlo, exalta su coraje, pues sólo de frente, mientras atacaba, han podido inferírsela, cuerpo contra cuerpo, en algún feroz entrevero. ¿Quién podría dudarlo? —se dice Quesada—. Un hombre con una cicatriz así es un valiente.

—No me asombraría saber que ya no esperaban mi regreso —dice Velazco.

El doctor Forrest extrae su petaca y bebe. Luego dice:

—Se equivoca, teniente. Sólo eso esperábamos: que usted volviera.

Velazco se quita el morrión y se rasca con fuerza la cabeza.

—Pude haberme quedado en ese desierto —dice—. Muerto o loco, lo mismo da. No faltó mucho. —Se sienta sobre una de las camas, arroja a un costado el morrión y se pasa las manos por el rostro. Cuando las retira, sus ojos están mirando a Quesada. Dice—: ¿No le pasó lo mismo a usted, Quesada?

—Tuve más suerte: no vine solo —contesta Quesada, repentino. Aunque, de todos modos, la pregunta de Ocampo lo ha sorprendido. Ni siquiera se habían saludado. Pero claro: ¿qué sentido tenía? Ya el coronel Andrade le habría advertido sobre su presencia. Entonces añade—: Me acompañó el rastreador Andrés Baigorria. Conoce ese desierto como la palma de su mano.

—Y más aún, diría yo —dice Velazco—. No hay otro como Baigorria. Lo conozco y sé que es el mejor.

—¿Le sirvo un coñac, teniente? —pregunta el doctor—. Debe tener seca la garganta.

Ocampo gira sobre su camastro y ahora ofrece su espalda, aislándose, como despreciando. Velazco lo mira de soslayo y se encoge de hombros. Dice:

—Gracias, doctor. Mi garganta está bien.

Quesada se pone de pie y camina hasta detenerse frente a Velazco.

—Cuando salí de Buenos Aires —dice—, todo estaba por perder su cauce, por estallar. ¿Qué ocurrió? Usted debe saberlo.

Velazco, con pereza, se acuesta sobre el camastro y se cubre los ojos con el morrión, como disponiéndose a dormir. Entonces dice:

—Ocurrió lo necesario como para lanzarnos a todos a la guerra. Lavalle se apoderó del gobierno, y fusiló a Dorrego en Navarro. Del resto, sé tanto como ustedes. Además, el coronel Andrade me ha prohibido contar estas cosas. Para eso es nuestro jefe. Lo que haya que saber, lo sabremos por él.



## 2

Soldados:

La guerra está aquí. Cuando ya los fantasmas del ocio nos carcomían el alma, la guerra ha regresado. Cuando la pereza entorpecía nuestros pasos, cuando nuestros nervios se adormecían, cuando los días y las noches transcurrían sin sentido, sin orden ni dirección, la guerra vuelve a nuestro lado y nos convoca para la más grande de las causas, la suya.

La guerra es la patria. Porque la patria es un territorio creado por el amor de sus hijos y el odio de sus enemigos. Aquí, entonces, estamos nosotros, los guerreros, para darle existencia, y vivir o morir por ella.

La guerra puede ser hermosa. Como un baile, como una gran fiesta. La guerra es entrar en una ciudad que hemos conquistado, entrar con nuestras banderas desplegadas, con nuestros uniformes —manchados con nuestra propia y heroica sangre— relucientes bajo el sol del día de la gloria. La guerra es sentir el alboroto de las mujeres y los niños, el temor de los viejos, la humillación de los vencidos y nuestro infinito orgullo de vencedores. La guerra es conquista, es triunfo. Y el triunfo es convertir nuestro arbitrio en justicia.

Pero la guerra, soldados, puede ser atroz. Puede mutilar nuestros cuerpos. Puede lacerarnos la carne y el espíritu. Porque la guerra es también la derrota. La derrota, la venganza y la impiedad del enemigo. La guerra es la prisión. La estrechez y el ahogo de la piedra invencible. El silencio terrorífico de las noches. Y en el final, la locura o la muerte.

El guerrero, sin embargo, deberá afrontarlo todo. Porque más allá de estos horrores —más allá de la derrota, la tortura y la cárcel—, lo aguarda todavía el más enorme de los horrores de la guerra. Lo aguarda el olvido. El desconocimiento de sus méritos. La ingratitud de sus propios pares.

Ahora lo saben. Ninguno de ustedes osará decir que fue lanzado a esta guerra ignorando la verdad.

Soldados, pongamos nuestra fe en Dios. Roguémosle que de los múltiples rostros de la guerra, sólo nos permita conocer el más bello: el de la gloria.

Entretanto, nosotros haremos lo necesario.

Durante la primera semana de enero —como si no sólo el regreso del teniente Velazco, sino también la llegada del nuevo año se hubieran conjugado para imponerle esa decisión—, el coronel Manuel Andrade abandonó su retiro.

Se lo veía jovial, con el ánimo abierto y vivaz. Se mezcló entre los soldados, estrechó un par de manos que respetuosamente se le extendieron y mantuvo algunas fugaces conversaciones. Una de ellas, con el sargento Castro. «Sé que lleva casi dos meses aquí», le dijo. «Sé también que se ha conducido con eficacia». «Es un honor conocerlo, coronel», balbuceó Castro, conturbado por el encuentro. «Yo también quería conocerlo», dijo el coronel. «Es mi deber y mi voluntad conocer a todos mis hombres».

Se dirigió luego a la caballeriza. El soldado rubio y de anteojos siempre vacilantes —a quien el coronel saludó con afecto y dio el nombre de «Ortiz»— permaneció rígido y alerta, esperando una orden del jefe para exhibirle la mejor de sus virtudes, su ciega e inmediata obediencia. El coronel Andrade dijo: «Tráigame el caballo moro». Y Ortiz salió como una exhalación, alcanzando apenas a oír que Andrade agregaba: «El animal que trajo ese teniente que nos mandaron de Buenos Aires». En un instante, le alcanzó el moro negro.

El teniente Quesada se pone de pie luego de escuchar lo que ha dicho el doctor Forrest. El doctor Forrest ha dicho: «Ahora sale de la caballeriza. Lo acompaña Ortiz, un soldado que confunde el temor con la obediencia. Ortiz tironea las bridas de un caballo. Un animal hermoso, teniente». «Un moro negro», dice Quesada. «Atravésé el desierto con ese caballo. Pero siempre supe que sólo me lo habían dado para que llegara hasta aquí. Si el coronel Andrade se lo apropia, es porque se lo han destinado. Le pertenece». «No lo dude», confirma el doctor Forrest. Y añade: «Venga, vea esto. Ahora lo ha montado y se dirige hacia la salida del Fuerte. Los soldados se apartan, le ceden el paso. Y lo observan fascinados, sumisos, como a un dios de la guerra. Tenemos un jefe, teniente».

¿Cuándo lo convocaría ese jefe?, se preguntó el teniente Quesada durante los días que siguieron. El coronel Andrade recibía asiduamente al teniente Velazco, incluso al teniente Ocampo y hasta al sargento Castro. El único que parecía compartir su suerte —verificaba Quesada— era el doctor Forrest. Pero el doctor tenía su propia, tranquilizadora explicación: «No necesita verme», decía. «Por eso no me llama. ¿O acaso está enfermo?»

Además, como si todo esto fuera poco, ahora el coronel *salía* de su habitación. Recorría el patio del Fuerte, se complicaba en conversaciones con los soldados, se interesaba por la salud y el ánimo de cada uno de esos hombres, como si los examinara, como si estuviera decidiendo quiénes habrían de salir a campaña y quiénes no. Y luego —jamás dejaba de hacerlo— buscaba en la caballeriza el moro negro, lo montaba con espléndida agilidad y salía a cabalgar por los alrededores del

Fuerte, ante los soldados, las mujeres y los niños que habitaban las tiendas del lugar, y que ahora lo miraban con avidez, deslumbrados por la estampa fragorosa del guerrero.

Estos nuevos hábitos del coronel Andrade —estos hábitos que lo arrebatan de su habitación, y lo hacían salir al sol y mezclarse entre la soldadesca— determinaron la *reclusión* del teniente Quesada. Era él —ahora— quien no salía. «No quiero un encuentro casual», explicó al doctor Forrest. «No quiero vagar por ahí, a la deriva, vacilante y temeroso, como en falta. No quiero toparme con él. No quiero que me diga: “¿Quién es usted?” *Quiero que me llame*. Quiero ir a verlo obedeciendo a un llamado suyo». El doctor Forrest lo escuchaba pacientemente, entregado a su cigarro, a su *whisky* y a los enigmas del ajedrez. Cierta mañana, entró en la habitación el teniente Velazco. Ante el creciente desconuelo de Quesada, dijo: «El coronel está confeccionando una lista. Me ha dicho que elegirá doscientos hombres para salir a campaña, no más. Sólo los mejores. El resto esperará aquí nuestro regreso, custodiando el Fuerte». Quesada se guareció en su camastro y permaneció allí, durante horas, con los ojos muy abiertos, acosado por mil ideas pavorosas. Cada vez tenía menos dudas y más certezas, pero esas certezas le arrasaban el ánimo, los deseos de vivir. Si el coronel Andrade no lo había llamado, era porque ya no lo llamaría. *No lo necesitaba*. El nombre de Julián Quesada no figuraba en su lista de valientes. El Séptimo de Caballería enfrentaría la guerra sin él. «Sólo los mejores», había dicho Velazco. Y para el coronel Andrade, el teniente Quesada no era parte de *los mejores*. ¿Sería, entonces, así? ¿Era posible tanta desdicha? Pensó en Baigorria: llevaba semanas sin verlo. ¿Figuraría o no en la lista de Andrade? Era una pregunta absurda: nadie podía prescindir de Baigorria, ni siquiera el coronel Andrade. ¿Por qué no buscarlo, entonces? ¿Por qué no buscarlo y *preguntarle*? Algo debía saber Baigorria, algo más que él, algo que lo ayudara, que lo arrancara de esta desesperación. Pero no: era inútil. Para buscar a Baigorria, debía correr el riesgo de abandonar su habitación y encontrar al coronel Andrade. Todo estaba perdido.

Atravesó días y noches torturado por estas cavilaciones. Cierta tarde, durante el tiempo púrpura del crepúsculo, el teniente Velazco se plantó junto a él, junto al camastro donde lo había clavado su desesperanza. Se plantó allí y muy simplemente dijo: «Teniente, el coronel quiere verlo. Me ha dicho que necesita hablar con usted».

El teniente Quesada demoró en entender el sentido de esas palabras. Tan increíbles le resultaron.

El coronel Andrade miraba a través de una de las ventanas de la habitación. Miraba así, hacia el patio del Fuerte, como si todo su interés estuviera afuera y no adentro de esa habitación en la que acababa de entrar el teniente Quesada. Era una pose que había preparado. Lo recibiré de espaldas. Demoraré en girar hacia él y demorará en ver mi rostro de cerca. Luego, cuando gire y le clave mis ojos, sentirá mi autoridad. Giró hacia el teniente Quesada y le buscó los ojos. Entonces dijo:

—Siéntese, teniente.

Fue un gesto de cortesía, no lo dude. Al fin y al cabo, usted es un militar como él. A mí no me recibió de espaldas, ni me destinó una silla. Recibirlo de espaldas — gesto que usted confundió con el desdén, pero que es parte de los escarceos ceremoniales que los militares ejercitan entre sí—, no fue sino un intento para impresionarlo. Tranquilícese, lo respeta. A mí solamente me dijo: «Lo necesitaré, Baigorria». Ya lo sé, también me respeta. Pero no es lo mismo. Para él, yo pertenezco a otra raza.

El coronel Andrade se ha sentado frente al escritorio, ocupando el lado opuesto al de Quesada. Lo escudriña con minuciosidad, desmedidamente, como si lo descifrara. El teniente es un hombre joven, pero algunas arrugas de su rostro, indelebles y profundas como cicatrices, delatan los estragos de la soledad y la guerra.

—Durante estos días —dice el coronel—, no habrá encontrado usted cómo explicarse mi demora en recibirlo. —Hay una pausa. Aunque el coronel le deja el espacio, el teniente nada dice. El coronel continúa—: Usted trajo para mí un sobre desde Buenos Aires. Pero, sospecho, ese sobre no era más que una excusa. ¿Me equivoco?

—No puedo decirlo —responde el teniente, repentino—. Desconozco el contenido del sobre.

—Dejemos eso por el momento —dice Andrade—. Hablemos de usted. ¿Por qué lo eligieron?

«Yo no lo elegí», me dijo. «Tengo un buen rastreador en el Regimiento». Y es cierto, lo he conocido durante estos días: se llama Domingo Ramírez y tiene unos ojos pequeños, apretados, como dos tajos abiertos sobre la cara. Se le han achicharrado de tanto avizorar las distancias. El coronel me dijo que es bueno, eficaz, que nunca le ha fallado en nada. «Pero también», agregó, «nunca lo he probado a fondo». Aquí me volvió el alma al cuerpo. Si nunca lo había probado a fondo, eso quería decir que existía un lugar para mí. Y, en verdad, así era porque enseguida me dijo: «El destino lo ha traído, Baigorria. Por eso, aunque no lo elegí, aunque no pedí por usted a Buenos Aires, lo elijo ahora. Usted descifrará los rastros del enemigo y

nos conducirá a su encuentro».

No me arredró el encargo. Era lo que deseaba y deseaba más también. Le dije: «Quiero hacer solo el trabajo. Su rastreador, Domingo Ramírez, parece bueno, y más aun si lo dice usted. Pero también dice usted que nunca lo ha probado a fondo. Y creo que nadie lo ha hecho antes, ni siquiera él mismo, y eso se nota. No es mi caso, coronel: he vencido todos los límites de ese desierto. Además, donde hay dos rastreadores, termina por haber dos rastros, y ningún enemigo». Sonrió complaciendo y dijo: «El rastreador será usted, Baigorria. Sólo usted. Domingo Ramírez será apenas un soldado más. No se lo he dicho aún, pero lo aceptará. Tomé esta decisión el primer día que usted llegó al Fuerte». Me cosquilleó el bajo vientre. Y no se sorprenda: ahí es donde siento el orgullo. Para qué mentirle.

—No me eligieron —dice el teniente Quesada—. Yo pedí una misión.

—¿Por qué?

—Necesitaba salir de Buenos Aires.

—¿Por qué?

—No creo que sea necesario...

—Eso lo decido yo. ¿Por qué?

—Maté a un hombre en un duelo.

El coronel asiente moviendo suavemente su cabeza, como si hubiera accedido a una certeza. Luego dice:

—Ahora entiendo. Y entonces lo enviaron hacia aquí. No me asombra, teniente. Para nuestros pares de Buenos Aires, este Regimiento es un foso, o una letrina. Si alguien busca la gloria, lo envían a guerrear contra el Brasil. Si alguien busca desaparecer, lo envían al Fuerte Independencia, con el coronel Andrade.

—No me pareció así, señor —responde con firmeza el teniente—. El coronel que me dio la misión, el coronel Vicente Lagos, parecía esperar mucho de usted y su Regimiento. Cuando me entregó el sobre...

—Dije que no hablaríamos del sobre.

—Dijo usted «por el momento».

—Todavía transcurre ese momento.

Se interesó por mis ojos. «No necesito decirle», dijo, «lo que significan los ojos para un rastreador. Vale tanto como ellos; ni más ni menos». Entonces comenzó a caminar a través de la habitación, con las manos entrelazadas en la espalda, la mirada incierta, como si recordara. «He leído», dijo, «historias sobre héroes ciegos. Me han contado hazañas de generales ancianos, ofuscados por la decrepitud, por el derrumbe físico, que han ganado batallas desde sus tiendas, trazando una y mil líneas en su mapa de combate, resolviendo la lucha como un problema por ecuaciones, hasta desarticular la incógnita, que es la victoria. Pero un rastreador, Baigorria, sólo sirve si es capaz de adivinar en la arena hasta las huellas que borraron los vientos». Le

pregunté si realmente enfrentaríamos a un enemigo tan escurridizo. Me contestó que eso nada tenía que ver. Que fuera cual fuese el comportamiento del enemigo, él necesitaba confiar *antes* en la infalibilidad de mis ojos. Le juré entonces mi eficacia, le juré que mis ojos serían tal como él los quería: infalibles.

—¿Qué espera de mí? —pregunta el coronel Andrade.

—Ponerme a sus órdenes, señor. Me he enterado, a través del teniente Velazco, que está confeccionando usted una lista de doscientos hombres para salir a campaña. Quiero ser uno de ellos.

—¿Piensa que me he desquiciado, teniente? ¿Que dejaría herrumbrado en este Fuerte a un vencedor de Ituzaingó? Desde luego, usted será uno de mis hombres.

—Su demora en convocarme, coronel, desbarató mis esperanzas. Creí que mi destino final sería este Fuerte.

—Se desmerece, teniente. Deberá recuperar cuanto antes su propia estima, porque sólo quiero hombres enteros a mi lado. ¿Comprende, no?

—Totalmente.

—Bien. Ahora podemos hablar del sobre.

Me preguntó luego si había participado en la campaña del Brasil. Creo que le obsesiona esa guerra. Me indagó sobre las acciones de Ituzaingó, sobre el general Alvear, sobre el general Lavalle, si habían demostrado su coraje, si habían cargado al frente de sus hombres, si eran respetados, o admirados o temidos por la tropa. Le contesté cuanto pude, no más. Casi excusándome, dije: «Regresé con el primer contingente, luego de Ituzaingó. La guerra se había atascado y todo se iba en suposiciones, en conjeturas vanas producidas por el aburrimiento, por la inacción. Yo tenía mujer en Buenos Aires, y un rancho donde descansar y esperar por otra guerra».

Me miró y dijo: «¿Usted tiene mujer?» Le dije que sí. Pero no le hablé de Tumba. Si lo hubiera hecho, habría tenido que contarle que su recuerdo me despierta durante las noches. Que su cuerpo oscuro y caliente me quebranta los sueños. Y que cuando despierto, mi cuerpo suda y brilla y arde como el de ella en mi memoria. Mala cosa, teniente, que una mujer se le vuelva a uno más necesario que el aire, que el vino o que la guerra.

—Nada importante decía ese sobre —dice el coronel Andrade—. Por eso le dije que era una excusa. Una excusa para que usted se fuera de Buenos Aires. Para darle algún sentido a la misión que necesitaba. Y bien, ya está hecho.

—Pero algo... —balbucea el teniente.

—Algo deben haber escrito en la carta, ¿no? —El coronel Andrade abre un cajón de su escritorio, extrae un papel y mientras lo mira dice—: No crea, no han escrito mucho. Dicen que es usted un valiente oficial. Que puedo contar con su obediencia y su coraje. Dicen, también, que se precipitan sucesos políticos de importancia. Que no bien regresen las tropas del Brasil, se espera un golpe contra el gobernador de Buenos

Aires. Me piden que permanezca alerta, que mantenga mis tropas en disponibilidad para el combate. Y nada más. —El coronel guarda el papel en el cajón del escritorio. Luego dice—: Como comprenderá, teniente, una carta tan insustancial, no despertó en mí los deseos de conocer a su portador.

—Sin embargo, no debió ser así: ¿no sospechó, acaso, que yo podía saber más de lo que se contaba en la carta?

—Sí, tuve esa sospecha. Pero recibirlo y escuchar su versión de los hechos implicaba el riesgo de confiar en usted. *Creerle*. Y yo ya tenía mi mensajero de confianza. Sólo tenía que esperar su regreso.

—Comprendo.

—Ahora lo sé todo. Los hechos que en su carta se vaticinaban, vinieron confirmados por el teniente Velazco. —El coronel abre otro cajón del escritorio y extrae unos guantes de cuero blanco. Se los coloca minuciosamente, ajustándolos dedo por dedo. Continúa—: Los hechos son los siguientes: al mando del general Lavalle, regresaron los Regimientos del Brasil. Lavalle se adueñó del gobierno y Dorrego huyó a la campaña. Lavalle salió a perseguirlo. La parte decente y civilizada de la población apoya el golpe. Sólo la chusma se mantiene fiel al gobernador derrocado. Lavalle y Dorrego se enfrentan en Navarro. Dorrego es vencido y Lavalle lo fusila. Eso es todo.

Quesada vacila un instante. El coronel continúa ajustándose los guantes, o más exactamente: es como si se masajeara los dedos. Quesada pregunta:

—¿Y nosotros? ¿De qué lado se pondrá el Séptimo de Caballería?

El coronel detiene el accionar de sus manos y clava abruptamente sus ojos en los de Quesada.

—Su pregunta es una impertinencia, teniente —dice—. Nosotros nos pondremos del lado de la razón y la justicia. Nuestros enemigos son los enemigos del orden, de la civilización. Lucharemos contra ellos hasta morir si es necesario.

—Sólo fue una pregunta, coronel. Le pido que me disculpe.

El coronel Andrade se pone de pie y se acerca a una de las ventanas. Ahora está —nuevamente— de espaldas a Quesada. Durante un largo momento, mira hacia afuera. Luego dice:

—El teniente Velazco trajo dos cartas. Una, con el informe de los sucesos. Otra, con las órdenes para nuestro Regimiento.

Andrade vuelve a sumirse en el silencio y a concentrarse en la visión a través de la ventana. La curiosidad acicatea a Quesada. Quesada pregunta:

—Esas órdenes, señor, ¿cuáles son?

El coronel gira hacia el teniente y lo mira como si lo traspasara, como si se dirigiera a otro interlocutor, o a nadie. Entonces dice:

—El desierto se ha poblado de bandidos. De salvajes y bárbaros enemigos de la civilización. Luchan contra el héroe de Rio Bamba y Junín. Contra el general que para tranquilidad de la patria se ha apoderado del gobierno. Luchan contra nosotros.

Recorren el desierto asolando estancias, matando hombres de bien y robando ganado. —Ahora, como si hubiera retornado de algún lugar lejano, fija sus ojos en el teniente Quesada. Y dice—: Nuestras órdenes, teniente, son las de luchar contra esos delincuentes. Debemos aniquilarlos. Barrerlos de la faz de la tierra. —Se detiene. Luego, súbitamente, pregunta—: ¿Alguna vez ha oído hablar del capataz Ángel Medina?

«No es bueno para un militar tener mujer», dijo y no le contesté porque yo no era militar y tampoco me interesaba hablar de eso. De las mujeres, quiero decirle. Pero él insistió: «Las mujeres ablandan al hombre. Lo atan a la vida. Y un militar —sobre todo un militar, Baigorria— debe tener cierto desapego por la vida. Es más, a veces deberá despreocuparla. Porque el amor a la vida conlleva el temor a la muerte. Y un militar que le teme a la muerte es un cobarde. Un derrotado». Qué puedo decirle, teniente. Pensé en Tumba y agradecí al Creador haberme hecho lo que soy, un rastreador lleno de vicios, pero no un militar. Usted disculpe.

Quesada dice que no, que nunca ha oído hablar de ese hombre.

—El capataz Medina —dice el coronel— es el demonio más temible de este desierto. Pero antes, muchos años atrás, fue un hombre de trabajo, un servidor obediente de las leyes y el espíritu de la campaña. Se desquició después. Cuando se entregó a la vida bárbara, al alcohol, las mujeres. Cuando se transformó en un ladrón de hacienda.

Me preguntó entonces si conocía al capataz Ángel Medina. Le contesté que sí, que años atrás había conocido a un tal Ángel Medina, hombre que había cumplido trabajos en varias estancias, servicial y obediente, y que acabó muerto en el desierto, víctima de los indios, defendiendo la hacienda que transportaba. Y créame, teniente, que entonces me miró como si yo estuviera loco. Me miró así, como le digo, y dijo: «Eso que usted dice es un desatino. Una impostura que el propio Medina ha creado para agrandar en las gentes el pavor de su nombre». Se detuvo como si le costara respirar, así de agitado estaba. Y luego dijo: «Vive, Baigorria. Ese hombre vive. Se hace llamar *comandante* y está al frente de las tropas enemigas que saldremos a perseguir». Hizo una nueva pausa, como si buscara el sosiego, y por fin agregó: «sépalo, Baigorria. Es el rastro del comandante Ángel Medina el que usted deberá descifrar en ese desierto. Ahora, retírese». Me fui sin poder articular palabra alguna. Créame, no cabía en mí del asombro. Rastrear un muerto, teniente. Nunca me habían encomendado un trabajo tan duro.

—Para nuestra desdicha —dice el coronel—, para merma de nuestra gloria y quizá de nuestro honor, el jefe enemigo que debemos combatir ha sido un vulgar ladrón de hacienda. Y no me engaño, teniente. Lo sigue siendo hoy, aunque se haga llamar *comandante* y pretenda guerrear contra los ejércitos de la civilización. —



Vuelve a ajustarse los guantes. Busca las palabras que va a pronunciar. Finalmente dice—: Ni siquiera es un soldado.

Volví a la barraca de los soldados y me dejé caer sobre el catre. Debo haber dormitado un par de horas: estaba penumbroso cuando desperté, pese a que alguien ya había encendido un quinqué o dos. «Tiene el sueño tranquilo, Baigorria», dijo un hombre sentado en el camastro junto al mío. «No debiera ser así, ya que se ha adueñado de algo que no le pertenece». Era Domingo Ramírez, el rastreador. Le sostuve la mirada y dije: «No soy un ladrón, si de eso me está acusando». Dijo: «El rastreador de este Regimiento soy yo. Siempre fue así». Dije: «Parece que ya no lo es. Y no soy yo quien lo ha decidido, sino el coronel Andrade». Asintió con su cabeza varias veces, blandamente, aceptando. Luego dijo: «Lo supe apenas lo vi entrar en la habitación del coronel. Si lo llamaba, era porque ya lo había elegido. Pero el coronel comete una injusticia. Cree que se me han achicado demasiado los ojos y ya no confía en mí como antes. Comete una injusticia, le digo, porque sé que todavía puedo servirlo mejor que nadie». Se puso de pie y luego —como si masticara las palabras— dijo: «Haga bien su trabajo, Baigorria. Se lo advierto: no se equivoque. Porque yo voy a estar esperando». No dijo más y se fue.

Tengo un enemigo, teniente.

El coronel Andrade se ha quitado los guantes y los ha guardado dentro del cajón del escritorio.

—No tengo más que decirle, teniente —dice—. O sí, sólo algo más. Porque sólo una cosa importante se decía en la carta que usted trajo. En ella, como un rasgo de gentileza, se me ofrecía que me adueñara del caballo moro. «Si esa es su voluntad», escribieron. —El coronel mira con fijeza al teniente y dice—: Esa es mi voluntad: el caballo es mío.

—Desde luego, señor —dice el teniente.

—Puede retirarse.

A otro ni siquiera le hubiera mencionado la cuestión. ¿O acaso no llevaba días exhibiéndose con el caballo? Si usted lo había visto (¿y cómo no habría de haberlo visto?), conocía el destino del animal, sabía que ya era propiedad del coronel. Pero no: se lo dijo, teniente. Tuvo que reforzar con sus palabras lo que todos sabíamos por la mera acción de verlo.

Tranquilícese, lo respeta.

Fue durante la última semana de enero cuando la inminencia de la partida se volvió una certeza en el ánimo de todos. Ya nadie dudaba en el Fuerte Independencia: el Séptimo de Caballería saldría a campaña, y lo haría de inmediato, ya. «En no menos de dos días estaremos cabalgando por ese desierto», dijo el teniente Velazco cierta tarde que abandonó la habitación del coronel Andrade. Y lo dijo sin preocuparse, como al descuido, o no, porque —como conjeturaron algunos— el teniente Velazco era muy cuidadoso, y jamás decía palabra que el coronel Andrade no le hubiera autorizado decir. De modo que si lo dijo fue porque debía decirlo, porque el mismísimo coronel quería que eso se supiera. Eso, lo que Velazco había dicho: que en menos de dos días estarían cabalgando por el desierto.

Sin embargo, un hecho mantenía viva la incertidumbre de la soldadesca. Era la lista del coronel Andrade. Todos sabían que el coronel, de su puño y letra, la había escrito: *sólo doscientos hombres saldrían a campaña*. ¿Quiénes serían los elegidos, quiénes no? ¿Quiénes serían, para el coronel Andrade, los más fuertes, los más valientes para enfrentar el desierto y la guerra? Estas insidiosas dudas bastaron con frecuencia para quebrantar el orden entre los soldados. Porque no sólo hubo apuestas, socarronerías o altiveces, sino también feroces peleas de puño, en las que algunos buscaron imponer una superioridad que —luego— sería confirmada o no por la ansiada lista.

No hubo que esperar mucho. Cierta mañana —finalizaba enero y el sol estaba alto y vertical—, los oficiales Velazco, Quesada y Ocampo reunieron el Regimiento en las afueras del Fuerte. «El coronel les quiere hablar», dijo Velazco en voz alta y todos lo oyeron porque se aquietaron de inmediato, y permanecieron en silencio, tiesos, esperando la llegada del coronel quien, no lo dudaban, aclararía todas las dudas.

El coronel llegó montado en su caballo moro. Se detuvo frente a los soldados y los fue mirando con esmero, reconociéndolos, haciéndoles sentir que ellos eran sus hombres y él quien los conducía. Brillaba el sol en sus ojos acerados. No se había puesto el morrión y una brisa lenta pero sibilante le viboreaba entre los cabellos. Entonces dijo: «Soldados, voy a leer una lista de doscientos nombres. Son los nombres de los soldados elegidos para acompañarme a la guerra». Dejó pasar un instante y luego continuó: «No son los mejores. No son los más valientes. No son mis preferidos. Son, solamente, los que elegí para esta campaña». Extrajo unos papeles del interior de su chaqueta. Antes de comenzar a leerlos, dijo: «Que nadie se considere desmerecido por permanecer en el Fuerte. También aquí necesitamos valientes. Con el grueso del Regimiento en campaña, el Fuerte se volverá un botín apetecible para el enemigo. Si el ataque se produce, habrá que defenderlo hasta morir. Por eso, soldados, los que aquí quedan, valen tanto para mí como los que me acompañan». Hizo una pausa, como si esperara alguna señal de aceptación. Pero no la hubo. Los soldados continuaban pendientes de la ansiada lectura de la lista.

Entonces dijo el coronel: «Ahora, leeré la lista. Cada soldado que escuche su nombre, lo repetirá en voz alta, para que yo sepa si lo ha escuchado». Y sin más leyó los nombres de los doscientos soldados, de los guerreros que lo acompañarían en su aventura, y cada nombre que pronunció le fue devuelto como un eco fervoroso y agradecido. Luego, guardó nuevamente las hojas en su chaqueta, y dijo: «Los que no he nombrado, permanecerán aquí, bajo las órdenes del teniente Ocampo. Les deseo buenaventura, pues la necesitarán tanto como nosotros. Cuando la guerra se desata, no siempre se sabe cuál será el punto más álgido de la batalla». Espoleó el moro y se dirigió al galope rumbo al Fuerte.

Esa tarde, en la habitación de los oficiales, el teniente Ocampo expresó su desconsuelo. Que el coronel Andrade no lo hubiera elegido para salir a campaña, confirmaba el desprecio que le tenía. Fue en vano que el doctor Forrest intentara explicarle el honor que le confería al entregarle la jefatura del Fuerte. «Me desprecia, me cree un cobarde», dijo el teniente, con humillación y dolor. «De lo contrario, me hubiera incluido en su lista». Y el teniente Quesada sintió que nada podía hacer, que no podía ayudarlo. ¿Cómo habría de poder si durante los tristes días en los que se creyó excluido de la lista del coronel había sentido los mismos sentimientos que sentía ahora Ocampo, el mismo dolor, la misma humillación?

Esa noche, recostado en su camastro, fumando y con el ánimo ya dispuesto a dejarse ganar por el sueño, Baigorria lo vio llegar a Domingo Ramírez. El rastreador se plantó a su lado y dijo: «Habrá escuchado mi nombre entre los elegidos del coronel Andrade». Baigorria cabeceó blandamente, asintiendo. Y dijo: «No me sorprendió. Siempre supe que usted saldría a campaña con el Regimiento. Me lo dijo el coronel. “El rastreador Ramírez será un soldado más”. Así dijo».

Ramírez entrecerró sus ojos. Baigorria se preguntó cómo era posible que aun viera a través de esos dos tajos horizontales y minuciosos, condenados a desaparecer en cualquier instante bajo el peso de sus párpados endurecidos por la arena del desierto. Ramírez dijo: «Un rastreador nunca es un soldado más. Es siempre un rastreador, y lo es hasta la muerte. Usted lo sabe bien». Baigorria volvió a asentir: «Lo sé», dijo. Ramírez, entonces, añadió: «Yo no voy como soldado, Baigorria. Voy como rastreador. Descifraré el rastro en el desierto con tanto empeño como usted. Y deseo, para su suerte, que coincidamos». «No será fácil», contestó Baigorria. «Hay muchos rastros trazados en el desierto. Y cada rastreador elige el suyo». «Pero uno solo conduce al enemigo», dijo Ramírez. «O ninguno», dijo Baigorria.

## 6

El primer día del mes de febrero, el coronel Andrade y sus soldados salieron al desierto. Formaban una larga columna de doscientos hombres, con treinta caballos de refresco y dos cañones. Atrás, cada vez más lejano, quedaba el Fuerte y allí los hombres y las mujeres encargados de su cuidado, de su defensa. El teniente Ocampo sostuvo en alto su brazo, meneándolo suavemente, saludando, entre el dolor y la insidiosa envidia, a los camaradas que marchaban a entregarse a un destino negado para él. ¿Volvería a verlos?

También algunos soldados giraron sobre su cabalgadura y miraron hacia atrás. El Fuerte permanecía allí, hundiéndose en el abandono, cobijando —como hasta ayer los había cobijado a ellos— a los soldados de la oscura retaguardia, a los hombres que el coronel Andrade no había convocado ni para la gloria ni para la muerte.

La columna marchaba al trote rápido. La encabezaba el coronel Andrade, erguido sobre la silla inglesa del moro negro, sosteniendo fuertemente las riendas con sus manos cubiertas por los guantes de cuero blanco, altivo, con los ojos sobre el horizonte, buscando ya. Atrás, cabalgaban, como custodiando al jefe, los tenientes Velazco y Quesada. (El soldado Ortiz había entregado a Quesada un alazán fibroso y fuerte, como para que el teniente no extrañara demasiado al moro.) Y luego seguían Baigorria y el doctor Forrest y los demás.

Adelante, todo era horizonte y desolación. Tan fuerte era el sol que tornaba blanca la planicie calcinada, cuando no amarilla, amarilla hasta la estridencia, el dolor o la ceguera. Baigorria fue recorriendo la columna de soldados, aconsejándoles que cuidaran sus ojos, que los fijaran sobre la figura del compañero que cabalgaba delante de ellos, pero no sobre la arena del desierto, y menos aún sobre el horizonte, porque el calor desdibujaba la línea del horizonte, la hacía aparecer o desaparecer, y aquel que se entregara a la tentación de reconstruirla, se estaría entregando, sin saberlo, al peligro y al pavor de la ceguera.

Domingo Ramírez ayudó a Baigorria en esta tarea, pues sus ojos llevaban años luchando contra la impiedad del sol del desierto, y estaban ahora a las puertas de las sombras, de la derrota final. «Miren mis ojos», decía. «Me los han quemado las arenas y sus reflejos. Aparten la mirada del horizonte. No se dejen tentar. El horizonte es la ceguera». A Baigorria le impresionó la sinceridad de Ramírez. ¿O acaso era una farsa? ¿O acaso lo hacía para que luego —cuando él fallara— su menesterosa condición de *rastreador ciego* exaltara aún más su triunfo sobre el desierto?

Cabalgaron durante todo el día. Pero bastaron apenas unas horas para que los soldados comprendieran que el jefe que los conducía no estaba dispuesto a concederles respiro alguno. El coronel Andrade, en efecto, marchaba impertérrito, infatigable, como tironeado por el misterio del horizonte, reconstruyendo una y otra vez esa línea incoherente, absurda, que latía como un hervor implacable; marchaba así, desoyendo las advertencias de los rastreadores, enfrentando los reflejos del sol,

arriesgándose a quemarse los ojos con tal de encontrar la ansiada señal que le permitiera lanzarse sobre el enemigo.

Sólo en algunos momentos —momentos que se fueron dilatando con el transcurrir de la marcha— quebraba su silencio para llamar a Baigorria. «¡Baigorria!», gritaba y el rastreador galopaba hasta colocarse a su vera. Cambiaban entonces algunas palabras y eso era todo. Baigorria retornaba a su lugar y el coronel seguía como siempre, silencioso, entregado a la pasión de la búsqueda.

Más allá del mediodía —bajo la ferocidad del sol de la siesta, siesta que jamás habría de existir sobre ese desierto, y menos aún (ya todos lo sabían) con un jefe como el coronel Andrade que los haría cabalgar sobre brasas si fuera necesario—, el coronel alzó su brazo derecho y la columna se detuvo. «¡Alto!», había gritado el coronel. «¡Alto!», repitieron Velazco y Quesada. Y la orden fue pasando de boca en boca, viboreando entre las columnas de hombres, sacudiéndola primero, por lo intempestivo de la decisión, e inmovilizándola después.

Quesada parecía el más sorprendido. Y el más ansioso también por saber los motivos de la decisión. ¿Por qué detenernos aquí, bajo este sol mortífero? ¿Por qué exigir a la tropa tan desmesurado esfuerzo? ¿Por qué cabalgar así, tan veloz, tan ciegamente? ¿Acaso urge tanto la batalla?

El coronel se volvió hacia el teniente Velazco y dijo: «Teniente, ordene formar la tropa mirando hacia la derecha. Con rapidez y en silencio». Y luego espoleó el moro y cabalgó hasta colocarse a unos treinta metros de la columna. Así permaneció, aguardando que se cumpliera la orden que había emitido.

Los soldados tironearon las riendas de sus cabalgaduras y fueron girando —entre relinchos, mortecinos ruidos de cascos y arenisca— hasta quedar alineados frente a la figura del jefe. «¡Silencio!», ordenó Andrade. Y todos supieron que, a partir de esa orden, una palabra podía significar la vida.

Entonces el coronel volvió a espolear el moro y fue recorriendo la columna de soldados, mirando obsesivamente, una a una, esas caras duras, reseca por los soles de mil campañas. Luego volvió a alejarse. Recibirán mi voluntad. Sabrán por qué estamos aquí. Les hablaré de la guerra, porque han atravesado muchas guerras, pero no saben lo que la guerra es.

—¡Soldados! —exclamó—. La guerra está aquí.

Y pronunció una arenga que sonó extrañamente en medio de ese desierto, entre la tenacidad del sol y los estallidos enceguecedores de los reflejos en la arena.

Marcharon hasta la llegada de la noche. Había desaparecido el sol cuando el coronel Andrade levantó su brazo y ordenó a sus hombres que se detuvieran.

—Acamparemos aquí —dijo volviéndose hacia el teniente Velazco—. Que armen las tiendas.

Los soldados armaron las tiendas, encendieron algunas fogatas y comieron una carne salada que acompañaron con agua y galletas. El agotamiento y la incertidumbre (¿hacia dónde los conducía ese jefe incansable?) les amenguaron los deseos de hablar. Eran doscientos hombres silenciosos, con los rostros secos y ardientes como si hubieran cabalgado a través del mismísimo infierno.

El sargento Castro se allegó a Baigorria y le dijo:

—El coronel quiere verlo.

Baigorria entró en la tienda. El coronel dijo:

—Siéntese, Baigorria. Quiero hablarle.

Baigorria se sentó sobre el catre que le señalaba el coronel. El coronel fumaba un cigarro y se había quitado los guantes: sus manos estaban blancas pues las había protegido del sol durante toda la jornada. Ofreció un cigarro a Baigorria.

—Gracias —dijo el rastreador, aceptando aunque sorprendido por el gesto.

—Durante todo este día he seguido el rastro que usted indicó, Baigorria —dijo el coronel—. Hemos cabalgado sin reposo. Pero agoté a mis hombres, y aunque siempre hubo un rastro, nunca hubo un enemigo.

Baigorria, sin apuro, encendió su cigarro. Luego dijo:

—No me retire su confianza, coronel. Hemos seguido el rastro correcto.

—¿Por qué está tan seguro? Había otros.

—No conducían al enemigo.

—Tampoco el nuestro.

—El nuestro sí. Pero el enemigo siempre está donde termina el rastro, coronel. Nunca antes.

El coronel lanzó una densa bocanada de humo. Permaneció pensativo un instante. Luego dijo:

—Retírese.

Baigorria abandonó la tienda.

El teniente Quesada y el doctor Forrest jugaban una partida de ajedrez. Un fanal con vela de sebo iluminaba la tienda. El doctor bebió un largo trago del *whisky* de su petaca. Dijo:

—Nada de lo que ocurrió hoy fue sensato.

Quesada movió un alfil. Tenía el rostro levemente hinchado, rojizo.

—Un soldado obedece órdenes, doctor. Obedece y nunca se pregunta si las

órdenes que recibe son sensatas o no. Pero, claro, usted es un civil.

—Soy un civil que forma parte de un Regimiento. Soy casi un soldado, teniente.

—Usted mueve.

El doctor atacó el alfil con una torre. Luego dijo:

—La insensatez a que me refiero no ocurrió solamente hoy. Ocurrió antes.

El teniente volvió a mover su alfil. Sonrió apenas y dijo:

—Jaque.

—Nunca se lo confesé, pero durante los días anteriores a la partida... O para ser más exacto: desde el día en que el coronel abandonó su habitación, me llenó de asombro que no me convocara.

—Jaque, doctor.

—Espere, no se impaciente. Quiero contarle esto. Es importante.

—¿Qué?

—Que yo también esperaba un llamado del coronel.

—¿Para qué va a llamarme si no está enfermo? Estas fueron sus palabras. ¿Recuerda?

—Después, después de eso. Hablo de cuando ya había abandonado su habitación, cuando la partida era inminente. Ahí debió haberme llamado.

—¿Para qué?

El doctor agotó el contenido de su petaca y la arrojó con fastidio hacia un costado. Dijo:

—¿Es que no se da cuenta, teniente? Estos doscientos hombres, estos desdichados que hoy fueron obligados a cabalgar durante toda una jornada bajo el sol del infierno, estos hombres, le digo, no sabemos si están sanos o enfermos, si pueden hacer o no lo que han hecho hoy.

—Deben poder, pues lo han hecho.

—¿Y mañana? ¿Podrán mañana?

—Mañana será...

—Otro día, sí. Y quedarán cincuenta soldados muertos sobre el desierto. Por favor, teniente, abandone su cinismo.

Entonces el teniente apartó sus ojos del tablero de ajedrez y miró al doctor:

—Está bien, doctor. ¿Qué quiere decirme? —preguntó.

—Algo tan simple como esto: que el coronel Andrade debió autorizarme a instalar una enfermería de emergencia en el Fuerte. Y que los doscientos hombres destinados a salir a campaña hubieran debido atravesar una revisión médica. ¿Es así o no?

—Es así. Pero ya no se hizo. ¿Qué puede pasar ahora?

El doctor se disponía a responder, pero la entrada del teniente Velazco lo obligó a guardar silencio. Velazco saludó, se quitó el morrión y luego se sentó frente al tablero de ajedrez. Como distraído, dijo:

—Me ha contado el sargento Castro que algunos hombres se han agotado por la

intensidad de la marcha.

—No me extraña —dijo el doctor Forrest.

Velazco movió una de las piezas del doctor, defendiendo el rey que había atacado Quesada. Dijo:

—Respeto su opinión, doctor. Pero hay algo que no debemos olvidar: si hemos cabalgado tanto y no hemos encontrado al enemigo, significa que el enemigo ha cabalgado más.

El teniente Quesada movió lentamente su torre, dejando desprotegido al rey. El doctor Forrest dijo:

—Quizá el enemigo ha cabalgado el desierto entero en cuantas direcciones quiera usted imaginar. Pero nunca en una sola jornada.

—Entonces nosotros lo haremos en media —dijo con firmeza Velazco. Y agregó —: Porque nosotros somos los perseguidores, doctor. Y si queremos alcanzar al enemigo, debemos ser más rápidos. No lo dude: el coronel Andrade sabe lo que hace.

El doctor se mordió suavemente los labios para no responder. Volvió a concentrar su atención en el tablero de ajedrez. Movié su reina y dijo:

—Jaque mate.

—¿Se lo dijo o no? —ha preguntado el rastreador Ramírez.

—Se lo dije —dice el sargento Castro—. Le dije todo.

—¿Qué le dijo?

—Que algunos hombres están agotados. Que marchando así no durarán mucho sobre sus caballos.

—¿Y qué le contestó?

—Me miró altivo, como si me despreciara. Y dijo: «El coronel sabe lo que hace. Quien no aguante, quedará en el desierto».

—Ese Velazco es un alcahuete —dice Ramírez con odio—. Habrá que hablar con el otro, con Quesada. Parece mejor.

—Está bien, pero hágalo usted.

—¿Tiene miedo?

—Si el coronel se entera, nos fusila.

—No se va a enterar.

Ramírez escupe y se va.



Soldados de la purificación:

El desierto se ha poblado de malvivientes. El enemigo que perseguimos, el enemigo que cobardemente huye de nosotros, es el enemigo de la patria toda. Debemos aniquilarlo, debemos purificar este territorio.

Estos hombres no son soldados, no forman un ejército; sólo se han conjurado para delinquir, para robar, para matar, para alzarse contra todo aquello que nosotros defendemos. Contra el sagrado orden de la civilización.

Su efectividad es la sorpresa, el ataque artero, traidor. Su ventaja es su impudicia, su deshonor, su falta de escrúpulos. No merecen el amparo de las leyes de la guerra.

Soldados: o ellos o nosotros.

Si ellos triunfan, si ellos consiguen matarnos, triunfarán las sombras de la barbarie. Si triunfamos nosotros, si nosotros los matamos, triunfarán el orden y la civilización. Nuestra patria tendrá un porvenir, nuestras glorias pasadas no caerán en la abominación y el olvido, y nadie vejará nuestra bandera.

Soldados: que no tiemble vuestra mano. Que a la hora de matar, sepamos que aquellos que mueren bajo nuestras armas, tienen que morir. Porque sólo matándolos construiremos la patria que anhelamos.

El hombre que conduce a estos delincuentes es un traidor. Un ser cuya ignominia supera la de sus subordinados. De aquí su poder sobre ellos, su jefatura. Porque este hombre es un soldado. Ha guerreado bajo la bandera de los ejércitos de la patria. Conoció el triunfo en Suipacha. La derrota en Yuraicoragua. Estuvo en las gloriosas jornadas de Salta y Tucumán. Y en las desdichadas de Vilcapugio y Ayohuma.

Quizá, durante esos años, sus jefes pensaron que su coraje permanecería siempre al servicio de la patria. Pero no era así: si eso pensaron, lo conocían mal.

Este hombre, este miserable cuyas huellas seguimos a través de este desierto, vivía arrasado por sus vicios. Era bebedor, pendenciero, solía entregarse al juego y a la pasión de las mujeres. Este último pecado, el pecado de la carne, antes que ningún otro, acabó por corroer su alma.

Alcanzó el grado de sargento en los ejércitos patrios. A cualquier otro, esta distinción lo hubiera llenado de orgullo. Pero no a él. Lejos de buscar el honor y la gloria, de dignificar su vida, continuó entregándose a sus pasiones oscuras. Así, cierta noche, envilecido por el alcohol, degolló a un desdichado que le disputaba una mujer. Luego, para huir, nunca para servir a la patria, intentó unirse al Ejército Libertador. Fue rechazado. No guerreó bajo las órdenes de San Martín. No conoció a Bolívar. No entró triunfalmente en Lima. No estuvo en Rio Bamba. Ni en Junín.

Desde el instante en que, para su infinita humillación y castigo, no fue aceptado en el Ejército Libertador, sus pasos se extravían, se pierden entre la multiplicidad de acontecimientos de nuestras guerras interiores.

Soldados: ha reaparecido.

Es el jefe de la turba de salvajes y asesinos que huye de nosotros.

Es el sargento Ángel Medina.

No lo perseguimos para lograr su arrepentimiento. No lo perseguimos para enviarlo a prisión. Mucho menos lo perseguimos para alimentar nuestras ambiciones.

Lo perseguimos para matarlo.

No había amanecido aún cuando ya cabalgaban nuevamente por el desierto infinito. La arena estaba gris y fría, pues la noche le había apaciguado los ardores. Los soldados, penosamente, se mantenían erguidos sobre sus monturas, esforzando sus miradas turbias, sus ojos enrojecidos, todavía enmarañados por el sueño. El secreto terror que los dominaba era el de caer de sus cabalgaduras. Nadie —lo sabían— detendría la marcha por ellos. Porque nadie osaría desobedecer al coronel Andrade. Quedarían allí, entonces, víctimas finales del sol, de la sed y los pájaros de la muerte.

La frase que el teniente Velazco le dijera al sargento Castro había recorrido como un escalofrío las filas del Regimiento: «Quien no aguante, quedará en el desierto». De modo que había que aguantar. Derrotar el sueño, el agotamiento y el miedo. Porque sólo existía una manera de evitar el abandono y la muerte: seguir, no detenerse nunca, cabalgar hasta el aturdimiento y el dolor tras el infatigable jefe que marchaba al frente de la columna, como poseído por los demonios.

Cerca del mediodía, Baigorria adelantó su cabalgadura hasta colocarse junto al moro del coronel. El coronel lo miró y Baigorria, sin decir palabra, extendió su mano hacia el horizonte. El coronel fijó sus ojos en la dirección que esa mano señalaba y vio —allí, en la lejanía— una mancha, algo que bien podía ser una polvareda, una vegetación leve y fugaz, o una confusión de los sentidos.

Sin embargo, Baigorria, con una voz firme que rezumaba su laboriosa sabiduría del desierto, dijo: «Es una estancia, coronel». Y, como apesadumbrado, agregó: «Es la estancia de Leandro Montemayor. Hay una agitación sobre la espesura». El coronel, sin mirarlo, sin apartar sus ojos de esa mancha cuyos contornos adquirían vertiginosa nitidez, dijo: «Ya veo esa agitación, Baigorria. Y ya imagino qué significa». El rastreador dijo: «Son los pájaros negros, coronel. El enemigo ha estado allí. O todavía está». El coronel espoleó el moro y su voz fue un estruendo cuando ordenó: «¡Al galope!» La columna de soldados se sacudió como herida por un látigo despiadado. En pocos minutos, la espesura que bordeaba la estancia se tornó inmediata, tangible. Los pájaros negros trazaban sobre ella los laberintos de su danza macabra.

Obedeciendo a otra orden del coronel Andrade, la columna se detuvo a cien metros del lugar. El coronel desenvainó su sable y dijo: «El olor de la devastación lo cubre todo. Sólo podredumbre deja el enemigo a su paso». Volviéndose apenas hacia el teniente Velazco, añadió: «Teniente, treinta hombres conmigo». Y comenzó a marchar sin prisa —pero alerta, sosteniendo su sable como quien se dispone a matar— hacia la estancia. Velazco y treinta hombres lo siguieron.

Llegaron hasta la gran puerta rectangular, urdida con gruesos troncos y correas de cuero. Como otro signo premonitorio de la vejación, estaba desmesuradamente abierta. Entraron y empezaron a recorrer al paso quedo el camino que conducía hasta la casa. Colgando de los árboles, ahorcados, fueron apareciendo los primeros cuerpos.

Había más cadáveres que árboles, pues los árboles no eran muchos, sino apenas los necesarios como para bordear el camino y cobijarlo de sombras. Era así, porque nada crecía fácilmente sobre ese desierto. Salvo los muertos —ahora, con la guerra— que pendían de esos árboles como una floración monstruosa, pestilente.

El coronel Andrade marchaba pétreo, erizado por el horror pero aún más por el odio. La crueldad del enemigo despertaba la suya y alimentaba la ilusión feroz de la venganza. Giró levemente hacia Velazco. «Teniente», llamó. Velazco se le acercó. «Sí, coronel». El coronel dijo: «Quiero que cuente los cadáveres». El teniente vaciló un instante. Luego preguntó: «¿Vamos a enterrarlos, señor?» El coronel respondió: «Cuéntelos, nada más».

Cuando abandonaron el camino umbroso, descubrieron la devastación del ganado. Los animales habían sido ultimados a tiros. No han robado ni una res. No tienen otra ambición que la muerte. La única sed que los domina es la de la sangre. El coronel alzó su mano y los soldados que lo escoltaban se detuvieron. Habían llegado a la casa. El coronel se apeó del moro y dirigiéndose a los soldados, dijo: «Manténgase alerta. Entraré en la casa». Y a los tenientes Velazco y Quesada: «Señores, acompañenme». Los tenientes descendieron de sus cabalgaduras, extrajeron sus pistolas y siguieron a su jefe, quien se dirigía hacia la casa sin prudencia, empuñando su sable pero frontal y expuesto, sin temer ni pensar siquiera que entre las infinitas posibilidades de la vida estaba la de que alguien abriera fuego sobre él a través de una de las ventanas, sin temerlo ni pensarlo no sólo por su coraje, sino porque lo dominaba la certeza de que si algo habría de encontrar dentro de esa casa no serían enemigos, ni amigos, ni ser viviente alguno, sino solamente cadáveres.

No se equivocaba: le bastó traspasar el umbral y entrar a la sala para encontrar tres cadáveres colgando de las sólidas vigas del techo. Eran dos hombres y una mujer. Se volvió hacia sus subordinados y dijo: «Ella ha de haber sido la esposa de Leandro Montemayor. Y los hombres, hermanos o primos. Observen sus ropas: vestían a la europea». Los tenientes Velazco y Quesada, imperturbables, miraban la escena. El coronel dijo: «Veamos en los dormitorios». Y subió la escalera con tal decisión que obligó a pensar a Quesada que conocía la casa, que había vivido allí, o que al menos la había frecuentado en algún otro tiempo.

Llegaron a un amplio y largo pasillo con varias habitaciones cuyas puertas, cerradas todas, fueron abiertas por el coronel una tras otra, sin encontrar en ellas nada que despertara su interés, pues tanto las había ignorado la voracidad depredadora de los transgresores, que ni siquiera estaban alborotadas. «Falta aún», dijo, sin resignar su búsqueda. «El horror no terminó». Y en tanto decía estas palabras se dirigía hacia la última de las puertas del pasillo, que era la más grande, la más minuciosamente tallada, la del dormitorio principal, qué duda podía haber. Velazco y Quesada empuñaron con más firmeza sus armas y siguieron a su jefe con tanta cautela que reprimieron hasta la necesidad de respirar. El coronel abrió la puerta y los tres entraron a la habitación. Sobre la cama había un hombre muerto. Tenía los ojos muy

abiertos y un cuchillo clavado en medio del pecho. Se había desangrado, y su sangre ahora reseca y oscura pero antes turbulenta, había cubierto por completo la lujosa colcha hasta desbordarla y extenderse largamente sobre el piso. Contra un rincón, una niña —una niña pálida, que tendría trece o catorce años, con los ojos secos pero con unos surcos profundos que le habían dibujado las lágrimas— miraba aterrorizada al coronel Andrade y sus dos tenientes.

El coronel se le acercó suavemente, extendió hacia ella su mano derecha y le acarició los cabellos. Entonces dijo: «Niña, no te haremos daño». La niña lo miró con unos ojos en los que comenzaba a desdibujarse el pavor, pero nada dijo. «¿Cuál es tu nombre?», preguntó el coronel. La niña no respondió. El coronel aguardó durante un prolongado instante, y luego insistió: «Tu nombre, niña. ¿Cuál es tu nombre?» La niña persistió en su silencio. El coronel se volvió hacia los tenientes y dijo: «El terror le ha quitado el habla». Miró a Velazco y añadió: «Teniente, con la misma delicadeza con que yo la he tratado, condúzcala hasta donde están nuestras tropas. Luego ubíquela en uno de los carros. Y no la abandone. Espere allí mi regreso». El teniente Velazco asintió, se acercó a la niña y la tomó de las manos. «Acompáñeme, niña», dijo. «No tenga miedo. Ya todo pasó. Nosotros la cuidaremos». La niña aceptó ser conducida por Velazco y llegaron juntos hasta la puerta de la habitación. Allí los detuvo la voz del coronel Andrade. «Teniente». Velazco giró levemente hacia su jefe. «Sí, coronel». El coronel dijo: «Dígale al rastreador Baigorria que venga». Velazco volvió a decir sí coronel y salió junto con la niña.

El coronel, entonces, se acercó hacia la cama, se detuvo junto a ella y observó al hombre acuchillado. Luego, sin mirar al teniente Quesada, le dijo: «Vaya y ordene a nuestros hombres que quiten los cadáveres que cuelgan de los árboles. Entretanto, cuéntelos. Le he dado ya esta orden al teniente Velazco, pero no estoy seguro de que la haya cumplido a conciencia. Hágalo usted». «Sí, coronel», dijo el teniente. «Algo más todavía», dijo el coronel. «Luego que descuelguen los cadáveres, introdúzcanlos en la casa. Amontónenlos si es necesario. Pero que no quede ninguno afuera. Retírese». «Sí, coronel», dijo otra vez el teniente Quesada, y abandonó la habitación.

El coronel Andrade quedó solo, solo y mirando el cadáver que yacía sobre la cama. Tiene los ojos tan abiertos. ¿Qué imagen, qué terror le paralizó así la mirada? ¿El resplandor del arma en la mano de su asesino? ¿O quizá una idea, una certeza? La certeza de su muerte inmediata, tan inesperada como irreparable. Extendió su mano, la apoyó sobre la frente del muerto, luego la deslizó como si lo acariciara y le cerró los ojos.

Baigorria, sigiloso, sin pedir permiso, aunque como pidiéndolo, ha entrado a la habitación. El coronel Andrade, quien ha percibido más su respiración que sus pasos, con la mirada siempre fija sobre el cadáver, le pregunta: «¿Conoció a este hombre?» Baigorria se acerca a la cama y fija sus ojos donde el coronel ha fijado obsesivamente los suyos, sobre el cuerpo que yace en esa cama, sobre el puñal y la sangre. «Este hombre», dice, «era don Leandro Montemayor». «Lo suponía», dice el coronel.

«¿Cómo era?» «Era un buen hombre», dice Baigorria. «No lo traté mucho. Alguna vez, recuerdo, le busqué unas reses que le habían robado. No más que eso. Pero era un buen hombre. Nunca escuché nada malo de él». El coronel Andrade dice: «Que descanse en paz». Y ahora mirando a Baigorria: «Salgamos».

Abandonaron la habitación, descendieron la escalera y abandonaron también la casa. El coronel buscó su moro y lo montó. «¡Rápido, teniente!», lo urgió a Quesada. «Terminemos cuanto antes con este trabajo macabro». Los soldados descolgaban los cadáveres, los trasladaban hasta la casa y los depositaban allí dentro. Luego el coronel ordenó que buscaran ramas y hojas secas —todo follaje que pudiera arder— y las colocaran sobre los cadáveres, hasta cubrirlos totalmente. Una vez cumplida esta tarea, dijo: «Ahora préndanle fuego a todo. Quemén los cadáveres y la casa. Sólo cenizas dejaremos». Los soldados, siguiendo las instrucciones del teniente Quesada, urdieron antorchas con ramas, trapos y papeles. Tanto se esmeraron, tanto fuego arrojaron sobre esa casa, que en poco tiempo la casa toda era una antorcha más. El coronel Andrade sintió la ardiente pestilencia de los cuerpos, miró las reses sacrificadas y por fin el fuego devorador. Entonces, como para sí, dijo:

—Esto ha sido obra del sargento Ángel Medina.

El coronel Andrade cabalga hasta la carreta en la que el teniente Velazco ha ubicado a la niña. El teniente le informa que la niña se encuentra bien, que dócilmente ha aceptado cuanto se le pidió que aceptara —es decir: subir a la carreta, ubicarse donde ahora está y disponerse para los avatares de la marcha— y que, aunque ya no luce tan atemorizada, no ha pronunciado todavía palabra alguna. El coronel dice que no le asombra tal circunstancia, pues han sido tantos los horrores que sin duda habrá presenciado la desdichada, que quizá nunca vuelva a recuperar el habla. Entonces ordena que se le informe al soldado Ortiz que se presente de inmediato ante él.

El soldado Ortiz, siempre entre la obediencia y el temor, se allega hasta el coronel. El coronel le dice usted se hará cargo de la custodia de la niña, le dice que no deberá apartarse de ella mientras dure la travesía, que permanezca atento a toda voluntad, por vaga que sea, que ella pueda expresar, y le dice por fin que la cuide más que a su vida, pues con su vida pagará cualquier percance, cualquier daño que llegue a herirla. El soldado Ortiz, con nerviosos movimientos de su cabeza, ha asentido cada palabra que ha dicho el coronel, y el coronel, luego de decirlas, ha tironeado las riendas del moro como para alejarse, pero bruscamente gira y enfrenta todavía al soldado Ortiz para ordenarle que esa noche —esa noche, cuando acampe la tropa— usted armará una tienda para la niña y montará guardia frente a ella, velando su sueño. Y entonces —ahora sí— vuelve a tironear las riendas del moro, gira y se aleja al galope en busca de la vanguardia de la columna. No obstante, al pasar junto al doctor Forrest, se detiene y le dice doctor habrá observado usted que hemos rescatado una niña de la estancia devastada de don Leandro Montemayor, a lo que el doctor responde que sí, que ha visto al teniente Velazco regresar a la columna trayendo una niña, y entonces el coronel ordena que esa noche la revise minuciosamente, pues deseo saber si padece alguna otra enfermedad que se añada a la ya manifiesta de la pérdida del habla.

Retoman la marcha. El coronel ha preguntado a Baigorria hacia dónde, Baigorria, y el rastreador ha respondido hacia el sur, siempre hacia el sur, coronel. La columna se eriza como si toda ella fuera la cabalgadura del coronel y sintiera en su propia carne el aguijón de sus espuelas. Hemos hecho nuestro deber. Nada queda atrás, salvo el fuego que purificará la blasfemia del enemigo. Las llamas protegerán el sagrado reposo de usted y los suyos, señor Montemayor. Los pájaros de la muerte ya no se agitan aguardando el instante de la profanación de los cuerpos. Nosotros, ahora, cabalgamos tras la venganza.

Cabalgaron interminablemente. Tanto, que nadie atinó a adivinar qué momento del día era cuando el coronel levantó su mano y ordenó a la columna que se detuviera. Pronunció entonces otra arenga. Luego, cuando hubo concluido, volvió a colocarse al frente de sus hombres y ordenó reanudar la marcha.

Era noche cerrada cuando acamparon.

Un farol iluminaba vagamente la tienda del coronel. El coronel estaba sentado en su catre y miraba al doctor Forrest, a la espera. El doctor encendió un cigarro y dejó brotar el humo a través de sus dientes, sin expelerlo, cubriendo su rostro con una bruma cenicienta y espesa. Luego dijo:

—No padece ninguna enfermedad. Tampoco tiene nada en su garganta, ni en sus cuerdas vocales. Bajo este aspecto, debería hablar.

—¿Usted nunca tuvo miedo, doctor?

—Nunca tuve tanto como el que ha tenido esa niña.

—Fue el miedo entonces.

—El terror, diría yo. He visto casos semejantes. El terror produce todo tipo de parálisis. Incluso la final, la de la muerte.

—¿Se recuperará?

—Sólo si es más fuerte que su terror.

El coronel Andrade miró fijamente la luz del farol. La luz centelleó en sus pupilas.

—Lo será —dijo.

Apartados, lejos de los soldados y las fogatas, el rastreador Ramírez y el teniente Quesada tuvieron el encuentro que el primero anhelaba desde la noche anterior.

—¿Qué ocurrirá cuando los soldados comiencen a caer de sus cabalgaduras? —preguntó el rastreador—. Todos lo sabemos. Lo ha dicho el teniente Velazco y por su boca habla el coronel Andrade. «Quien no aguante —ha dicho—, quedará en el desierto».

—Lo sé bien, Ramírez —dijo Quesada—. Esa amenaza nos cubre a todos.

—No se puede marchar así —insistió el rastreador—. Estos soldados están agotados. Sólo el terror los mantiene sobre sus monturas.

—Entonces —contestó el teniente—, que no lo pierdan.

El teniente Quesada hizo un leve gesto con su cabeza y se alejó rumbo a su tienda. Al amparo de la luz y el calor de las fogatas, los soldados masticaban con resignación la carne invariable, salada y seca de los ejércitos. Lucían taciturnos, silenciosos, como si no tuvieran nada que decirse, o como si prefirieran callar lo que todos sabían que estaba ocurriendo, ya que era un destino ominoso que nadie osaría quebrar.



El coronel entró en la tienda de la niña. La niña estaba sentada en el catre de campaña y se mecía suavemente, como si se acunara. El coronel traía un libro entre sus manos. Se sentó frente a la niña.

—Te daré un nombre —dijo.

El teniente Velazco se ha quitado las botas. El doctor Forrest y el teniente Quesada acaban de iniciar una partida de ajedrez.

—Escúcheme, Quesada —dice Velazco. Quesada lo mira. Velazco continúa—: Lo vi hablando con el rastreador Ramírez. Imagino las cosas que le habrá dicho ese hombre. Las imagino, porque sé lo que secretamente se dice entre la tropa.

—Entonces dígamelo, Velazco —dice Quesada—. Y luego yo le digo si es lo mismo que me han dicho a mí.

—Dicen que el coronel Andrade está sometiendo a sus hombres a una marcha agotadora, intolerable. Dicen que pronto veremos caer a los soldados de sus caballos, desvanecidos, desquiciados o muertos. Le han dicho eso, ¿o acaso me equivoco?

—No se equivoca: eso me han dicho.

—No sé cuál es su opinión, teniente. Pero le diré la mía: ningún soldado debe juzgar las acciones de su jefe. Y menos las de un jefe como el coronel Andrade. Haga lo que haga, yo estaré de su parte.

—No necesitaba decirme eso, Velazco —dice Quesada—. Lo sabía.

El doctor Forrest mueve un alfil.

Te llamaré Armida.

Te contaré historias, relatos fabulosos, epopeyas. Te aliviará saber que tu dolor no es el primero ni el más terrible. Que la vida es un pedregoso laberinto de terrores en el que cada uno es hijo del anterior, y prefigura el que vendrá. Pero te enseñaré — porque quiero ayudarte, pequeña Armida— que el sufrimiento purifica, nos purifica y fortalece para que enfrentemos la hora del terror final, no ya desvalidos, sino con el temple invencible que hemos hecho nuestro entre los tumultos y las adversidades de la existencia.

Te he traído este libro. Un libro en el que aparece tu nombre. Un libro que escribió un lejano y doliente poeta, un gran artista que expiró hace más de doscientos años, y cuyos despojos mortales, recubiertos con una toga y con laureles ciñéndole la frente, fueron expuestos en las plazas públicas de la ciudad de los Césares, donde las multitudes acudieron para reverenciarlo.

Es un poema épico, Armida. Un poema infatigablemente hermoso, atravesado por la fe y por el furor de los cruzados. Y cuenta que el caudillo que libertó el Santo

Sepulcro de Cristo mucho alcanzó con su ingenio y con su espada, mucho sufrió en aquella gloriosa empresa, que en vano se le opuso el infierno, que también en vano armáronse contra él Asia y África, que lo favoreció el cielo, y que cobijó a sus errantes compañeros bajo las sombras de los santos estandartes. ¿Comprendes, oh dulce Armida?

Hacía seis años que los cristianos habían pasado a Oriente para aquella sagrada causa. Nicea había caído en sus manos por asalto; y por astucia, la fuerte Antioquia, que defendieran después contra el innumerable ejército de los persas. Un sepulcro recóndito, que encerraba las cenizas y —con ellas— los signos indescifrables de lo sagrado, agitaba la imaginación, los corazones y las armas de estos hombres azarosos.

Pero no sólo hay hombres en este poema, Armida. También estás tú. Tú, que hechizas y atrapas, que acercas o alejas a los cruzados de su santo destino. Tú, Armida, amada y odiada a la vez por el sufriente poeta que trazó estos versos, quien, sin embargo, jamás deja de admirarte, de someterse a tu encanto y tu belleza. Tú, dulce niña, que te presentas intempestivamente ante el monarca de Egipto, quien está sentado en un rico y elevado trono, bajo el dosel de un cielo argentado, y hollando con sus pies una alfombra púrpura, tejida de oro. ¿Lo recuerdas, Armida? La riqueza de sus alas aumenta el brillo de su real esplendor, y su turbante, blanco cual la nieve, forma, envolviendo su cabeza, una soberbia diadema alrededor de su frente. Su diestra empuña el cetro; su barba nevada le da un aspecto venerable y severo, mientras que sus ojos conservan aún toda la osadía y el vigor de sus años juveniles; cada uno de sus gestos corresponde a la majestad de su edad y de su Imperio. En tal actitud, sin duda, representaron Apeles o Fidias a Júpiter fulminando con sus rayos.

Pero tú no le temes; su magnificencia es vana ante la tuya; sus fastos, vulgar y estridente pedrería incapaz de sofocar tus insondables encantos. Tú, Armida, la encantadora, te adelantas sentada en una carroza, vestida a la ligera y con la aljaba a la espalda. De tal modo se confunde el desprecio que te embarga con la dulzura natural de tus facciones, que da mayor dignidad a tu semblante, el que parece amenazar con sus enojos, mas aun amenazando hechiza. Tu carro de topacio y de rubíes duplica el del astro del día; cuatro unicornios tiran de él conducidos por tu diestra mano; cien doncellas y cien pajes armados de flechas y de aljabas lo rodean, montados en corceles tan ágiles en sus movimientos como veloces en la carrera.

No hay corazón tan inhumano y tan esquivo al amor que se muestre insensible a tus encantos. Si hoy, que se te ve airada, seduces a tantos hombres de tan diversos países, ¿qué ocurrirá cuando placentera, con tu dulce sonrisa y tus tiernas miradas, halagues los corazones?

¿Qué ocurrirá entonces, Armida?

La marcha —también esta vez— comenzó antes del amanecer. Con resignación, muchos pensaron que pronto dejarían de existir las diferencias entre la noche y el día, que todo se tornaría una cabalgata incesante y desatinada para hombres y bestias, a través de ese desierto ardiente o helado pero siempre blanco, porque blancas se volvían las arenas al atormentarles la visión con sus destellos, y blanca era la luna de las noches y el frío y la angustia que les devoraba el ánimo, como ellos devoraban vanamente las dimensiones de la incierta llanura.

El coronel Andrade cabalgaba sobre su moro al frente de la columna. Era el único que parecía no sufrir el calor. El sudor del infierno no caía desde su cabeza, filtrándose, venciendo el ajuste del morrión, para viborearle sobre la cara, trazándole cauces arbitrarios y cristalinos. De sus axilas no surgían esas manchas oscuras, que iban adquiriendo con las horas de la marcha el trazado de las garras de un pájaro salvaje, y que luego descendían por el flanco hasta hundirse en la cintura, hasta humedecer el cuero grueso de los cinturones y detenerse allí, como en una orilla mansa. Sus piernas no eran dos brasas atizadas por el ardor del caballo. Porque si algún fuego calcinaba al coronel Andrade, no era el fuego del sol del desierto.

Cabalaron durante todo el día y nadie se sorprendió cuando el coronel ordenó hacerlo también durante la noche. Sabían —de modo claro algunos, oscuramente otros—, que la obsesión del jefe acabaría por vencer todos los límites: los del agotamiento, los del dolor y, sobre todo, los de la sensatez. De modo que se aferraron a sus cabalgaduras, evitaron mirar el horizonte enceguecedor y secretamente se juraron no ceder, mantenerse erguidos, hacer de esta determinación tenaz la causa última de sus conciencias, pues sólo la conciencia les restaba —la obsesión de no caer—, ya que tenían el cuerpo herido por tantos dolores que no sentían ninguno, o quizá solamente uno, pero tan agudo y final que les azotaba la vigilia y les permitía cabalgar así, como una osamenta obstinada sobre esos caballos también agotados, también cubiertos por un sudor frío y ardiente a la vez, con los ojos muy abiertos y con una espuma blanca, rabiosa y demencial, brotándoles de la boca.

Luego de dos días de marcha casi ininterrumpida —en los que se detuvieron apenas para refrescar los caballos, beber y mojarse la cabeza, comer algunas galletas y alguna carne seca y salada— ocurrió lo que todos temían, pero también lo que todos sabían que habría de ocurrir: uno de los soldados cayó de su caballo y quedó allí, inmóvil sobre la arena. La alarma recorrió como un rayo la columna y llegó hasta el coronel Andrade. Fue el teniente Velazco quien se lo dijo: «Ha caído un hombre, coronel», así le dijo. El coronel tiró de las riendas del moro, lo hizo girar y ordenó al teniente: «Que se detenga la columna». El teniente dio la voz de alto y su orden se fue repitiendo a través de toda la columna hasta que llegó al último hombre y entonces la columna se detuvo por completo. Ningún soldado intentó socorrer al caído. *Ninguno se atrevió a hacerlo.* Permanecieron sobre sus cabalgaduras, tiesos,

absortos, como presintiendo una tragedia inexorable a la que no osarían oponerse, porque la furia y la autoridad del jefe les quebrantaba el valor, la dignidad y hasta el primitivo instinto de la vida.

El coronel galopó hasta el caído y detuvo junto a él su caballo moro. El soldado seguía inmóvil. Tenía los brazos muy abiertos y la cara sepultada en la arena. El coronel lo miró en silencio durante un instante que a todos pareció interminable. Entonces dijo: «Soldado, póngase de pie y monte otra vez su caballo. Se lo ordeno. Hágalo». El soldado nada respondió. Tampoco hizo un gesto, un movimiento fugaz, leve: nada. Siguió inmóvil, con los brazos extendidos y la cara contra la arena.

Entonces, de un salto, el coronel se apeó del moro, agarró al infeliz de los pelos y le irguió violentamente la cabeza, pero doblándosela sobre la espalda, como si deseara quebrarle el cuello. La cara del soldado estaba cubierta de arena y quemada; y sus ojos miraban absurdamente el cielo infinito, paralizados como los de un ciego. El coronel, siempre agarrándolo de los pelos, comenzó a arrastrarlo. «Este hombre», dijo con una voz tronante, rabiosa, «no merece cabalgar junto a nosotros». Arrastraba al soldado a lo largo de la columna, exhibiéndolo como una presa indigna. «Este hombre», continuó, «ni siquiera es un soldado. Porque fue más fuerte la debilidad de su carne que su orgullo de guerrero. Quiero que lo miren, que lo vean bien. Porque ninguno de ustedes, nunca, deberá convertirse en un despojo humano como éste. Quien lo haga, aquél que sea vencido por la humillación de la carne —por la fatiga o el dolor—, morirá. Morirá como va a morir ahora este desdichado».

Arrastró a su víctima hasta detenerse a unos treinta metros de la columna. Los soldados seguían petrificados sobre sus cabalgaduras, mirándolo. «Soldados», dijo el coronel, «el destino de este hombre no es solamente el suyo. Será también el de todo cobarde que se atreva a la indignidad de seguir su ejemplo».

Entonces, siempre agarrándolo de los pelos, volvió a doblarle la cabeza sobre la espalda, desenvainó su sable y lo degolló.

Cierta mañana —cuando ya muchos habían perdido la cuenta de los días que llevaban marchando—, el cielo se oscureció. «Sólo esto nos faltaba», murmuró en voz alta el coronel Andrade. «Los furores del cielo». Unas nubes negras, grávidas, en cuyo interior latía la violencia del huracán, comenzaron a cubrirlos.

Baigorria se colocó junto al coronel Andrade. «Es un huracán, coronel», dijo. «Y no de los suaves, si alguno lo es». El coronel volvió a alzar su brazo y la columna se detuvo. «¿Qué aconseja, Baigorria?», preguntó. Baigorria no vaciló. Dijo: «Voltear los caballos, coronel. Y guarecernos tras ellos». El coronel giró hacia el teniente Velazco. «Ya lo escuchó, teniente. Ordene que los soldados se cobijen tras los caballos y se cubran las caras con los pañuelos». El teniente tironeó las riendas de su caballo y salió al galope a lo largo de la columna, gritando la orden que le diera el coronel Andrade.

El coronel se allegó hasta el carro donde estaba la niña. Ya soplaba un viento violento y atemorizador. «Soldado Ortiz», le dijo al encargado de cuidarla. «Voltee este carro y guarézcase con la niña tras él. Que nada le ocurra. Recuérdele: su vida va en ello». Se acercó a la niña y le acarició los cabellos. Ella lo miraba con sus ojos ya abiertos por el miedo. «Calma, niña», dijo el coronel. «Nada te ocurrirá».

Galopó nuevamente hasta colocarse a la cabeza de la columna. Entonces miró hacia el cielo negro y bullente y dijo: «Parece que ni Dios nos acompaña en esta aventura». El doctor Forrest tomó un largo trago de su petaca y volteó su cabalgadura. «No demore, coronel», dijo. «Este viento que sopla ya es el huracán. Estamos bajo su furia». El coronel volteó el moro y se guareció tras él. «¡Cúbranse los ojos!», se escuchó —lejana— la voz del rastreador Ramírez. «¡La arenisca enceguece!» Lo cierto era que azotaba la cara de aquellos que osaban enfrentarla con una fiereza innumerable y dolorosa. Pronto dejaron de hacerlo y pronto —todos— estaban tiesos detrás de los caballos, que agitaban las patas aterrorizados por el estruendo y por el dolor de la arenisca que se incrustaba cruelmente contra sus partes expuestas. El cielo se quebraba en rayos incesantes y estallidos mitológicos. Los hombres se habían cubierto las bocas y los ojos con sus pañuelos, pero igualmente tosían, lloraban y gritaban como si la tierra se abriera para devorarlos. Algunos vomitaron un líquido ardiente y blanco, del color de la arenisca.

Luego de algunos minutos, el viento comenzó a quietarse y las nubes se hicieron menos densas, como si se disiparan. «Qué extraño», murmuró Baigorria masticando con furia la arena entre sus dientes, «nunca he visto un huracán que se calmara tan pronto». A su lado, Quesada miró hacia lo alto y vio una extraña claridad en el cielo. «A menos que no haya sido un huracán», dijo, sin saber en verdad lo que decía pero sabiendo que era esa insólita claridad adueñándose del cielo la que le hacía decir lo que había dicho: que eso no había sido un huracán. «¿Qué ha sido entonces?», farfulló Baigorria, irritado. El teniente elevó su brazo y señaló las nubes: «Lo que

haya sido aún no ha terminado, Baigorria. Mire esas nubes». Todos los hombres — ahora— miraban el luminoso cielo y las nubes que los cubrían. Eran unas nubes blancas, cenicientas, que filtraban una luminosidad del color de la tiza, atravesadas por incesantes destellos pero asimismo mansas, aquietadas. Ya no había viento y la arena reposaba otra vez sobre el desierto.

De pronto, un soldado gritó: «¡Algo cae del cielo!» Y otro dijo: «Llueve». Los destellos que atravesaban las nubes se habían convertido en pequeños copos cenicientos y ahora estaban cayendo sobre la arena, tiñéndola de gris. Teñían de gris, en verdad, todo aquello sobre lo que caían. El coronel Andrade, absorto, como atrapado por la maravilla del fenómeno, extendió su mano y recogió en ella las partículas cenicientas de la lluvia. Las acercó a su cara, las miró fijamente, las desmenuzó entre sus dedos y dijo: «Es ceniza. Llueve ceniza».

La ceniza caía mansamente desde el cielo. Los hombres volvieron a montar sus caballos y permanecieron en estático silencio, tan absortos y maravillados como su jefe. Sus uniformes fueron tiñéndose de gris, sus caballos también, y pronto fue gris toda la extensión del desierto hasta donde sus ojos podían ver, hasta el inalcanzable horizonte.

Eran ahora un ejército gris. Un ejército de hombres grises, con uniformes grises, que marchaban en caballos grises, sobre una llanura gris. Nadie intentó explicar el fenómeno. La lluvia todavía los acompañó durante un largo y alucinado trayecto, hasta que comenzó a demorarse y por fin cesó.

Ahora marchaban al ocaso. La ceniza —Baigorria se lo había explicado al coronel — había borrado el rastro. Simplemente: *no había rastro que seguir*. El coronel lo fulminó con su mirada obstinada y dijo: «Siempre hay un rastro. Cuando lo elegí, lo hice porque usted se comprometió a descifrar sobre la arena hasta los rastros borrados por los vientos». «Esto es otra cosa, coronel», se defendió Baigorria. «De un rastro que borra el viento, siempre queda algo. Pero esto es ceniza. Lo ha cubierto todo». El coronel, sin dejar de mirarle lo profundo de los ojos, dijo: «Hacia dónde, Baigorria. Dígamelo ya». Baigorria, como sujetando alguna furia, se mordió los labios. Luego dijo: «Hacia el sur, coronel. Siempre hacia el sur». Y así fue como reiniciaron la marcha. Al frente, todo era desolación y ceniza. Atrás, los soldados dejaban una huella única y virgen, y levantaban una polvareda gris como el humo lento de un fuego apagado.

Nadie se engañaba: Baigorria no seguía ningún rastro. Sólo  *fingía* hacerlo. Lo fingía porque así lo había ordenado el coronel Andrade y porque en ese fingimiento estaba la posibilidad de salvar su vida. Sólo el coronel parecía creer en esa ilusión. Porque sólo el coronel aún miraba el suelo como si allí hubiera el trazado de algún signo.

¿Pero qué podía haber allí si todo era ceniza? ¿Qué podía haber si sólo había una dilatada extensión agrisada, tersa, aún no hollada por animal u hombre alguno, sobre la que ni siquiera habían osado posarse los pájaros?

No obstante, el coronel marchaba como si algo hubiera. Como si él y su rastreador siguieran un rastro implacable, claramente visible para ambos. O si no, como si lo fueran inventando, dibujando prolijamente, palmo a palmo, entre la ansiedad del uno y el temor del otro.

El ejército marchaba al paso lento, bajo un cielo también gris, cargado de nubes amenazantes. El ruido de los cascos era mortecino, ya que lo ahogaba la ceniza, y los animales levantaban a su paso el polvo de los sepulcros profanados. Los soldados tenían las cabezas gachas, derrumbadas sobre el pecho, como si no sólo los asolara el cansancio, sino —sobre todo— la tristeza y la incertidumbre de lo por venir. Eran un ejército mustio, como una piel seca y rugosa.

Durante un día y una noche más marcharon sobre la ceniza. Pero cuando volvió a amanecer, las nubes oscuras se habían disipado y el sol —nuevamente— calcinaba las arenas, que ya eran blancas y restallantes y enceguedoras como antes de la extraña lluvia gris.

El coronel Andrade llamó a Baigorria. «¡Baigorria!», gritó con acento imperioso. El rastreador galopó hasta colocarse a su vera. «Coronel». El coronel le hizo un gesto crispado con la cabeza. «Acompáñeme» le dijo, y lanzó el moro al galope. Baigorria apremió tras él su alazán y no tardó en darle alcance. Se detuvieron a considerable distancia de la columna. Estaban —ahora— solos.

«Ya no hay ceniza que cubra el desierto», dijo el coronel, y Baigorria le vio brillar en los ojos algo que no era solamente la ira, sino el deseo de matar. Temió por su vida. «Yo también sé mirar las arenas», continuó el coronel, «y aquí no es un rastro lo que está faltando. Si me dice otra cosa, miente». Baigorria sujetó con fiereza las riendas de su alazán. Y dijo: «No necesito mentirle. Hay un rastro». Los caballos movían abruptamente sus cabezas, tratando de no golpearse, tal era la cercanía en que ambos jinetes los mantenían para dialogar así como lo estaban haciendo, casi cara a cara, bebiéndose uno a otro el aliento. «¿Y qué rastro es el que hay?», preguntó el coronel. «¿El que lleva al enemigo?» «Sí, coronel», contestó Baigorria. «El que lleva al enemigo. El mismo que venimos siguiendo desde que abandonamos el Fuerte Independencia». «Por su ventura deseo que así sea», dijo el coronel. «Vamos, ya».

Galopó hasta colocarse nuevamente al frente de la columna. Los soldados se habían sacudido la ceniza de sus uniformes y estaban ahora envueltos en una



polvareda gris. Sin embargo, la ceniza era obstinada, como pringosa, y los uniformes quedaron extrañamente azules y grises, como una bandera exótica, que ese ejército no honraba ni conocía. Retomaron la marcha.

Era la hora del crepúsculo cuando Baigorria volvió a colocarse junto al coronel. Extendió su brazo y dijo: «Hay una mancha sobre el horizonte». El coronel entrecerró sus ojos y descifró lo que había surgido allí, en la lejanía. «Es cierto», dijo. «Es una mancha. Sólo eso por ahora». Giró hacia atrás su cabeza y rugió: «¡Al galope!» Nuevamente se sacudió la columna como herida por un látigo impiadoso. Galoparon más allá del agotamiento y la razón. Los caballos parecían prontos a reventar, pero — sin embargo— seguían, pues era como si también ellos estuvieran bajo la fascinación y el temor del vertiginoso jefe que los conducía.

Cuando la mancha que había surgido en el horizonte hubo adquirido contornos inteligibles, el coronel ordenó a la columna que se detuviera. «Ahora, al paso», dijo. «Lentamente». Con pesadez, como venciendo una modorra tenaz, reanudaron la marcha. El coronel giró hacia Baigorria y dijo: «Y bien, Baigorria, ¿es esa mancha lo que mis ojos me dicen que es? Dígamelo usted». Con una voz grave, quebrada por la derrota y los presentimientos más lóbregos, Baigorria dijo:

—Es el Fuerte Independencia.

—Hay una agitación sobre las murallas —dijo el coronel, ahora sombrío y presagioso. Baigorria asintió. Y luego, mordiendo las palabras, como para sí, murmuró:

—Son los pájaros de la muerte.

LIBRO TERCERO  
LAS AGUADAS

# 1

El coronel hizo detener la columna a menos de un centenar de metros del Fuerte. Los pájaros negros se agitaban en lo alto, aguardando su hora. Eran muchos los cadáveres que rodeaban el Fuerte y muchos también los que asomaban por las murallas, con la mitad del cuerpo pendiendo hacia afuera y hacia adentro la otra, cubiertos todos de sangre y algunos decapitados.

«Teniente Velazco», dijo el coronel Andrade. «Sí, coronel», dijo el teniente. «Treinta hombres conmigo», ordenó el coronel, y comenzó a marchar hacia la puerta del Fuerte, que estaba ominosamente abierta, como invitando a la visión de la tragedia.

El coronel extrajo su sable y lo aferró con tal fuerza que el cuero blanco de sus guantes se estiró por la presión de los nudillos. «Teniente Quesada», llamó. El teniente azuzó su cabalgadura y se colocó a la vera de su jefe. «Sí, coronel», dijo. El coronel, sin mirarlo, ordenó: «Cuenta los cadáveres». El teniente asintió firmemente con su cabeza y repitió: «Sí, coronel». Y lo dijo como si ya supiera que esa tarea habría de serle encomendada.

Atravesaron la puerta del Fuerte. De las vigas de las galerías colgaban varios cadáveres. Los habían ahorcado con cuerdas y también con cinturones. El coronel detuvo su moro en el centro del patio, junto al mástil. La bandera aún flameaba en lo alto, libre de la depredación del enemigo. Los demás cadáveres estaban amontonados, formando pilas caóticas, monstruosas. Había tres, cuatro, cinco de ellas en el patio del Fuerte. La mayoría habían sido degollados o apuñalados en el corazón, pero otros no: otros habían sido decapitados y sus cabezas habían rodado sobre el suelo hasta detenerse allí, donde ahora estaban, exhibiéndose como grandes frutas hediondas ante la mirada del coronel Andrade y sus hombres.

Entonces se abrió una de las puertas de las habitaciones y todos miraron hacia allí. Algo había sobrevivido a esa minuciosa devastación. Era el teniente Ocampo. Tambaleante, caminó algunos pasos y se detuvo. Estaba cubierto de heridas. Su uniforme ya no era azul, sino que tenía el color de su sangre. Con firmeza, con el deseo de mostrar que aún estaba con vida, sostenía en la diestra su sable, teñido con la sangre de quienes lo habían martirizado. Caminó hasta el coronel Andrade, lo miró con unos ojos turbios y extraviados, y dijo: «No me rindo».

El coronel miró con piedad a ese despojo humano cuya demencia se expresaba en el modo del coraje. «Teniente Ocampo», dijo, «entrégueme ese sable que ya para nada le sirve y póngase en manos del doctor Forrest, quien examinará sus heridas». Hizo una pausa y añadió: «Aún puede vivir». El teniente abrió sus labios pero no profirió palabra alguna. La boca se le llenó de una sangre oscura y espesa que luego se deslizó pesadamente sobre su barbilla. Tambaleó. Pero, aun cuando todos creyeron que iba a caer, logró sostenerse sobre sus dos piernas muy abiertas, luego de un movimiento inarticulado y torpe como el de un bufón patético. Entonces volvió a

mirar al coronel Andrade y dijo: «Soy el teniente Juan Carlos Ocampo, del Séptimo Regimiento de Caballería». Y repitió: «No me rindo». Y luego sus ojos giraron hasta ponerse blancos, soltó el sable y se derrumbó sobre la tierra.

«Doctor Forrest», llamó el coronel Andrade; y cuando el doctor estuvo a su lado, añadió: «Ocúpese de este hombre». El doctor Forrest se apeó del caballo y dirigiéndose al sargento Castro y otros soldados, dijo: «Ayúdenme a llevarlo a la habitación de los oficiales». Lo agarraron de los brazos y las piernas y lo transportaron cuidadosamente. El teniente Ocampo seguía inconsciente y la sangre que manaba de su boca era cada vez más oscura y densa. Lo depositaron sobre su camastro. El doctor Forrest le abrió la chaqueta y le apoyó una mano sobre el corazón. «Todavía vive», dijo, aunque sin demasiada certeza y también con aflicción, ya que enseguida añadió: «Lo mejor que puede sucederle es la muerte. Tiene demasiadas heridas. Ni un milagro podría salvarlo». Entonces el teniente Ocampo abrió los ojos. El doctor le dijo: «Teniente, soy el doctor Forrest. ¿Me reconoce?» Los ojos del teniente se detuvieron en el rostro del doctor, pero luego se deslizaron, ignorándolo, y se posaron sobre una figura que acababa de entrar en la habitación y que ahora se erguía allí, también junto al camastro, hierática y temible. Era el coronel Andrade.

El teniente fijó sus ojos en los de su jefe y un destello de terror y lucidez atravesó su rastro. Entonces dijo: «Coronel». Y sus ojos se paralizaron, pues la súbita comprensión de la realidad acababa de arrancarle la vida. El doctor estiró su mano, la colocó sobre la frente del teniente y luego la deslizó sobre sus ojos, cerrándoselos. «Está muerto», dijo, y se sintió un estúpido por decir algo que todos los que estaban allí ya sabían que había ocurrido.

El coronel Andrade giró bruscamente y abandonó la habitación.

El teniente Quesada acercó su alazán al moro del coronel y le dijo que había ya revisado los alrededores del Fuerte y también su interior y que había contado todos los cadáveres, incluido el del teniente Ocampo, y que lamentaba informarle que no había encontrado sobrevivientes. «El enemigo es prolijo», dijo el coronel Andrade.

Entre tanta devastación, sólo hemos hallado con vida una niña muda y un loco. El resto, cadáveres sin gloria. Nadie a quien interrogar. Nadie que haya visto de cerca el rostro monstruoso que perseguimos. ¿Cómo es? ¿Cómo son sus guerreros? ¿Por qué huyen? ¿Por qué no eligen un lugar y ofrecen allí —como valientes— la batalla definitiva?

El coronel ordenó al teniente Quesada amontonar los cadáveres en el patio del Fuerte. «Luego», dijo, «préndale fuego a todo. Al Fuerte también». El teniente vaciló. No le fue fácil preguntar: «¿También al Fuerte, coronel?» Una sonrisa amarga y rencorosa ensombreció el rostro del coronel. «Sí», dijo, «también al Fuerte. Que nada quede a nuestro paso, teniente. Ningún refugio. Ningún lugar donde buscar el reposo. O encontramos y vencemos al enemigo, o vagaremos eternamente como parias a través de este desierto. Vamos, no vacile. Cumpla con mis órdenes. Ya se vienen la noche y el frío. Que ese Fuerte ultrajado y esos cadáveres pestilentes nos entreguen al menos algo de calor y de luz».

Entonces picó espuelas y fue a reunirse con la tropa. Desde allí, observó la minuciosa tarea del teniente Quesada y sus hombres. No demoraron: la pasión del fuego los exaltó y arrojaron infinitas antorchas sobre los cadáveres y las maderas del Fuerte. El coronel Andrade miraba la escena fascinado, inmóvil, con los ojos tenazmente abiertos, como presenciando un culto secreto, quizá demoníaco pero purificador. En menos de media hora, el Fuerte Independencia ardía contra el horizonte como un zarpazo del Demonio. El doctor Forrest y Baigorria, que estaban cerca del coronel, le oyeron decir:

—Esto ha sido obra del teniente Ángel Medina.

Marcharon al paso, cercados por una tristeza lenta, tangible, que nacía en cada conciencia y crecía y atizaba el mismo sentimiento en las otras, en todas. Marcharon silenciosamente, sin querer ni poder hablar, sobrecogidos por la tenacidad mortífera del enemigo. Atrás, lejos ya, quedaban el Fuerte —arrastrado por las llamas a su destino final de ceniza— y el hedor de los cadáveres. Fue esta pestilencia la que los empujó a refugiarse en la distancia, a buscar un aire puro, un aire que se pudiera respirar sin sentir a la vez la cercanía de la putrefacción y la muerte. Cuando se detuvieron, el Fuerte era apenas un humo oscuro que prefiguraba las sombras de la noche, y el aire era otra vez limpio y frío.

Acamparon. Y como llevaban noches sin hacerlo, la orden complació a las tropas y adormeció sus nervios y sus músculos zaheridos por tantas jornadas de marchas impiadosas.

El teniente Quesada entró en la tienda del coronel Andrade. El coronel, iluminado por la luz rojiza de un quinqué, leía un libro. Durante un larguísimo instante —que, sin duda, más largo aún le pareció al teniente Quesada—, el coronel mantuvo sus ojos fijos sobre las páginas del libro, como ignorando la presencia de Quesada. Luego depositó el libro sobre el catre de campaña, encendió un cigarro en la llama del quinqué y dijo: «Le destiné un trabajo, teniente. Nada agradable, lo sé. Pero necesario». Lanzó un humo gris que se volvió rojizo por los destellos del quinqué. Y agregó: «Le pedí que contara los cadáveres. ¿Los contó?» «Sí, señor», dijo Quesada. El coronel asintió blandamente. Se mordió los labios, como conteniendo alguna ira que lo sofocaba y le impedía hablar y por fin, cautelosamente, preguntó: «¿Cuántos cadáveres contó en la estancia de Leandro Montemayor?» «Treinta y dos», contestó el teniente. «Ajá», hizo el coronel. Y luego: «Y en el Fuerte Independencia, ¿cuántos más?» «Ciento veinte», informó el teniente. El coronel vaciló brevemente y después dijo: «Han asesinado, entonces, a ciento cincuenta y dos de los nuestros». «Así es, señor», confirmó el teniente Quesada.

El coronel se puso de pie. Giró y ocultó su rostro a los ojos del teniente. Se mantuvo así, con las manos entrelazadas en la espalda y dejándose circundar por el hálito brumoso de su cigarro. Entonces dijo: «Deseo, teniente, que el enemigo sea numeroso». Vagamente, el teniente sospechó la finalidad de este deseo. Pero le pareció tan irracional, tan feroz, que cuando hizo su pregunta la hizo deseando otra respuesta que aquella que —sabía— habría de oír. Preguntó: «¿Por qué, coronel?» Entonces el coronel giró, lo volvió a mirar y un brillo salvaje avivó sus ojos cuando dijo: «Porque cuando los hayamos derrotado, cuando estén inermes e indefensos por nuestro coraje y nuestro fuego, allí, en ese momento, empezaré a matarlos. Y los mataré cuidadosamente, uno por uno, hasta llegar a ciento cincuenta y dos. Y los mataré con mis propias manos». Hizo un silencio. Luego agregó: «Y cada muerte será una victoria».

Al amanecer reanudaron la marcha. ¿Hacia dónde marchaban? ¿Qué rastro seguían ahora? El teniente Quesada sabía —pues el mismo Baigorria se lo había confesado durante la noche— que el coronel Andrade no había consultado con su rastreador el rumbo a seguir. ¿Marchaban sin rumbo entonces, tal como lo habían hecho durante las jornadas de la ceniza? No parecía ésta la actitud del coronel, ya que cabalgaba sin vacilaciones, hosco y terco. ¿Acaso —ahora— él mismo elegía el rastro? ¿O acaso lo había consultado con el otro rastreador, con Domingo Ramírez?

No: con Ramírez no. El *rastreador ciego* marchaba atrás, confundido con la soldadesca, mientras que el coronel lo hacía adelante, más alejado que nunca de la columna, casi como un jinete solitario. El doctor Forrest acercó su caballo al de Quesada, y como si hubiera adivinado los pensamientos que lo acosaban, le dijo: «Nos conduce a su arbitrio. Ya sólo en él confía».

Horas más tarde, el coronel alzó su brazo y ordenó a la columna que se detuviera. Era el mediodía, pues el sol estaba más alto y despiadado que nunca. El coronel se adelantó unos metros y analizó las arenas. Luego cabalgó hasta el teniente Velazco y le dijo: «Ordene a la tropa girar hacia el flanco derecho». El teniente obedeció. En instantes, la columna estaba alineada hacia la derecha. El coronel espoleó el moro y marchó hasta ubicarse frente a sus hombres, manteniendo una distancia de treinta metros, o quizá algo más, apenas. Entonces llamó a Baigorria. «¡Baigorria!», dijo fuertemente. El rastreador dijo: «Aquí estoy, coronel». El coronel dijo: «Lo he llamado. Venga». El rastreador empezó a dirigirse lentamente hacia donde lo aguardaba el coronel. Cuando se hallaba a una distancia de diez metros, el coronel alzó su mano, deteniéndolo. Y dijo: «Quédese ahí». Baigorria detuvo su alazán. Entonces el coronel dijo: «Usted es un traidor. Sólo merece morir». Y extrajo su pistola, apuntó al pecho del rastreador e hizo fuego.

Baigorria lanzó un grito ahogado, quejumbroso, y se derrumbó del caballo. El asombro paralizó a todos. También al teniente Quesada, quien, sin embargo, instintivamente quizá, aferró la empuñadura de su sable con el propósito de desenvainarlo. Lo contuvo el doctor Forrest. «Cálmese, teniente», dijo mientras le detenía el brazo con una fuerza insospechada en un hombre de su condición. «La suerte de Baigorria ya está decidida. Si intenta cambiarla, sólo conseguirá hacerse matar». El teniente aflojó los dedos y dejó el arma en su vaina.

Una mancha roja y turbulenta había brotado en el pecho de Baigorria. El coronel Andrade guardó su pistola y observó al moribundo serenamente, como esperando que se quietara, que aceptara la muerte que acababa de inferirle. Baigorria, empecinado, intentó ponerse de pie. Pero no lo consiguió: cayó sobre la arena como un muñeco torpe y destruido. No era, en verdad, más que eso. Y allí quedó, sobre la arena, moviéndose aún, pero con unos movimientos insensatos que no eran otros que los de la agonía.

«¡Sargento Castro!», vociferó entonces el coronel Andrade. El sargento dio un respingo y partió al galope hasta detenerse frente a su jefe. Respiraba con la boca abierta, como si ningún aire le bastara, y se llevó torpemente la mano derecha hacia el morrión cuando dijo: «Ordene, coronel». Su agitación, su torpeza, le eran propias, pero su temor era el de la columna toda. Era el temor que el coronel Andrade infundía en sus hombres.

«Traiga uno de los cañones», dijo el coronel. El sargento Castro vaciló. Quizá lo hizo para llevar nuevamente aire a sus pulmones, vaciados una y otra vez por la angustia que lo dominaba. O quizá fue por otra causa: por la repentina, oscura pero pavorosa certidumbre de lo que allí estaba por ocurrir. Cualquiera que fuera la causa, no fue tolerada por el coronel Andrade, quien dijo: «¿Me escuchó o no? Traiga uno de los cañones, dije». Al sargento le faltó el aire hasta para decir «sí, coronel». Asintió con su cabeza y partió al galope.

El coronel echó pie a tierra. Caminó lentamente y se detuvo junto al rastreador.

Ahora, el cuerpo de Baigorria se había sosegado y reposaba boca abajo sobre la arena. El coronel desenvainó su sable y lo apoyó contra la espalda de su víctima. Durante un instante, pareció que se proponía ultimar su tarea con algún tajo certero y piadoso. Pero no fue así. Desplazó el sable hasta detenerlo sobre el hombro de Baigorria. Entonces, con una voz rencorosa y fuerte, pero con claridad, dijo: «Los traidores demoran en morir». Hizo girar el cuerpo de Baigorria y lo colocó de cara al cielo. El pecho del rastreador aún se agitaba y sus ojos enfrentaron los del coronel. «¿Acaso no lo dije?», dijo el coronel. «Aún vive». Y añadió: «Peor para su suerte».

Tres soldados y el sargento Castro acercaron una carreta con uno de los cañones. «Pónganlo sobre la arena», dijo el coronel. Y cuando la orden fue cumplida, dijo: «Ahora traigan unas cuerdas y aten a este infeliz a la boca del cañón». Los soldados vacilaron. El coronel rugió: «¡Hagan lo que digo!» Los soldados no demoraron en cumplir la orden. Trajeron cuerda, alzaron a Baigorria por los brazos y las piernas y lo apoyaron contra la boca del cañón. Luego lo ataron fuertemente. El rastreador aún respiraba.

El coronel volvió a montar el moro. «Ya está», dijo a los soldados. «Ahora váyanse». El sargento Castro y los tres soldados se alejaron. «Soldados», dijo entonces el coronel dirigiéndose a la columna, «la muerte abominable que aguarda a este hombre no es otra que la que merece». Hablaba con una voz poderosa, que nadie podía evitar oír. «Durante jornadas enteras nos condujo a su arbitrio», continuó mientras comenzaba a acercarse a la columna. «Y si así lo hizo, fue porque así debía hacerlo. Porque no era otra la orden que tenía. Porque yo, su jefe, había depositado en él mi confianza». Ahora recorría la columna al paso lento de su moro. «Me traicionó», continuó diciendo. «Debía conducirnos al enemigo, pero sólo nos condujo al horror. Quiso atemorizarnos, indagó nuestra cobardía. Quiso inculcarnos el pavor del enemigo mostrándonos su crueldad implacable. Fracasó». Recorría la columna y miraba los rostros de los soldados, uno tras otro. «He descifrado su estrategia



siniestra», dijo con orgullo. Y luego: «Quería que abandonáramos nuestra persecución. Que descubriéramos nuestros futuros cadáveres en los cadáveres que nos mostraba. Que abrumados por encontrar siempre el poder y el horror del enemigo, nos abatiera la desesperación. Lo he dicho: fracasó».

Entonces tironeó las riendas del moro y galopó hasta detenerse cerca del cañón. Descendió y señalando despectivamente a Baigorria, dijo: «Soldados: este hombre es un enemigo. Por eso lo mataré». Respiró fuertemente. Su furia le producía espasmos. Continuó: «Este hombre no ha luchado por nuestra causa. Ha luchado por la causa de su jefe: el teniente Ángel Medina, de cuyo ejército forma parte». Hizo un silencio. Volvió a señalar a Baigorria y dijo: «Lo he atado allí, contra la boca de ese cañón, porque quiero matarlo de un modo horrible». Los soldados estaban tiesos, como si ni a respirar se atrevieran, atrapados por el poder de la palabra vengadora del jefe. El silencio era espectral. Nada se oía: ni el viento. Sólo la voz del coronel, que ahora decía: «Morirá despedazado. Morirá así, porque quiero que él, y sobre todo los suyos cuando lo encuentren, sepan que no sólo habremos de vencerlos por la dignidad de nuestra causa, sino también porque, en esta guerra, hemos decidido ser aún más crueles, más inhumanos que ellos».

Entonces encendió la mecha y disparó el cañón. El estallido fue tan poderoso y mortal como lo había sido su voz.

Cuando el humo de la pólvora se hubo disipado, de la boca del cañón manaba sangre.

Volvieron a marchar y lo hicieron durante el resto del día. El coronel Andrade, tal como era su hábito desde que desplazara a Baigorria, cabalgaba a la vanguardia de los soldados, y a considerable distancia de los mismos; la necesaria —al menos— como para tornar evidente que era él quien decidía el rumbo a seguir.

Marcharon sin detenerse pero con cautela, al paso. Era como si el coronel no hubiera encontrado aún el rastro certero que lo arrebatara y lo lanzara inconteniblemente tras el enemigo.

Llegó la noche y acamparon.

El teniente Quesada se sienta frente al coronel. Antes, el coronel le ha hecho una leve indicación con su mano derecha, autorizándolo. Un quinqué ilumina la tienda. El coronel dice:

—Lo hice llamar porque el rastreador Baigorria era su amigo. —Hace una pausa. Después añade—: O, al menos, llegaron juntos al Fuerte Independencia.

—No se equivoca, coronel —dice el teniente—. Baigorria era mi amigo. Nos tratábamos con respeto y estima.

—¿Y ahora? —pregunta el coronel.

La pregunta sorprende a Quesada.

—¿Ahora qué, señor? —dice, secamente.

—¿Qué piensa de él ahora?

—Ahora está muerto. Ya no pienso más en él.

El coronel le extiende una caja de madera. Pregunta:

—¿Quiere fumar?

—No.

El coronel chasquea la lengua, como lamentando. Entonces enciende un cigarro y lanza el humo hacia arriba, con fuerza. Luego pregunta:

—¿Cómo conoció a Baigorria?

—El coronel Vicente Lagos me lo destinó para que me guiara hasta el Fuerte Independencia.

El coronel sonrío rencorosamente y dice:

—Esa es sólo una parte de la verdad, teniente. La otra se la diré yo. —Mira la punta ardiente de su cigarro, luego sacude la ceniza y dice—: Los militares de Buenos Aires me odian. Yo soy un héroe de la Independencia, teniente. Y ellos apenas han ganado un par de batallas contra bárbaros semidesnudos. Les enturbian la razón mis laureles. Les despiertan el rencor, la envidia. ¡Basta de gloria para el coronel Andrade!, han dicho. Y aquí estoy. No me enviaron a la guerra con el Brasil. Me confinaron en el desierto. Y cuando —¡por fin!— me entregan una misión, un enemigo a quien perseguir y derrotar, me destinan un rastreador traicionero, un

enemigo. Y yo sé por qué, teniente. Porque quieren mi humillación. Mi derrota y también mi muerte.

El teniente Quesada, confundido, sin demasiada convicción, intenta argumentar:

—Pero el general Lavalle...

—Ese es el peor —dice el coronel—. Pues su orgullo se le ha vuelto una enfermedad atroz, incurable ya. Nadie me odia como él. Porque cree —y con razón— que sólo yo puedo opacar su gloria. ¿Cómo no va a desear, entonces, mi fracaso? ¿Cómo no va a desear mi muerte como quien desea liberarse de una pesadilla? No me engañe, teniente. A Baigorria no se lo destinaron a usted. Tampoco fue el coronel Vicente Lagos quien lo eligió. A Baigorria me lo mandó Lavalle. Para que me extraviara a través de este desierto, para que me torturara la razón entre los horrores del enemigo y su interminable ausencia. Para eso, teniente. Para mi fracaso lo enviaron. ¿Comprende, ahora?

—Sí, coronel —responde el teniente, como si exhalara un aire que venía reteniendo.

—Pero les he aniquilado su estrategia —continúa el coronel—. Porque no fracasé. Y Baigorria —el miserable que debía conseguir que lo hiciera— yace despedazado en el desierto. —Entonces el coronel lleva el cigarro a su boca, chupa largamente y luego exhala el humo con lentitud. Hay un silencio largo, denso. El teniente, imperturbable, observa mansamente a su jefe. De pronto, el coronel gira su cabeza hacia él, lo mira, y como si recién advirtiera su presencia, como si regresara de algún lejano lugar al que desea retornar, sencillamente le dice—: Retírese.

Quesada entra en su tienda. El doctor Forrest duerme. El teniente Velazco toma un dilatado trago de *whisky* de la petaca del doctor. Cuando descubre a Quesada, levanta la petaca, mostrándosela, y dice:

—Esta es la mejor medicina del doctor. Le calienta las tripas a uno en estas noches heladas. Y ayuda a dormir. —Le extiende la petaca y pregunta—: ¿Quiere probar?

El teniente Quesada asiente con un blando movimiento de su cabeza. Agarra la petaca, la lleva a sus labios y bebe. Cuando termina, el teniente Velazco lo está mirando. Quesada abandona la petaca junto al tablero de ajedrez. Velazco dice:

—Teniente, hoy lo vi llevar la mano a su sable cuando el coronel disparó sobre Baigorria.

El teniente Quesada se toma su tiempo. Luego pregunta:

—¿Hay algo que usted no vea, Velazco?

Velazco, casi amenazante, dice:

—Quiero que sepa que si usted sacaba su sable, yo sacaba también el mío. Y que si usted intentaba algo contra el coronel Andrade, yo lo mataba, teniente. Por fortuna, el doctor Forrest supo detenerlo.

Quesada se acuesta pesadamente sobre su catre.

—Por fortuna —repite, fatigado.

—Anímese —dice el sargento Castro—. Encárelo y dígame: coronel, ahora el rastreador debo ser yo.

—Tengo miedo —dice Ramírez.

—Todos lo tenemos. Pero si nos guía usted, a algún sitio hemos de llegar.

—No quiero terminar como Baigorria. No quiero que me aten a un cañón y lo disparen. Además, ya es tarde.

—¿Para qué?

—¿No se ha dado cuenta, sargento? El coronel Andrade no necesita ningún rastreador. Es él quien guía la columna. Y además, escuche bien, no sigue ningún rastro. —El sargento Castro lo mira con el rostro atravesado por la incredulidad, o el pavor. Ramírez dice—: Créame, no le miento. He consumido mi vida y mis ojos descifrando las arenas. El coronel Andrade no sigue rastro alguno. Es su capricho el que nos guía. O algo todavía peor.

—¿Qué?

Ramírez no responde.

El coronel Andrade entra en la tienda de la niña. Antes de hacerlo le ha preguntado al soldado Ortiz cómo está ella, si ha sufrido durante la marcha, si ha comido y bebido lo suficiente y si ha dicho alguna palabra o —al menos— si ha emitido sonido aunque leve y fugaz que pueda avivar la esperanza de su recuperación. El soldado Ortiz ha respondido que la niña se encuentra bien, que no ha sufrido durante la marcha, que ha comido y bebido lo suficiente y que no ha dicho palabra alguna ni sonido aunque leve y fugaz que pueda avivar la esperanza que el coronel ha mencionado.

El coronel se sienta frente a la niña. Tiene entre sus manos el libro que acostumbra a leerle cuando la visita. La niña ha girado tenuemente la cabeza hacia su hombro izquierdo y evita mirarlo. El coronel dice:

—Hemos marchado en vano, Armida. El enemigo que perseguimos es aún más inasible que la arena del desierto. Con desesperación, a veces creo que no existe. Que sólo cabalgamos tras la ausencia. Sin embargo, tú los has visto. Tú has visto a los asesinos que llamamos el enemigo. Ante tus ojos horrorizados mataron a Leandro Montemayor. Y seguros de tu mudez te dejaron en nuestro camino para que también nos torturara tu silencio. ¿Cómo, quiénes, cuántos son? —El coronel se detiene. La niña continúa en la misma posición, o posiblemente ha girado aún más la cabeza hacia su hombro izquierdo pues ahora, el coronel observa su minucioso perfil y piensa que es bellísimo. Entonces, muy dulcemente, le acaricia los cabellos. Luego retira su mano y la deposita sobre el libro que quizá no habrá de leerle esta noche. Y

cuando insiste en hablarle su voz es dura, grave, y tiene algo de esa desesperación que le ha confesado a veces lo domina. Dice—: Armida, tú has visto al enemigo. ¿Cómo es su rostro?

Entonces la niña —suavemente— gira su cabeza y lo mira. Pero nada dice.

Otra vez cabalgaban sobre el desierto. La marcha era lenta y pertinaz. Transcurrían las horas, el sol agobiaba a los hombres y las bestias pero la columna no se detenía. El coronel marchaba alejado del resto, avizorando el horizonte y leyendo las arenas. Todos —ya— sabían algo: jamás consultaría nada con Domingo Ramírez. El coronel no quería rastreadores. Sólo él descifraría el rumbo a seguir.

A mediodía —bajo el sol más perpendicular y ardoroso de la jornada— hizo detener la columna. Velazco, Quesada y hasta el doctor Forrest aguardaron que les comunicara el motivo de esa decisión o que alguna acción suya lo tornara evidente. No ocurrió así. El coronel se adelantó unos metros, descabalgó y se inclinó sobre las arenas. Comenzó entonces a hundir en ellas su mano, luego a examinarlas y finalmente a dejarlas correr entre sus dedos, como si disfrutara con el fluir de ese polvillo dorado sobre el que cabalgaban durante ya innumerables jornadas.

Súbitamente, volvió a montar el moro y llamó a sus hombres más cercanos: a Velazco, a Quesada y también al doctor Forrest. «Estoy siguiendo el rumbo cierto», les dijo. «El único que conduce al enemigo. Y más aún: sé que el enemigo nos está esperando. Que ya no huye. Sólo tenemos que llegar hasta el lugar donde se encuentra». «¿Y cuál es ese lugar?», preguntó el teniente Quesada. «No lo sé aún», respondió el coronel Andrade. «Pero no demoraré en averiguarlo». Y entonces, secamente, dijo: «Continuemos».

Regresaron a la columna y continuaron la marcha. Al teniente Quesada no le pareció justo mantener desinformada a la soldadesca. Si existía alguna certeza —y existía, ya que el coronel acababa de enunciarla a sus oficiales y al doctor: «el enemigo nos está esperando»—, los sacrificados hombres que cabalgaban sobre esas sacrificadas bestias debían tener acceso a ella, para saber, al menos, que cabalgaban con cierta esperanza, que algo hallarían en el final de tan grande esfuerzo, aunque no fueran más que una batalla y quizá la muerte. ¿Pero acaso *existía* esa certeza? ¿Había aportado el coronel alguna prueba real de sus palabras? ¿Cómo había averiguado que el enemigo «esperaba»? Y en cuanto al lugar, si aún no lo conocía, ¿por qué había hablado con esa convicción, como si alguna vez lo hubiera conocido? El teniente Quesada descubrió entonces, entre la impotencia y una desconocida y naciente furia, que nada podía hacer por sus hombres, ya que nada podía hacer por sí mismo. La suerte de todos estaba en manos del coronel Andrade.

Continuaron la marcha. No sin cierta sorpresa, el teniente Quesada verificó que el coronel ya no cabalgaba tan apartado de la columna ni examinaba las arenas con la minuciosidad de las jornadas anteriores. ¿Tan seguro estaba? ¿Ninguna duda lo carcomía, ninguna tenue vacilación? ¿Acaso, entonces, habían sido ciertas sus palabras, y el enemigo no sólo no huía ya, sino que los aguardaba para el enfrentamiento definitivo? Ninguna de estas preguntas tenía respuesta. Pero había una imagen que las despertaba una y otra vez: la del coronel marchando con la

mirada erguida, sin hesitar, como tironeado por un destino inapelable. Si alguien sobre este mundo parecía no tener dudas, ése era él.

Curiosamente, estas fueron las próximas palabras que escuchó de sus labios. Fue durante el crepúsculo, al cabo de otra agotadora jornada de marcha, cuando el coronel ordenó que la columna se detuviera y llamó —luego de alejarse unos metros, según era su costumbre— a sus hombres más allegados. Velazco, Quesada y Forrest detuvieron a su lado sus cabalgaduras. «Ya no me quedan dudas», dijo el coronel. «Estamos aún lejos del enemigo, pero lo alcanzaremos, pues ya no huye. Se ha detenido y nos aguarda. Y por el lugar que ha elegido para aguardarnos, y también por su naturaleza traidora y cobarde, deduzco que nos reserva una emboscada». Ninguno de los tres hombres tuvo el valor o la intrepidez de preguntarle cómo había arribado a esas conclusiones, cuál era la fuente de tales certezas. Lo escucharon sin decir palabra, pasivamente, resignados a que su destino, y el de la tropa toda, surgiera de sus indescifrables elucubraciones. Ante el silencio de sus subordinados, dijo el coronel: «Comunicaré estas nuevas a la tropa». Y al teniente Velazco: «Teniente, ordene a la columna girar hacia la izquierda».

Cuando la orden se hubo cumplido, el coronel se colocó frente a sus hombres. El sol rojizo del crepúsculo encendía su rostro. «Soldados», dijo. «Las horas inciertas y vacías de la marcha están llegando a su fin. El enemigo se ha detenido y nos espera. Ya no cabalgamos tras su búsqueda. Ahora nos lanzamos sobre él para derrotarlo en la batalla final. Fiel a sus creencias, a su idea de la guerra, no nos aguarda de frente. No ofrece su pecho abierto, ni busca la lealtad de la lucha. Se ha emboscado. Y para hacerlo, ha elegido el lugar más apropiado de este desierto».

El coronel recorría la columna al trote de su moro, pero nadie podía dejar de oír su voz, pues era tan poderosa que a todos llegaba. «Conozco ese lugar, soldados», continuó el jefe. «Lo he conocido siendo muy joven, casi un niño. Porque desde entonces vengo desentrañando este desierto. Se llama *Las Aguadas*. Y es una profunda, amplia hondonada, con dos aguadas refrescantes y dulces. Descansaremos esta noche. Y descansaremos por última vez. Porque a partir de mañana, cabalgaremos sin detenernos, durante el día y durante la noche, hasta llegar a *Las Aguadas*. Y una vez allí, nos formaremos disciplinadamente, esperaremos a nuestros enemigos, y los mataremos».

Espoleó el moro y volvió a colocarse al frente de la columna.

El coronel aguardó a que fuera noche cerrada para dar a sus tropas la ansiada orden del descanso. Mientras se encendían las fogatas y se armaban las tiendas, el rastreador Ramírez cabalgó sigilosamente hacia la lejanía oscura del desierto. Cuando se sintió seguro, lejos de la luz del fuego e invisible a la mirada de los hombres, se apeó del caballo y se inclinó sobre las arenas. Estuvo así durante un largo tiempo: leyendo en ese desierto como en un mapa minucioso.

Luego montó su cabalgadura y regresó al campamento.

El teniente Quesada se había arrojado en su catre. Tenía el cuerpo agotado, los labios hinchados y los pómulos ardidos. Lo acosaban sus ideas. No eran ideas vertiginosas. Sabía —incluso— que, de proponérselo, podía detenerlas, amainarlas o darles fin. Pero no deseaba hacerlo. De modo que las dejó bullir así, bailoteando libremente a su alrededor, tal como lo hubieran hecho los pájaros de la muerte si en vez de estar, como lo estaba ahora, arrojado sobre el catre de campaña, estuviera en el desierto.

¿Hacia dónde se dirigían? ¿Cuál era el destino de esa columna de hombres que nada preguntaban, que sólo parecían conocer la resignación, el sufrimiento silencioso? Y antes, ¿hacia dónde los había conducido Baigorria? ¿Había seguido el rastro del enemigo o con infinita crueldad —y tal como lo había dicho el coronel Andrade en el momento de matarlo— se había solazado con la exhibición de lo monstruoso, del intolerable horror? ¿Había sido Andrés Baigorria su amigo, el hombre que le había ayudado a sobrellevar las horas de la espera en el Fuerte Independencia? ¿O era el traidor dibujado por las palabras del coronel Andrade?

¿Existía sobre ese desierto un lugar llamado *Las Aguadas*?

—He hablado ya con los dos tenientes —dice el rastreador Ramírez—. Pero nada pude conseguir. Son soldados, doctor. Obedecen, sólo eso.

—¿Espera algo más de mí? —pregunta el doctor Forrest.

Están lejos de las fogatas, ocultos tras unos caballos todavía sudorosos, agotados. El doctor siente deseos de fumar, pero se contiene: no desea atraer la atención de nadie. Pues no es conveniente que nadie sepa de este encuentro secreto.

—No sé qué espero de usted. Apenas contarle una historia. Nada más.

—Lo escucho.

—Yo lo odiaba a Baigorria —dice entonces Ramírez—. El coronel Andrade le había dado mi puesto y él lo había aceptado. Que yo sepa, nunca le dijo al coronel: «Vea, coronel, esto que usted me da no me corresponde. El rastreador de este Regimiento es Domingo Ramírez y yo lo respeto». Nunca le dijo eso. Aceptó, me quitó lo que era mío. Salí del Fuerte, entonces, deseando su fracaso. Sin embargo,



todo cambió bruscamente: bastó un día de marcha para que se me volviera más intolerable la impiedad del coronel que la usurpación de Baigorria. La insensatez de la marcha acabaría con el coraje y la vida de los soldados. Intenté impedirlo. Hice hablar al sargento Castro con el teniente Velazco. Yo mismo hablé luego con el otro, con Quesada. Todo fue inútil. Durante la jornada siguiente, un soldado cayó por fin de su caballo y el coronel lo degolló sin piedad. Usted lo vio, doctor. Fue entonces cuando supe que el fin de Baigorria estaba cerca.

—¿Por qué? —pregunta el doctor, algo alterado—. ¿Acaso tenía razón el coronel? ¿Acaso Baigorria nos conducía deliberadamente por los caminos del horror?

—No. Baigorria fue una víctima, nada más. Créame, doctor. Conozco este desierto. Y Baigorria —puedo jurarlo— siempre siguió un rastro. Y esto es lo único que vale para un rastreador: seguir un rastro. Se desvió durante los días de la ceniza. Pero luego volvió a encontrar el rastro y volvió a seguirlo. Quizá yo hubiera seguido otro. Pero esto no importa, porque hay muchos rastros en las arenas y cada rastreador elige el suyo, Baigorria me lo dijo una vez: es una ley del desierto. Y también hay otra: ningún rastreador es responsable de lo que aparece en el final del rastro. Porque aquí, en el final, pueden estar el horror o la gloria. Pero ni uno ni otra serán desdicha o mérito del rastreador: él sólo ha seguido el rastro. Cuando descubrí que —para su mortal desgracia— los rastros de Baigorria sólo conducían al horror, comprendí que el coronel habría de culparlo a él, y que habría de matarlo, tal como lo hizo. —Ramírez hace un silencio. Con su pie remueve suavemente la arena, como si se tomara un tiempo que es prudencia para lo que habrá de decir. Por fin, dice—: Ahora son nuestras vidas las que están en peligro.

—No me dice nada que no sepa, Ramírez —dice el doctor Forrest—. Marchando así, ninguno de nosotros habrá de durar mucho.

—No me refiero a las inclemencias de la marcha, doctor. Sigo refiriéndome al rastro.

—Aclárese.

—No hay rastro, doctor. Al acampar, me alejé de la columna y examiné las arenas. No hay ningún rastro.

—Continúe. —El doctor Forrest, sin asombro, comprueba que le tiemblan ligeramente las manos.

Ramírez continúa:

—Le he dicho que en el final de un rastro pueden estar el horror o la gloria, o cualquier otra cosa: pero siempre hay algo. En cambio, en el final de un rastro que no existe, no hay nada, doctor. Entiéndame bien: nada. Y cuando el coronel Andrade lo descubra, su furia se volcará sobre nosotros, y entonces comenzará a matarnos, uno tras otro, hasta matarnos a todos.

—¿Y *Las Aguadas*? —pregunta el doctor—. ¿Acaso el rastro que sigue el coronel Andrade no conduce a un lugar llamado así? ¿Acaso no es ahí donde nos espera el enemigo? Contésteme, Ramírez: ¿existe o no un lugar llamado *Las Aguadas*?

—No, doctor. No existe.

—¿Cómo lo sabe?

—Ya se lo he dicho.

Ramírez gira abruptamente y se aleja. El doctor, entonces, enciende un cigarro e intenta quietarse, ordenar sus ideas y sus emociones. Con una voz débil, como si apenas emitiera un suspiro pesaroso, dice:

—Dios mío, ¿qué nos aguarda?

Y el poeta, Armida, al terminar su poema, sólo desdichas comenzó a recoger. Pues con infinita imprudencia, o con patética ingenuidad, lo entregó al juicio de los sacerdotes primero, y al de los críticos después. Buscó, simultáneamente, la aprobación de los dogmas religiosos y los cánones aristotélicos. Fueron inclementes con él. Desmenuzaron y destrozaron su poema. Nada valioso encontraron en sus cantos. Nuestro poeta, sin embargo, se obstinó: defendió su métrica, sus criaturas y sus historias. Su esfuerzo fue vano. Sólo consiguió avivar aún más la furia de sus censores. Entonces cedió, perdió la fe en su obra, lo aprisionó el terror. Intentó agradar, satisfacer a quienes lo habían agredido. Reescribió su poema, purificó sus aristas paganas. Nada consiguió tampoco, más allá de empequeñecer su propia obra.

Su corazón se ensombreció, lo asolaron las visiones, se sintió perseguido. Cierta noche, presa del terror, hirió de muerte a un sirviente por quien se creía vigilado. Hasta tal extremo llegaba su agonía. Fue arrojado en una prisión hedionda, no sólo indigna de él, un sublime artista, sino de cualquier ser humano.

Su ingenio, que las desdichas no habían conseguido aún deteriorar por completo, le permite huir. Sabe que todavía existe para él un lugar en el mundo: huye hacia la casa de una hermana suya, donde revive las horas felices de su infancia y donde una paz olvidada vuelve a colmar su espíritu. No obstante, la inquietud que lo devora ya no habrá de abandonarlo. Reescribe una vez más su poema y lo presenta al duque de Ferrara quien, altivo, lo desprecia. Nuestro poeta huye de la ciudad. Son infinitos los castigos que teme, pues son infinitas las apostasías que cree haber cometido con sus versos llenos de genio y perfección. Ahora, su huida no tiene fin. Vaga por el norte de Italia, atraviesa a pie el camino del Piamonte y arriba a las puertas de Turín en tan desdichada condición que los centinelas le niegan la entrada a la ciudad, pues lo confunden con los ladrones que infestaban por entonces la Saboya. Desesperado, corroído por un destino que se le impone como una condena del Infierno, regresa a Ferrara en 1579, año durante el que el brutal duque que despreciara su poema celebra, entre las fastuosidades de su corte, su tercer matrimonio. Nadie dedica su atención al poeta. Pues todos, salvo él, han olvidado la causa de su desdicha: su poema inmortal. Así, el duque le rehúsa su petición de ser recibido. Humillado, nuestro poeta se entrega a las extravagancias de la bebida, y ante el horror de los cortesanos, vocifera y declama su glorioso poema, a la par que profiere infernales injurias contra el duque.

Entonces, Armida, lo encarcelan. Lo encierran en la prisión de Santa Ana, como loco. Y permanece aquí, bajo esta condición, durante siete años. Cuando lo liberan, sólo lo aguarda la muerte.

Yo también conocí la prisión, Armida. Y tal como nuestro poeta, siete fueron los años que duró mi encierro. A veces creí perder la razón, golpeaba mi cabeza contra la piedra, buscando aquietar mis ideas, frenar la vorágine de pensamientos que me atormentaban. Pese a todo, tuve más fortuna que el poeta. Porque lo que padecí, no lo padecí solo. Cuando los realistas me atraparon, atraparon conmigo a un bravo soldado, a un héroe de las guerras de la Independencia. Él compartió mi encierro, mi calvario, mi agonía. Luego fuimos liberados. Como amigos y compañeros, luchamos juntos en batallas decisivas. Y por fin, para siempre, nuestros destinos se separaron. Hoy es mi mortal enemigo, y lo busco para matarlo. Es el coronel Ángel Medina.

Te hablaré de él.

Alboreaba cuando reanudaron la marcha. Sabían —todos lo sabían, pues el coronel lo había dicho claramente— que ya no habría reposo. Que tenían una meta: un lugar de nombre *Las Aguadas*, donde el enemigo se había emboscado. Que no importaban las distancias que los separaran de allí, que no existía una distancia (por enorme que fuera) que pudiera determinar una tregua en la marcha, porque sólo allí habrían de detenerse, donde el enemigo estaba, y donde se libraría la batalla final.

Los uniformes de los soldados estaban desteñidos por los soles de tantas jornadas inclementes. Y por añadidura, la ceniza que había caído del cielo, amasada con el sudor de sus cuerpos, era una tinta imborrable que atravesaba esos uniformes con dibujos caprichosos, que semejaban relámpagos grises y contrahechos. Así, marchaban sin siquiera la remota esperanza del descanso.

El coronel Andrade abandonó la vanguardia de la columna y cabalgó hasta el soldado que portaba la bandera. Era un joven de piel morena, con unos labios gruesos y un morrión ajustado sobre unas cejas negras y abundosas. Marchaba erguido, algo solemne, con las piernas aferradas como garrapatas a los flancos de su caballo. Sabía que su caída, más que la de ningún otro, conllevaría la peor de las muertes, ya que implicaría la caída del símbolo patrio, acontecimiento por demás intolerable para un soldado como el coronel Andrade, quien había arriesgado su vida en mil campañas bajo los colores de esa bandera. La bandera, ahora, flameaba invicta sostenida por el brazo vigoroso de ese joven, pero su tela y sus colores estaban también zaheridos, amenguados como los de la tropa toda. El coronel se colocó a la vera del soldado y dijo: «Olvidé su nombre, cabo». El cabo respondió: «Soy el cabo Miguel Zavala, coronel. Y llevo la bandera». No necesitaba decirlo —que llevaba la bandera—, pero lo dijo con tal orgullo que impresionó al coronel. El coronel marchó durante un prolongado momento a su lado, acompañándolo, hasta que finalmente dijo: «Cabo, la hora de la batalla se acerca. Y quiero que esa bandera que usted lleva se encuentre al frente de todas las cargas que se lancen contra el enemigo». «Así será, coronel», respondió el cabo Zavala. El coronel dijo: «Su vida va en ello».

Era el mediodía cuando una agitación recorrió la columna, sin que ésta detuviera o aun amainara su marcha. El espasmo se extendió hasta la vanguardia y acicateó el ánimo del coronel. «Velazco», dijo, sin apartar sus ojos del horizonte, que seguía devorándolo con más fuerza aún que el primer día de la marcha. «¿Qué ha ocurrido?» «Un soldado ha caído de su cabalgadura, coronel», informó Velazco. El coronel no dijo palabra alguna, tironeó con fiereza las riendas del moro, giró y comenzó a galopar hacia la retaguardia. «¡Que nadie se detenga!», gritó mientras recorría la columna. «Mantengan los ojos clavados en la nuca del soldado que cabalga adelante. Que nadie me mire. Que nadie se busque una muerte inútil». Tironeó nuevamente las riendas del moro y se dirigió hacia el soldado caído. El desdichado se movía torpemente, como si algún alcohol lo hubiera desatinado; intentaba infructuosamente

ponerse de pie, y en esta búsqueda manoteaba las riendas de su caballo, el que, para su infortunio, retrocedía con pasos lentos pero definitivos, abandonándolo. Del modo que fuera, ya era tarde, su suerte estaba echada. El coronel Andrade, aferrando el sable en su diestra, se apea felinamente del moro, agarra al soldado por los pelos, le dobla la cabeza sobre la espalda y lo degüella. Luego, cuidadosamente, limpia en la arena la sangre del arma.

Marcharon durante toda la noche. Lo poco que comieron y bebieron, lo comieron y bebieron sobre sus cabalgaduras, no sólo sin apearse, sino también sin reducir la marcha. Dos soldados más cayeron sobre las arenas, y los dos corrieron la suerte que el coronel reservaba a quienes eran vencidos por las flaquezas del ánimo o la carne. La noche fue atroz, pero más atroz fue el sentimiento que embargó a la columna cuando —con el amanecer— comprendieron que nada nuevo se iniciaba, ninguna fugaz esperanza, sino solamente otra jornada interminable, que si las fuerzas de cualquiera llegaban a desfallecer, también se tornaría mortal.

Cerca del mediodía, el coronel dijo al teniente Velazco: «Ordene al Clarín que se acerque hasta mí». No demoró en colocarse a su vera un soldado joven y delgado, con unos ojos tan negros como sus grandes bigotes. «Su nombre es Cruz», dijo certeramente el coronel Andrade, seco y sin mirar al soldado. «Sí, coronel», asintió el soldado Cruz. Y añadió: «Eduardo Cruz. Soy el Clarín del Regimiento». «No ha tenido oportunidad de hacer sonar su heroico instrumento, ¿no es así, Cruz?», dijo el coronel. El soldado meneó suavemente su cabeza, contrariado o triste. «Así es, coronel», dijo. «Ni una clarinada». «Comprendo su desaliento, soldado», dijo el coronel. «Cuando se porta el clarín, la necesidad de su toque se vuelve imperiosa, y así de imperiosa se vuelve entonces la necesidad de la batalla». «Tal es lo que me ocurre, coronel», dijo Cruz, y volvió a menear tristemente su cabeza. «Recompóngase, soldado», dijo el coronel. «La jornada de la batalla se acerca y pronto ha de sonar su clarín». El soldado Cruz pareció conmocionarse con la aseveración de su jefe y no atinó a articular palabra. El coronel, entonces, dijo: «Quiero, soldado, que cuando su clarín suene, lo haga con tal convicción que amedrente al enemigo». El soldado Eduardo Cruz, bruscamente, siente que la gloria lo aguarda. Aferra su clarín, llena de aire sus pulmones —que, se jura, habrán de ser poderosos en el instante de la clarinada de ataque— y dice entonces: «Así ocurrirá, coronel».

Se estiraban las últimas horas de la tarde —que había sido tan ardiente como tantas otras que atravesaran—, cuando avizoraron unas nubes densas y oscuras. La visión agitó poderosamente al coronel. «Esas nubes cargan agua», dijo. Y como si lanzara un grito de victoria, añadió: «¡Estamos cerca!» Entonces giró hacia la columna, alzó su brazo y gritó: «¡Al galope!» La columna se sacudió como herida por un aguijón, muchas voces repitieron —con estridente obediencia— la orden del coronel, algunos caballos relincharon y se pararon sobre sus patas traseras y hasta algunos soldados desenvainaron su sable, pero en un instante todos se habían lanzado

al galope tras el jefe que los guiaba. No duró mucho esta exhalación. Un hombre rodó con su cabalgadura, y lo hizo con tal fuerza que dio varias vueltas sobre la arena, alejándose de la columna, hasta detenerse. Como estaba cerca del coronel Andrade, el coronel lo advirtió de inmediato, alzó su brazo y detuvo la columna. Luego tironeó las riendas del moro, giró con violencia y galopó hacia el caído. Ya había desenvainado su sable.

El hombre caído era el doctor Forrest. Pero ahora estaba de pie —serenamente plantado junto a su caballo, que yacía sobre la arena— esperando al coronel Andrade. Cuando éste se hubo detenido junto a él, le dijo: «Si quiere matar a alguien, ultime al caballo. Se ha reventado con el galope. Pero yo estoy entero. Sólo necesito otro animal para seguir la marcha». El coronel Andrade envainó su sable, se dirigió hacia la columna —presumiblemente hacia el sargento Castro— y ordenó: «Traigan otro caballo para el valiente doctor Forrest».

Nuevamente se lanzaron al galope. Era insensato marchar así, agotados como estaban, ¿pero quién podía detener a ese jefe, alucinado ahora por ese cielo cada vez más cargado de nubes, que le vaticinaban la inminencia del agua, y con ella la del enemigo?

Finalmente llegaron. El coronel Andrade levantó su mano, la columna se detuvo y comenzó a abrirse en abanico hacia ambos lados de su jefe, pues todos, desde la cima de la hondonada, deseaban ver lo que allí abajo se veía. Eran dos largas aguadas, espejadas por el reflejo del sol. «Bajemos», dijo el coronel. Descendieron y los caballos buscaron desesperadamente el agua, pues la sed los arrasaba.

Hubo un instante —que muchos sintieron eterno, o fuera del tiempo— de laxitud, de dilatada inacción, durante el que pareció que habían marchado hasta allí sólo para que los animales bebiesen esa agua fría y transparente, o para que ellos, los agotados hombres que ahora recorrían erráticos la hondonada, conocieran ese extraño lugar del desierto al que algún sueño lejano del coronel Andrade los había conducido.

El mismo coronel era quien más parecía entregado a ese desmañado vagabundeo, pues dejó beber largamente a su caballo y luego recorrió la hondonada con un galope corto y terso, y hasta se detuvo para mirar el cielo, como si buscara alguna señal, o quizá como si no buscara nada, sino apenas mirar esas nubes de contornos rotundos, acuosas y lentas.

Pero no duró mucho esta irrealidad. Como herido por alguna visión monstruosa, el coronel tiró bruscamente de las riendas de su moro, con tal fuerza que lo obligó a emitir un relincho que fue un quejido doloroso. Ahora miraba obsesivamente hacia la cima izquierda de la hondonada, como si algo hubiera aparecido allí. «¡Soldados!», gritó. «¡Alinearse!» Y luego: «Alinearse mirando hacia la izquierda de la hondonada». Fue obedecido. La columna, con asombrosa celeridad, se alineó en la dirección que el jefe había señalado. Sólo un temor muy grande podía desencadenar una obediencia tan inmediata, tan ciega. ¿Hasta dónde seguirán esos soldados las desmesuras de su jefe? El coronel se plantó frente a ellos. Su estampa lucía imponente: era un canto a la guerra. Miró a sus soldados, uno tras otro. Los conocía a todos, conocía sus rostros, sus nombres; y también ellos, los soldados, sabían que el jefe los conocía, que conocía sus rostros y sus nombres y que la mención de cualquiera de esos nombres podía significar el castigo impiadoso o la muerte. Entonces comenzó a arengarlos.

«¡Soldados!», dijo con una voz poderosa. «Allí, finalmente, frente a nosotros, está el enemigo». Extrajo su sable, que centelleó bajo el sol, y señaló la cima de la hondonada. Los soldados miraron hacia allí y nada vieron. El coronel continuó: «Nos han atraído hasta aquí, hasta esta hondonada, con la certeza de emboscarnos. En instantes, se arrojarán sobre nosotros y creerán que nos han sorprendido. No será así: antes, nosotros los atacaremos. De burladores, se convertirán en burlados. Nuestro coraje y nuestra sabiduría de la guerra no toleran emboscadas. Sólo sabemos una cosa: matar y morir, pero de frente. Esta moral, esta idea de la guerra, nos diferencia de ellos».

El coronel tensaba con fiereza las riendas de su caballo, obligándolo a retroceder o a desplazarse con movimientos nerviosos, a veces insensatos, que respondían a los desesperados intentos del animal por disminuir el lacerante dolor de sus quijadas. «Soldados», continuó, «durante interminables días los hemos perseguido. Durante interminables días huyeron cobardemente de nosotros. A veces, hasta hemos llegado a dudar de su existencia. Ahora están allí: sobre la colina que circunda esta

hondonada. Son ellos: los hombres que nos odian, los hombres a quienes odiamos, más allá de la vida y de la muerte». Soplaba ahora una brisa fría y veloz, sibilante. El coronel blandía su sable y el sol del atardecer restallaba en su frente. Continuó: «El jefe que los conduce ha sido un héroe de la patria. Durante siete años sufrió una gloriosa prisión en las mazmorras del Callao. Luego se unió al Ejército Libertador. Guerreó bajo las órdenes de San Martín. Conoció a Bolívar. Entró triunfalmente en Lima. Se lució junto al general Lavalle en las cargas de Río Bamba y Junín. Es el coronel Ángel Medina. Y le debemos nuestro más elevado respeto. Pues si hay un soldado que merece parangonarse con los grandes jefes de la gesta emancipadora, ese soldado es él».

La brisa era cada vez más veloz, casi violenta ahora. El cielo comenzaba a ennegrecerse. «Sin embargo», continuó el coronel, «hay destinos trágicos. Porque cuando este bravo jefe regresa a Buenos Aires, sus conductas se tornan inexplicables. Se entrega a la bebida. A las mujeres. A los peores pecados, los del alcohol y los de la carne. Lo convocan, pese a todo, a causa de sus altos méritos, para la guerra con el Brasil. Le otorgan un honor que a muchos otros negaron. Pero es tarde: ya nada conseguirá rescatarlo de su perdición. Subleva al Regimiento de veteranos del Ejército Libertador que ponen bajo su mando, y se interna en el desierto para entregarse al bandidaje, al crimen. ¡Tan grande es su poder que consigue transformar una División de Los Andes en una pandilla de asesinos!»

El silencio es helado, como ahora la brisa. Sólo la voz del coronel Andrade estalla en la hondonada. Los soldados, fascinados, clavan sus ojos absortos en la cima que señala el sable del jefe: nada hay allí. «Soldados», continúa el coronel, «esos hombres insensatos que ahora están sobre esa colina, fueron parte en el pasado del más glorioso Ejército que agitó este continente. Y el jefe que los guía, el coronel Ángel Medina, mereció la amistad de San Martín y Bolívar. Hoy, no son más que una recua de bandoleros, pero han sido tan heroicos en el pasado que igualmente será un honor luchar ahora contra ellos, y derrotarlos».

El coronel hace girar su cabalgadura y encara la cima de la hondonada. «Cabo Zavala», dice. «Sí, coronel», se oye la voz del cabo. «¿Listo para cargar con la bandera?» «Sí, coronel», repite el cabo. «Clarín Eduardo Cruz», dice el coronel. «Sí, coronel», se oye la voz del Clarín. «¡Clarínada de ataque!», ruge el coronel. La estridencia del clarín hiere el aire de la hondonada. El coronel eleva su sable y su voz es como el estruendo de una batalla cuando dice: «¡Soldados! ¡Al ataque!» Y parte al galope en busca de la colina.

El cabo Zavala permanece inmóvil. La clarinada del soldado Cruz se debilita lentamente hasta apagarse por completo. La columna sigue alineada. Nadie ha intentado el más leve movimiento.

El coronel Andrade carga solo contra un enemigo que nadie ve. Cuando llega a la cima de la hondonada, se detiene y comienza a sablear furiosamente el aire.



El primero en reaccionar fue el teniente Quesada. Hincó las espuelas en los flancos de su alazán y se lanzó al galope rumbo a la colina. Llevaba el sable en su diestra, tal que parecía que él también cargaba tan extrañamente como lo había hecho su jefe, pero en verdad lo hacía para defenderse de éste, de su ira, ya que sospechaba que habría de atacarlo cuando lo viera acercarse hacia él. Detuvo su caballo al pie de la colina, como para darle un último respiro, y desde aquí volvió a mirar al coronel, quién no sólo seguía lanzando sablazos al aire, sino que también —ahora puede oírlo Quesada— profiere sonidos feroces, ya belicosos o dolientes, con una boca que se abre y se cierra enormemente como si lanzara dentelladas.

Quesada comenzó a trepar la colina, que le llevó un esfuerzo insospechado, ya que el terreno era tan arenoso y huidizo, que las patas del alazán se hundían casi por completo; tanto, que era luego titánico sacarlas y volverlas a afirmar. Entre miles de ideas, una lo atemorizó: el coronel había trepado esa colina como si levitara, como un rayo incontenible. Tal era el poder que le entregaba su furia. ¿Podría ahora —él, Quesada— enfrentarla?

No demoró en llegar este temido instante. Apenas lo vio, el coronel se arrojó sobre él blandiendo su sable. «Domínese, coronel», alcanzó a decir el teniente. «Soy el teniente Quesada». Sus palabras resultaron vanas: con celeridad mortal, el acero del coronel ya le buscaba la garganta. Quesada se apartó ágilmente volcándose sobre un flanco del caballo; tanto, que casi pierde su verticalidad y cae sobre la arena, hecho que le hubiera resultado fatal. Sin embargo, se rehizo, se afirmó sobre la montura y descargó —con fiereza también— un golpe certero sobre el sable del coronel. Los aceros chocaron y centellearon bajo el frío sol de ese crepúsculo sombrío, gris. Y cuando el coronel Andrade volvió a mirar su diestra, la encontró inerme, absurdamente abierta e inerme. Su sable yacía sobre la arena. Entonces volvió a mirar su mano con una incredulidad casi pueril, como si alguna secreta maravilla, y no meramente la pérdida del sable, pudiera descifrarse allí. Se llevó la mano a la frente, la bajó luego a lo largo de su rostro y la dejó descansar finalmente exánime junto a su cuerpo. Cuando hubo hecho esto —en verdad: apenas su mano terminó de cruzar sobre sus ojos, descubriéndolos—, su mirada perdió toda luz, toda vivacidad, y permaneció espectralmente rígida, fija en algún punto insondable de la realidad, o quizá en ninguno, quizá vuelta hacia adentro, como ciega, o como negándose a ver.

«Perdóneme, coronel», dijo entonces el teniente Quesada. «No quise desarmarlo, pero tuve que defenderme de su ataque». Vaciló un instante y continuó: «También debo comunicarle, que a partir de este momento, asumo la conducción del Regimiento». El coronel elevó suavemente su rostro y lo miró: la inexpresividad de sus ojos era absoluta. Entonces el teniente Julián Quesada dijo:

—Usted, coronel, está loco.

LIBRO CUARTO

EL ASILO

# 1

«¡Con su vida pagaré esa blasfemia!», rugió el teniente Velazco, interponiendo su cabalgadura entre la del coronel y la de Quesada, como si buscara proteger al coronel. Tenía el rostro enrojecido por la furia, y hablaba fuertemente, o quizá gritaba, abriendo con desmesura su boca y mostrando unos dientes grandes, atemorizadores. Quesada recordó la imagen del coronel que viera desde el pie de la colina. Se preparó para lo peor: Velazco aún no había desenvainado, pero en cualquier instante lo haría y la lucha sería mortal. Ahora vociferaba: «Nunca debimos aceptarlo en el Regimiento. Usted es una mancha para el Ejército, un deshonor. Usted no es más que un despojo, un hombre sin hogar ni familia. No es extraño que ahora se alce contra su coronel, y hasta que pretenda usurpar su jefatura». Extrajo su pistola y dijo: «Pero no lo lograré». La sorpresa paralizó a Quesada: esperaba que desenvainara y no que recurriera a su arma de fuego. Pero Velazco no buscaba una lucha franca —una lucha entre dos tenientes, sable contra sable—, sino infamarlo con una muerte indigna, tal como lo dijo: «¡Lo mataré como a un perro!» Entonces sonó un pistoletazo y una mancha roja brotó en el pecho del teniente Velazco, quien se desplomó del caballo, muerto.

El teniente Quesada miró a su salvador: era el doctor Forrest, que sostenía una pistola humeante en su diestra. Con él, estaban el rastreador Ramírez y el sargento Castro. El doctor dijo: «Teniente, los soldados y yo estamos de su parte. Queremos que asuma el comando del Regimiento y nos conduzca hasta Buenos Aires».

Enterraron a Velazco al pie de la colina. «Lleven al coronel a la carreta que ocupa la niña», ordenó Quesada. «Una vez allí, lo ataremos». Entre el doctor Forrest y Ramírez hicieron descender al coronel del moro. El coronel obedeció sin oponer la menor resistencia, dócilmente, no sólo como si nada le importara ya, sino —sobre todo— como si se hubiera marginado de la realidad.

Cuando llegaron junto a la carreta, el doctor Forrest tomó al coronel por los hombros —y lo hizo con extrema suavidad, compasivamente— y le buscó los ojos sin hallárselos, pues la mirada del coronel no se detenía en objeto ni rostro alguno, sino que los atravesaba, yendo más allá de todos, ignorándolos. «Coronel», dijo entonces el doctor, «hemos de atarlo. Lo hacemos por su bien». Lo ataron —entre el doctor y Ramírez lo hicieron— y lo subieron a la carreta. La niña los ayudó: tenía el rostro triste y más pálido que lo habitual. Cuando el coronel se hubo recostado, extrajo —la niña extrajo— un pañuelo de algún lugar de su vestido, un pañuelo que nadie le había visto antes, ni siquiera el soldado Ortiz, y secó un sudor que aún brillaba en la frente del coronel. «Ella lo cuidará», dijo el doctor Forrest.

El teniente Quesada montó resueltamente el moro negro: ahora volvía a pertenecerle. Se acercó a la columna, que levemente se había desarticulado, y dijo: «¡Soldados!» La columna retomó su alineación, esperando con interés las palabras del teniente. «La razón del coronel Andrade se ha extraviado», dijo el teniente. «Por este motivo, y no por ningún otro, ha sido relevado de la conducción del Regimiento. Esa conducción, a partir de este momento, pasa a ser ejercida por mí, el teniente Julián Quesada. Mi propósito es sólo uno: conducir la columna hasta el Fuerte de Buenos Aires. Allí, no sólo nos entregarán un nuevo plan de campaña, sino también un nuevo comandante, con el rango militar adecuado para tan alto honor, como es el de ejercer la jefatura de este Regimiento». Oscurecía: la brisa era ya un viento helado que castigaba los cuerpos. El teniente Quesada dijo las últimas palabras que deseaba decir. Dijo: «Sin embargo, soldados, si durante nuestro regreso a Buenos Aires, hallamos al enemigo, hemos de ofrecerle batalla». Y finalmente agregó: «Acamparemos aquí esta noche».

### 3

Esa noche, en la tienda del teniente Quesada, Domingo Ramírez explicó cómo conducir el Regimiento hacia la nueva meta que todos se habían fijado: el Fuerte de Buenos Aires. «El problema es uno solo», dijo. «¿Cómo salir de aquí? Este lugar, teniente, es casi una alucinación del coronel Andrade. Yo —y no me avergüenzo al decírselo— no lo conocía. Entonces, cualquier intento por regresar a Buenos Aires buscando el camino desde aquí, sería, al menos, riesgoso». Se detuvo un instante y luego agregó: «Usted dirá».

Quesada le dijo que nada distinto tenía que decirle, que se sometía a su experiencia y su juicio. Y le preguntó por fin: «¿Qué sugiere para sacarnos de aquí?» Ramírez contestó sin vacilar: «Seguir nuestro propio rastro hasta el Fuerte Independencia. Una vez allí, el camino a Buenos Aires lo conocemos todos». El teniente Quesada miró de soslayo al doctor Forrest, el doctor aprobó con un leve movimiento de su cabeza y entonces dijo el teniente: «Muy bien, Ramírez. Haremos lo que usted dice». Luego le dio orden de retirarse.

Cuando el rastreador hubo desaparecido, dijo el doctor Forrest: «Le confieso, teniente, que sólo me sentiré tranquilo cuando lleguemos al Fuerte Independencia y reencontremos la ruta hacia Buenos Aires. Pues por las palabras de Ramírez, deduzco que el trayecto entre *Las Aguadas* y el Fuerte sólo ha sido trazado por los fantasmas del coronel Andrade, y está poblado por ellos». «Los fantasmas no forman ejércitos», dijo el teniente. «Por lo tanto, si ése es su temor, tranquilícese: nadie nos atacará». El doctor tomó un trago de *whisky*. «Dios lo oiga», dijo.

El teniente Quesada no se sorprendió al verificar —apenas hubieron comenzado la marcha del día siguiente— que el ánimo de la tropa no se había alterado en demasía. Una serenidad profunda se había adueñado de todos; una serenidad que estaba en la respiración de los hombres y las bestias, que era pausada, uniforme, pues ya no la alteraba el arbitrio del coronel. Pero, igualmente, la incertidumbre y la tristeza penetraban a ese ejército por todos sus resquicios, dominándolo. Habían sido informados de las cautelosas decisiones del jefe que ahora marchaba al frente de la columna: cabalgarían primero hasta el Fuerte Independencia —o, en verdad, hasta lo que de él quedara— y luego continuarían rumbo a Buenos Aires. Ninguna alegría, sin embargo, asomaba a través de esos rostros pesarosos. Sólo una mayor liviandad, un aflojamiento de los cuerpos y las almas, pero no más.

«Parecemos un ejército derrotado», dijo el doctor Forrest al teniente. Y luego agregó: «Y creo que somos exactamente eso». El teniente sentía bajo su cuerpo el cuerpo poderoso del moro. Pero, ¿quién nos ha derrotado, doctor? Si nadie nos ha presentado batalla. Si somos un ejército intocado. Si nuestros únicos muertos lo han sido por la mano demencial de quien era nuestro comandante. Entonces, ¿de qué derrota habla, doctor? ¿O es que acaso hubo una batalla? No la hubo, ni la habrá. Porque ni siquiera somos eso, doctor. Ni siquiera somos un ejército derrotado.

El coronel Andrade ocupaba una de las carretas, acompañado por la niña. Había sido tal su mansedumbre al aceptar el lugar que le fuera indicado para la marcha, que el teniente, compasivo, ordenó que lo liberaran de sus ataduras. Ahora viajaba con las manos sobre sus rodillas, calmo y con la mirada fija en alguna lejanía.

Siempre las arenas, siempre el desierto desmedido que moría en el horizonte. Y ahora las nubes, esas nubes oscuras, bajas y pesantes, que cubrían el cielo por completo y en cuyo centro ya parecía urdirse la tormenta. Las nubes eran violáceas, y también lo eran los rayos del sol que a su través se filtraban y caían sobre las arenas, no ya amarillas, sino violetas como las nubes y la luz que recibían, que no era la ardiente de casi todas las jornadas, sino una luz fría, mortecina. Qué extraño paisaje, Dios mío. Qué extraño territorio. Sólo nuestras huellas sobre la arena. Sólo el rastro que hemos dibujado al venir, y que ahora desdibujamos al regresar. Sólo esto: ni una sombra más.

Acamparon durante el crepúsculo. Las nubes borrascosas se habían esfumado y la luz solar lucía los tonos rojizos de esa hora del día. No habría tormenta.

Armaron las tiendas y encendieron las fogatas. Comieron. El *rastreador ciego* juró a sus compañeros que no demorarían más de tres días en llegar al Fuerte Independencia, lugar cuya visión era anhelada por todos, pues era como un faro en un mar incierto. El doctor Forrest alineó las piezas sobre el tablero de ajedrez e invitó al teniente a entregarse a la precisa magia de ese juego que ya era parte de la amistad que los unía.

El coronel Andrade se recostó sobre su catre y cerró los ojos como si se dispusiera a buscar el sueño. La niña se sentó junto a él, y luego, dulcemente, apoyó su cabeza sobre el pecho del guerrero, como si deseara lo mismo que éste parecía desear: el sueño.

Transcurrió el tiempo. Las fogatas se fueron consumiendo. Los soldados buscaron el reposo que les permitiera olvidar tantas marchas desdichadas, y enfrentar otras que —esta era la esperanza que los impelía— seguramente no lo serían tanto, pero no por ello exigirían menos la firmeza de sus músculos y sus temples. El doctor Forrest —otra vez vencedor— guardó las fichas del ajedrez, se acostó en su catre y no demoró en cerrar sus ojos, tal como ya largamente lo había hecho Quesada. Permanecieron los centinelas: unos pocos hombres apoyados sobre sus fusiles, abstraídos, con la vigilia amodorrada, apaciguándose como las fogatas, pues nada los mantenía alertas, ya que nada —pese a transitar aún ese territorio misterioso— esperaban que ocurriese. Tenían una certidumbre que era la de la tropa entera: no es el enemigo el que no existe, sino la guerra, que ha terminado o nunca la hubo. El coronel Andrade —que llevaba tiempo durmiendo, y sobre cuyo pecho reposaba la niña— abrió sus ojos.

Fue entonces cuando empezó el ataque.

Eran jinetes como sombras. Eran veloces, estridentes y letales. Una luna escasa los protegía, y así era como debía ser, pues por algo habían elegido esta noche para el ataque. Era casi imposible verlos: sólo los delataba el estruendo de sus caballos, el fuego de sus fusiles o sus pistolas, y el brillo de sus aceros. Pero era muy poco —o era nada— para fijarlos en un punto del espacio y disparar o embestir contra ellos, ya que era tal su destreza, que el estruendo, el fuego y los brillos acerados estaban en uno y mil lugares a la vez, inasibles hasta el vértigo y la desesperación. Sus primeras víctimas fueron los centinelas, a quienes se acercaron sigilosamente, reptando tal como las víboras de ese desierto, para darles una muerte sorpresiva y breve, tapándoles la boca y hundiéndoles en la espalda el puñal, o degollándolos, sin más trámite, buscándoles con el acero la profundidad de sus gargantas. Sólo un centinela logró evadir —por un instante, al menos— esta silenciosa devastación. Durante ese instante, alcanzó a gritar: «¡Es el enemigo! ¡Nos atacan!» Pero un pistoletazo acabó con su vida, y fue también este pistoletazo la señal para el ataque desembozado.

No había un frente: eran tantos los flancos desde los que eran atacados, que los soldados del Regimiento no supieron hacia dónde apuntar sus fusiles, o con quiénes cruzar sus aceros. Muchos murieron sin atinar a defensa alguna, pues no habían regresado aún de las lejanías del sueño, y murieron creyendo que esa muerte era parte del sueño.

El teniente Quesada —con una pistola en su mano izquierda y el sable en la derecha— recorría las tropas intentando imponerles un orden, una mínima estrategia de combate que evitara la masacre. «¡Disparen a las sombras! ¡Esas sombras son el enemigo! ¡Disparen aunque no los vean!» Y también: «¡Busquen sus caballos! ¡Monten y luchen desde sus cabalgaduras, como ellos lo hacen!» ¿Pero cómo habrían de encontrar los caballos si el furor del enemigo los había espantado? ¿Cómo habrían de encontrarlos si ni siquiera él —Quesada, el jefe— podía dar con el moro negro? Ordenó entonces: «¡Rodilla en tierra! ¡Fuego sobre ellos! ¡Que no nos cerquen!» Era inútil: los habían cercado. Y ya no parecía existir un solo punto de la realidad desde el que no los atacaran. ¿Tantos son, o acaso nuestra sorpresa y nuestro terror los multiplican?

El doctor Forrest había salido de su tienda armado con dos pistolas. No tenía miedo: no era una mala muerte morir así, en el desierto, bajo la furia de un ejército de sombras. Peores muertes había visto de cerca en el pasado, o se había torturado imaginándolas. Cierta noche, en la India, intentaron arrojarlo a un foso en el que numerosas serpientes se agitaban. Milagrosamente, consiguió evitarlo. Pero luego —durante interminables vigiliass— imaginó que no, que había fracasado y que sus enemigos lo arrojaban a ese foso y que él caía y las serpientes buscaban vorazmente su cuerpo y lo ahogaban y lo mordían hasta que la muerte le llegaba entre atroces sufrimientos. Si consigo matar a uno —pensaba ahora, sosteniendo con fiereza las



armas que le exaltaban el coraje—, no hará falta más para saber que son hombres y no fantasmas, ni demonios.

Antes que estallara el primer disparo, el coronel Andrade se había incorporado en su catre. Ahora, cuando el estruendo de la batalla lo cubría todo, caminaba torpemente buscando la salida de la tienda. Sus piernas vacilantes apenas si lograban sostenerlo. Su mirada era rígida, carente de todo brillo, de toda vivacidad. Extendía hacia adelante sus dos manos, y las movía como si intentara apartar algún obstáculo. Pronto lograría salir de la tienda. La niña, entretanto, yacía sobre el suelo, encogida, con la cara entre sus manos y sacudida por espasmos de terror.

Encabritado y sudoroso, iluminado por alguna fogata todavía restallante, Quesada descubrió al moro. Debía —se dijo— llegar hasta él, montarlo y organizar a sus hombres desde la majestad de ese animal. Comenzó a abrirse paso. Los jinetes oscuros cruzaban como rayos junto a él. Pero uno se detuvo —se detuvo abruptamente, obligando a su caballo a pararse sobre sus patas traseras y relinchar de dolor o de furia— y cruzó su mirada con la del teniente. Quesada pensó: uno, por fin, que ya no es una sombra. El jinete vestía una larga tela colorada y sostenía una lanza en su diestra. Azuzó el animal que montaba y se lanzó sobre el teniente. Quesada eludió el lanzazo y consiguió sablearlo en un hombro. El jinete rodó con su caballo y tuvo el infortunio de quedar aprisionado bajo el cuerpo del animal —que agitaba desesperadamente sus patas pero no atinaba a pararse—, quedando ahora indefenso ante un nuevo ataque del teniente. Quesada no vaciló. De un salto, estuvo junto al jinete y le cruzó mortalmente la garganta con su sable. Luego giró y sus ojos volvieron a buscar al moro: aún estaba allí, su pelaje húmedo brillaba cerca del fuego. Corrió hacia él, aferró las riendas y lo montó. De inmediato, se sintió un jefe. «¡Soldados!», gritó, «¡a mí! ¡Agrúpanse junto a mí!» Y elevó su sable para que todos lo vieran. El primero en llegar a su lado fue el clarín Eduardo Cruz. «¡Soldado Cruz!», gritó Quesada al verlo. «¡Haga sonar el clarín!». Y el soldado Cruz obedeció.

Empuñando sus dos pistolas, el doctor Forrest avanzaba expuesto contra los jinetes oscuros. Una obsesión lo dominaba: quería matar a uno, solamente a uno y probarse a sí mismo que eran hombres y no fantasmas. No tardó en poder hacerlo. Una de las sombras cargó contra él: en el puño —o surgiendo de él— le brillaba una lanza. El doctor apuntó e hizo fuego. La sombra rodó violentamente y se detuvo al chocar contra sus piernas. El doctor miró eso que ahora yacía a sus pies: era un hombre, y estaba muerto. «¡Son hombres!», gritó entonces. «¡No son fantasmas ni demonios! ¡Podemos matarlos!» Apenas hubo gritado así, llegaron hasta él los gritos del teniente Quesada: «¡A mí! ¡Agrúpanse junto a mí!» El doctor corrió en su búsqueda.

Con los primeros disparos, con los primeros gritos de guerra, el soldado Eduardo Cruz había abandonado el sueño. No dudó un instante: ese estruendo era —finalmente— el enemigo. Y si no dudó, fue porque había aguardado por este instante, porque —aun contra la certidumbre de la tropa— nunca había dejado de creer en la

existencia del enemigo, y ahora ansiaba la batalla. Una terquedad lo impulsó: buscar su clarín y animar y agrupar con sus sones a los soldados, sus compañeros, ahora sorprendidos y desquiciados por lo que ya no esperaban que ocurriera: esta batalla. Pero, ¿dónde estaba el clarín? Lo había atado a la montura de su caballo. Casi nunca lo hacía de este modo: solía conciliar el sueño aferrándolo, sintiéndolo con él. Pero esta noche (desdichadamente esta noche) lo había abandonado en la montura. Y los caballos, ahora, corrían en innumerables direcciones, espantados por el fragor del ataque. ¿Dónde estaría el suyo? Dondequiera que estuviese, allí estaría el clarín. Debía, pues, encontrarlo. Y con más dolor que miedo, pensó: pueden matarme mientras lo intento. Pero no fue así: quien había muerto —o al menos agonizaba— era el caballo. Por este motivo fue que no demoró en hallarlo. Allí estaba: caído, con una lanza en el vientre. Corrió hacia él; algunos de sus desatinados compañeros le entorpecieron el camino, un jinete intentó sablearlo, otro le disparó. Pero llegó indemne junto al animal y se arrojó sobre la montura. Entonces maldijo su suerte: el clarín estaba del otro lado de la montura, casi aprisionado bajo el cuerpo del caballo. Maldijo su suerte pero no se entregó a ella. Se sintió milagrosamente poderoso, sintió que su voluntad bastaba para trocar cualquier destino. Y consiguió levantar el cuerpo del caballo: lo necesario, al menos, como para rescatar el clarín. Y cuando lo tuvo entre sus manos, lo desbordó una alegría feroz: esa batalla ya no se perdería. Avistó entonces al teniente Quesada: montaba el moro y lo hacía con tanta imponencia como lo hiciera el coronel Andrade.

Así lo vio el soldado Cruz. Y pensó: es el jefe. «¡Agrúpanse junto a mí!», gritaba Quesada. Cruz lo hizo de inmediato. Y cuando Quesada lo vio, dijo: «Soldado Cruz: haga sonar el clarín». Y el soldado Cruz obedeció.

El coronel Andrade salió de la tienda. Confundidos entre las sombras, unos jinetes atravesaban el campamento. No podían ser otra cosa que eso, jinetes —hombres y caballos—, porque el tronar de los cascos, los gritos, el resplandor de los aceros y el fuego de las armas, eran parte de un mismo vértigo. El coronel se detuvo allí, donde ahora estaba, en la puerta de la tienda, y no avanzó más. Sus ojos despidieron algún brillo, alguna recóndita vivacidad, pero sólo esto, nada que los acercara a la lucidez, a la comprensión. Y aun ese brillo —esa vivacidad recóndita— se apagó enseguida, y sus ojos volvieron a la apatía, al desapego de la realidad. Los jinetes raudos y sus estallidos continuaron desfilando ante la mirada indiferente del coronel. El coronel los miraba como se mira un paisaje incomprensible. O quizá ni siquiera eso, quizá ni los miraba.

La niña, entonces, doblegando su terror, y sin salir de la tienda, consiguió tomarlo por uno de sus brazos e introducirlo junto a ella. El coronel aceptó y se dejó llevar. La niña lo sentó sobre el catre y se abrazó a él: volvió a dominarla el terror y volvió a entregarse al llanto. El coronel nada hizo: tenía los brazos caídos, exánimes. Entonces el cuerpo de la niña se sacudió en un espasmo violento y final, y luego comenzó a apaciguarse, hasta quedar inmóvil, apoyado contra el del coronel. Una sangre roja y

clara y abundante brotaba de su espalda. Estaba muerta. Suavemente, el coronel la sostiene con una de sus manos y con la otra comienza a acariciarle los cabellos. Y así permanecen, la niña muerta entre los brazos del guerrero, y el guerrero acariciándola, como buscando calmar cualquier dolor que, aun más allá de la muerte, pudiera atormentarla.

«¡Junto a mí!» seguía gritando Quesada. «¡Agrúpanse junto a mí!» Algunos soldados lograron montar sus cabalgaduras. Otros recargaron sus fusiles. Otros sus pistolas, y otros esgrimieron sus sables anhelando la lucha. El soldado Eduardo Cruz dejó a un lado su clarín —pues ya sus sonos habían conseguido lo que buscaba: aunar a la tropa— y desenvainó su sable. No lejos de él, el cabo Miguel Zavala agitaba la bandera.

Hicieron fuego sobre los jinetes oscuros. Algunos, desde sus cabalgaduras, se mezclaron en feroces entreveros, y cruzaron sus sables con los sables enemigos; y algunos mataron, y otros fueron muertos. Pero todos sabían algo: ya no los paralizaban la sorpresa ni el temor; ahora devolvían golpe por golpe. Los jinetes oscuros, siempre veloces, se retiraron, buscaron amparo en la distancia. «¡Huyen!», gritó alguien. «¡Los hemos vencido!» «Aún no», dijo el teniente Quesada. «Volverán». Los jinetes fueron devorados por las sombras, y ya nada se oyó de ellos. Este silencio intranquilizó a la tropa.

¿Dónde estaban? ¿Habían huido o atacarían nuevamente? Y si así fuera, ¿desde dónde? «Estén atentos», advirtió Quesada. «Apenas oigan un ruido, no duden un instante: son ellos». El silencio los envolvió.

Nadie pronunció palabra alguna. Sólo se oía el silbido de un viento frío y penetrante, que atravesaba la tropa por sus resquicios. Ya no había luna en el cielo, ni siquiera la escasa del inicio del ataque. Todos escudriñaban las sombras; de allí vendrían nuevamente —si mantenían su porfía guerrera— los jinetes oscuros. Vendrían, como una prolongación letal de esas sombras. Todavía el silencio.

Lentamente, las arenas comenzaron a agitarse, a repetir un sonido tumultuoso que sólo podía significar algo: los jinetes galopaban hacia ellos. Quesada alertó a sus hombres, y también los exaltó con gritos de guerra y victoria. Todos aguardaron a los jinetes; los aguardaron erizados, con sus fusiles, sus pistolas y sus sables listos para la lucha. Cuando vieron dibujarse las primeras sombras, hicieron fuego. El choque fue frontal y estalló entonces una lucha sin cuartel, donde la vida y la muerte se jugaban en cada disparo, en cada lanzazo, en cada sable que buscaba una garganta. Los gritos —los alaridos de guerra y de dolor— y el estruendo de las armas cubrieron la noche. No duró mucho: algo gritó uno de los jinetes y las sombras se alejaron, tan veloces como habían llegado. Y luego, otra vez el silencio.

Aguardaron, siempre erizados, durante un tiempo que temieron no tuviera fin, porque ¿quién de ellos, en qué exacto instante, decidiría que los jinetes ya no habrían de volver? Sin embargo, casi al margen de sus conciencias, comenzaron a aflojarse sus músculos. Las manos dejaron de aferrar los sables con la tensión de la espera. Los

fusiles ya no apuntaron hacia las sombras, sino que fueron apoyados sobre la arena. El cabo Zavala ya no agitó ni mantuvo en alto la bandera. Y el teniente Quesada, por fin, tomó la decisión: «Se han ido», anunció. Y entonces, bruscamente, vio al clarín Eduardo Cruz sobre la arena, con los ojos abiertos y una lanza clavada en el pecho. Quesada dijo: «Sepulremos los cadáveres».

El doctor Forrest entró en la tienda del coronel Andrade. El coronel estaba sentado sobre el catre de campaña y sus ojos sólo eran una opacidad ajena a la vida. Sostenía entre sus brazos el cuerpo inanimado de la niña, ahora cubierto de sangre. El doctor, cautelosamente, se le acercó y dijo: «Coronel, he de tomar el cuerpo de la niña. Lo haré porque está muerta y debemos darle sepultura». El coronel nada hizo, ninguna expresión atravesó su rostro. El doctor tomó de entre sus brazos el cuerpo de la niña y lo cargó entre los suyos. Luego, abandonó la tienda.

Iluminados con antorchas, los soldados ambulaban tras los cadáveres. También el teniente Quesada estaba al frente de esta tarea; no en vano el coronel Andrade lo había acostumbrado a ella. Ahora la aceptaba, como había aceptado otros horrores durante esa campaña. Varios soldados cavaban un foso amplio aunque no profundo: allí arrojarían los cuerpos.

Quesada vio llegar al doctor Forrest cargando el cadáver de la niña entre sus brazos. El doctor se detuvo a su lado. Quesada acarició los cabellos de la niña, despejándole la frente. Dijo: «Que cavén una fosa para ella. Que la sepulten sola. Y si existe alguien en este Regimiento capaz de decir un rezo junto a su tumba, que lo haga».

Pronto amanecería.

Habían perdido más de cuarenta hombres. No contaron los cadáveres enemigos, pero eran pocos; quizá por eso prefirieron ignorar su número. Al amanecer reanudaron la marcha.

«Sólo tenemos un par de heridos», informó el doctor Forrest al teniente. «Para nuestro infortunio, el enemigo ha sido certero». Quesada llamó al rastreador Ramírez. Y le dijo: «Ramírez, esfuerce sus sentidos. Le ordeno que su visión sea infalible. Guíenos hasta el Fuerte Independencia; y encuentre el rastro que nos conduzca sin la menor dilación. Nuestros hombres sólo estarán serenos al abandonar este territorio. No podrían soportar otro ataque». Ramírez asintió, pesaroso. «Lo sé», dijo. Y añadió: «Confíe en mí, teniente. Si mantenemos esta marcha, no tardaremos más de tres días».

Así fue. O casi; porque demoraron cuatro. La anhelada visión del Fuerte Independencia los tranquilizó: estaban —por fin— en territorio conocido. Pero fue triste observar lo que había permanecido del Fuerte: un montón de troncos carbonizados y unas cenizas que el viento agitaba caprichosamente. Todo ha sido desolación, muerte y locura. Nada que pueda alimentar nuestro orgullo dejamos atrás. Ni siquiera hemos sido valientes.

Ahora emprendían la marcha hacia Buenos Aires. Nadie sabía qué ocurría en la ciudad. Pero, ¿a quién podía importarle? Algún destino, ya prefigurado por otros, los aguardaría allí: sólo tendrían que entregarse a él.

Cerca de un mes demoraron en llegar. Durante ese tiempo, sosegaron sus nervios, marcharon lentamente durante el día y acamparon durante la noche. Cuando llegaba este momento, armaban las tiendas, encendían las fogatas, comían y se entregaban a las viejas conversaciones, aquéllas que los animaban en el Fuerte Independencia: las luchas del pasado, las grandes o pequeñas glorias, las leyendas. Con tanta obstinación lo hacían, que se diría que buscaban una sola finalidad: olvidar la historia reciente, la más triste de todas las campañas que los habían convocado.

El coronel Andrade no abandonó nunca la carreta que lo transportaba. Ni siquiera lo hizo para buscar el sueño, pues también solía dormir en ella. Y si la noche era fría, lo cubrían con unas mantas, y allí quedaba. Permaneció ajeno a todo, no pronunció palabra, su mirada atravesó cualquier objeto que se le interpusiera, y estuvo siempre perdida en algún soterrado punto del universo, que sólo él conocía, o también ignoraba. Lo custodió el soldado Ortiz, con tanto esmero como había custodiado a la niña.

Durante un atardecer, una extensa mancha oscura surgió en el horizonte. Domingo Ramírez miró al teniente Quesada. Luego levantó una de sus manos, señalando, y dijo:

—Buenos Aires.

Quesada condujo el Regimiento hasta el cuartel de la Recoleta. Aquí desensillaron. Los soldados del cuartel miraron con curiosidad y hasta con recelo sus uniformes corroídos por el sol, por el viento y la ceniza. Algo también debían tener en los rostros —quizá las marcas del agotamiento y la tristeza—, pues se los escudriñaron pasmados, como si regresaran del infierno. De allí venimos, pensó Quesada.

Habló brevemente con el comandante del cuartel: un tal coronel Campos, que lo recibió en su despacho. «Esta es la División Andrade», informó Quesada. «O lo que de ella queda». Campos, previsiblemente, preguntó por qué no estaba al mando el coronel. «Porque ha enloquecido», dijo secamente Quesada. Campos no se sorprendió: era como si considerara razonable —sencillamente normal— que los coroneles enloquecieran durante la guerra; o cometieran, al menos, actos demenciales. «¿Usted tomó el mando?», preguntó. «Así es; no tuve otra posibilidad», respondió Quesada. Y añadió: «Conté, además, con el respaldo de la tropa». «Eso no es importante», dijo Campos. Miró duramente a Quesada y dijo: «Espero y deseo que no haya incurrido en un acto de rebelión, teniente». «No fue así», dijo Quesada. Campos tosió y se estregó las manos. «De cualquier forma», dijo, «nada de esto me compete». Y como quien ha tomado una decisión, continuó: «Usted partió del Fuerte de esta ciudad, teniente. De modo que hágase cargo de su coronel loco y entréguelo allí. Conmigo quedará su Regimiento. Luego veremos». Hizo una pausa, carraspeó y dijo: «Nada más. Retírese».

Quesada regresó al patio del cuartel. Ya era noche cerrada. Algunos faroles despedían una luz insuficiente. Quesada buscó al doctor Forrest. Le dijo: «Debemos entregar al coronel en el Fuerte. Y debemos hacerlo ahora. Acompañeme». El doctor asintió. Buscaron un caballo para el coronel y —no sin esfuerzo— lograron que lo montara. «Sujete fuerte las riendas, coronel», le dijo el doctor. «O caerá del caballo». El coronel obedeció. O al menos, hizo como si lo hiciera, ya que sostuvo las riendas entre sus manos, aunque con extrema flojedad. Sea como fuere, allí estaba ahora: montado sobre un caballo y listo para partir. Quesada y Forrest saludaron a algunos hombres —a Domingo Ramírez, al sargento Castro, a Ortiz y a otros— y montaron sus cabalgaduras. Debían atravesar buena parte de la ciudad.

Al paso lento, abandonaron el cuartel.

La oscuridad era aún mayor en las calles que en el cuartel. No había luna. En cada cuadra, clavado en un muro o atado en el extremo de un poste, un farol con una vela de sebo. La ciudad estaba silenciosa y solitaria. Sólo se oía el ruido de los cascos de los tres caballos. El coronel vacilaba en su silla, tambaleándose según los pasos que diera su animal, pero no parecía en peligro de caer. Cuando llegaban a alguna esquina, cuando transitaban cerca de algún farol, sus sombras se alargaban contra los muros, como si huyeran o se esfumaran. Así, llegaron hasta el Fuerte.

Quesada se identificó ante la guardia y entraron. El patio del Fuerte estaba levemente más iluminado que el otro, el del cuartel de la Recoleta. Pero sólo esto: levemente. Además, una luna mezquina acababa de asomar, y alguna luz arrojaba. Quesada se apeó del moro y pidió a un sargento que le avisara al coronel Vicente Lagos que aquí estaban ellos: él, el doctor Forrest y el coronel Andrade, pero que era él quien deseaba hablarle. El sargento —entre indiferente o aburrido, pero en modo alguno curioso— echó una mirada sobre el coronel. Luego se alejó sin apuro.

Al rato, regresó. «El coronel lo espera», dijo. Quesada miró al doctor. «Ya vuelvo», le dijo. Y caminó hasta el despacho del coronel, que —dedujo— no sería otro que aquél donde éste le entregara (¿cuánto tiempo hacía ya?) el sobre para el coronel Andrade y la biografía del héroe. Golpeó, alguien dijo «entre», y entró.

Allí estaba el coronel Vicente Lagos, con su barba y sus pequeños ojos inquietos. Indagó brevemente a Quesada, quien respondió todas sus preguntas. Luego, refiriéndose al coronel Andrade, dijo: «Haga que lo envíen a la enfermería. Ya nos ocuparemos de él». «Sí, señor», dijo Quesada, no sin sorprenderse por la naturalidad con que Lagos aceptaba la locura de Andrade. Bruscamente pensó: esa locura estaba prevista, formaba parte de esta guerra, ya había sido dibujada en algún mapa de campaña, y así todas nuestras desdichas. Evitó este vértigo y preguntó: «¿Necesita algo más de mí?» «Sí», asintió Lagos. «Váyase por un tiempo. Desaparezca. Luego lo llamaremos». Encendió un cigarro y concluyó: «Si es necesario».

Quesada regresó al patio del Fuerte. Allí, todavía sobre su cabalgadura, estaba el coronel Andrade: el héroe de la Independencia, el guerrero temible, el hombre que los había atormentado en el desierto. Tenía la cabeza gacha, el rostro en sombras y sostenía blandamente las bridas. Quesada llamó al sargento y a un par de soldados. Les dijo: «El coronel Lagos ordena que conduzcan al coronel Andrade hasta la enfermería». El sargento miró al coronel y sonrió. «Si es que puede llegar», dijo. «No se insolente», dijo Quesada, con más furia que palabras. El sargento no respondió. «Ayúdenme», dijo a los soldados. Hicieron descender al coronel del caballo y lo llevaron lentamente hasta la enfermería. Quesada giró hacia el doctor y le preguntó: «¿Lo dejarán allí?». El doctor movió negativamente su cabeza. «No creo», dijo. «Mañana lo enviarán al Asilo para Hombres». Hizo un silencio, y luego dijo: «Es allí donde los mandan». «¿A los locos?», preguntó Quesada. «Sí», contestó el doctor, «a



los locos».

Permanecieron en silencio durante un largo momento. Sabían que se estaban despidiendo. El doctor Forrest dijo: «Regreso al cuartel de la Recoleta, teniente. Con los soldados. Todavía pertenezco a ese Regimiento». Quesada sonrió tristemente. «Al menos tiene un lugar en el mundo», dijo. Forrest preguntó: «¿Y qué será de usted? Si deseo verlo, ¿dónde estará?» Quesada vaciló. Unas nubes densas cubrieron la luna y la oscuridad se adueñó del patio del Fuerte. Quesada dijo: «Viviré en el barrio del Tambor. En el rancho de Baigorria».

Se abrazaron. Luego, el doctor montó su caballo y se alejó. Quesada tomó las bridas del moro y lo condujo hasta la caballeriza. Aquí, le acarició el cuello. Con la mano muy abierta, pesada, le acarició largamente el cuello. Entonces, recién entonces, lo abandonó.

Eligió un alazán, lo montó y buscó la salida del Fuerte. A través de la ventana de la enfermería, creyó adivinar la sombra del coronel Andrade.

Se internó entre los rancheríos del Tambor. Otra vez surgieron esas construcciones exiguas, pintadas de rojo y agrietadas por los soles. Más que verlas, las adivinó: la noche seguía siendo muy oscura, la luna mezquina. Había fogatas, con hombres conversadores que se arrebujaban alrededor. Y el griterío lejano de alguna riña de gallos.

Finalmente llegó al rancho. Seguía tal como lo dejara; pintado con los colores de los *dragones*: azul, colorado y blanco. Ató el caballo a un poste y caminó hasta la puerta. Estaba asegurada con una correa de cuero. El teniente extrajo su sable y la cortó de un tajo. Entró.

No había nadie. Se sentó y esperó. Sobre la mesa, estaban el mate y la pava de Baigorria. Observó el cuarto: había muchas cosas de Baigorria, objetos que él ya no usaría ni vería jamás, pero que ahora señalaban su ausencia. Era así: también los muertos dejan un rastro.

Alguien apartó entonces la cortina que separaba las dos partes del rancho. Era Tumba. Lucía tan hermosa, oscura y salvaje como en el recuerdo del teniente. Allí estaba: la mujer por la que Baigorria perdía el sueño durante las noches del desierto. Vestía una tela leve anudada en la espalda. También así la recordaba el teniente. Se sentó sobre el camastro y quedó en silencio, como si aguardara.

—Baigorria está muerto —dijo Quesada—. Murió en el desierto. Lo ataron a un cañón e hicieron fuego. Voló por los aires, despedazado.

Tumba se puso de pie y abandonó el cuarto.

El teniente se tendió sobre el camastro. En instantes, dormía.

Durmió mucho: era mediodía cuando despertó. Desde la mesa, Tumba lo miraba. Se sentó frente a ella. La mujer comía una carne magra. Cortó un pedazo, lo puso en un plato y lo extendió hacia el teniente. «Gracias», dijo Quesada; pero ella nada dijo. Se levantó, agarró un vaso y le puso vino. Luego lo colocó frente a Quesada. Quesada bebió un largo trago y volvió a decir «gracias»; pero ella tampoco contestó y salió del cuarto.

Quesada se puso de pie, se secó la boca y sacudió el polvo de su uniforme. Después abandonó el rancho. Allí, donde lo había dejado, estaba el alazán. Lo montó y partió al trote corto.

Conocía el Asilo para Hombres: había cruzado un par de veces frente a él —indiferente o ignorándolo a conciencia—, como se cruza frente a esos lugares con los que uno confía no tener nunca relación alguna. Ahora la tenía: ahora estaba allí el coronel Andrade.

Poco demoró en llegar. Era una construcción amplia, de color amarillo. Se apeó del alazán y se acercó a la puerta. Algo llamó su atención: un carro desvencijado, pintado de blanco, estaba detenido unos metros más allá. Un par de hombres colocaban en él, arrojándolo casi, un bulto envuelto por una tela también blanca. Preguntó a un hombre que estaba en la puerta:

—¿Qué lleva ese carro?

El hombre hizo un gesto ambiguo; como si le sorprendiera la pregunta, o como si no hubiera mucho que explicar.

—Son los muertos, oficial —dijo. Y ante el silencio expectante de Quesada, agregó—: Muere mucha gente aquí. Casi todos los días, dos o tres. Pero enseguida vienen otros.

—¿Y adónde los llevan?

—¿De veras le interesa?

—Contésteme —dijo duramente Quesada.

El personaje —vestía un delantal gris; tenía un rostro pálido, con ojeras profundas y violáceas— se encogió de hombros.

—Para las afueras —dijo—. Hacia el sur los llevan. Cavan un foso grande y los arrojan allí. La mayoría no tiene familia. Y si la tienen, da igual: nadie los reclama.

—Busco al coronel Manuel Andrade —dijo Quesada—. ¿Está aquí?

—Hoy trajeron algunos, como siempre —contestó el hombre. Y entonces extrajo unas llaves del bolsillo del delantal. Enseguida dijo—: Acompañeme.

Atravesaron un extenso pasillo y se detuvieron frente a una puerta con cristales. Quesada miró hacia adentro: era una enorme habitación poblada por numerosos seres con delantales blancos. El hombre abrió la puerta. Y después dijo:

—Si a ese coronel que usted dice lo han traído, debe estar aquí. Encuéntrelo.

Quesada entró en la habitación. Lentamente, comenzó a recorrerla, buscando.

Eran hombres extraviados, mortalmente pálidos. Algunos tenían los ojos en blanco. Otros, con la boca muy abierta, miraban obsesivamente una baba lenta que se deslizaba desde sus labios. Contra un rincón, descubrió al coronel Andrade. También vestía un delantal blanco.

Quesada se le acercó cuidadosamente. Sentía vergüenza y dolor por tener que verlo así, en ese lugar, compartiendo su destino con esos muertos en vida. Se detuvo a su lado y —apenas susurrando— alcanzó a decir:

—Coronel.

Andrade estaba apoyado contra la pared. Estaba pálido, aunque no como los otros habitantes de ese infierno silencioso y blanco. Ante su indiferencia, Quesada repitió:

—Coronel. —Juntó coraje y añadió—: Soy el teniente Quesada.

El coronel continuó sin mirarlo. No lejos de él, había un ventanal. Su mirada se perdía por allí.

Entonces Quesada preguntó:

—Coronel, ¿qué había en *Las Aguadas*? —Se contuvo. Y luego, casi con temor, insistió—: ¿Qué vio usted allí?

La mirada del coronel siguió perdiéndose a través del ventanal.

El coronel no contestó.

Quesada abandonó el Asilo y se alejó tristemente. Poco después, se internaba una vez más entre los caseríos del Tambor. Llegó a la casa de Baigorria. O a la de Tumba, porque era la mujer negra quien ahora vivía en ella, sola.

Entró. Tumba estaba allí. Estaba sentada cerca de una olla humeante. Vestía esa tela leve que excitaba a Quesada y cosía alguna ropa. No se molestó en elevar su mirada cuando entró el teniente. Siguió con su tarea, sin más.

Quesada apartó la cortina y entró al otro cuarto. Se quitó la chaqueta, el sable y se acostó sobre el camastro. Desde allí, nunca podría olvidarlo, había escuchado los quejidos y hasta los gritos incomprensibles y salvajes de Tumba mientras Baigorria la poseía. Este recuerdo le demoró el sueño.

Aunque luego durmió excesivamente; se despertó con las primeras sombras del anochecer. El cuarto estaba en penumbras, pero una certeza lo inquietó: otra persona había allí. Alguien, desde las sombras, lo miraba. Buscó y enseguida descubrió el brillo de los ojos de Tumba. También podía oír su respiración agitada. Encendió una vela. Una luz vacilante y rojiza iluminó el cuerpo de la mujer.

Quesada se puso de pie y se acercó a ella. Tumba pareció erizarse, como si supiera que el hombre, ahora, iba a tocarla y temiera o rechazara ese contacto. Quesada extendió su mano, buscándole el cuerpo. Tumba giró repentina, eludiéndolo. Quesada, entonces, la golpeó brutalmente en la cara. Tumba cayó sobre el camastro. Y allí quedó, mirando al teniente, con la respiración exaltada. Un hilo de sangre se deslizaba desde su boca. Quesada se le acercó, se acostó junto a ella y le recorrió el cuerpo con sus manos. Tumba lo dejó hacer: algo se retorció, buscando ya con su cuerpo las manos del teniente, y algún quejido gozoso salió de su boca sangrante. Quesada le buscó esa sangre: la bebió del manantial de sus labios carnosos, excesivos, y con ella le humedeció el sexo. Después la penetró.

Hubo entonces un dilatado festín de los cuerpos. Y luego, cuando se hubieron apaciguado, mientras yacían uno junto al otro, desnudos, Quesada dijo:

—Baigorria me confesó que tenías una historia. —Y preguntó—: ¿Cuál es? —Y añadió—: Quiero conocerla.

Tumba se puso de pie. Buscó la tela con la que se cubría y abandonó el cuarto.

Quesada durmió esa noche y también lo hizo desmedidamente; era como si tuviera infinitos cansancios que saldar. Miró en un espejo su rostro hinchado cuando despertó. Pero, ¿acaso había despertado ya? Innumerables imágenes del sueño se prolongaban en su vigilia. Buscando ahuyentarlas, hundió en un balde desbordante de agua fría su rostro y parte de su cabeza. Recién cuando lo hubo hecho, sintió que el día comenzaba.

Se vistió y entró en el cuarto contiguo. Aquí estaba Tumba. Evitó hablarle, pues sabía que ella no le contestaría, pero le gustó encontrarla. Otra vez cosía alguna prenda y vigilaba una olla sobre el fuego. Quesada abandonó el cuarto y salió al sol. Era un día luminoso, y también la época en que el calor comenzaba a retirarse.

Quesada montó el alazán y se dirigió hacia el Asilo. Una vez aquí, buscó al hombre del delantal gris: el que ayer le abriera la puerta de la habitación donde encontrara al coronel Andrade. No demoró en hallarlo y le dijo que deseaba ver al coronel. El hombre del delantal gris vaciló.

—¿El coronel? —preguntó— ¿El hombre con el que usted estuvo ayer?

—Sí —dijo Quesada. Y con mucha firmeza, agregó—: Usted sabe quién es. Quiero verlo.

El hombre movió pesarosamente su cabeza. Y entonces dijo:

—Llegó tarde, teniente. Hoy, durante la madrugada, su coronel comenzó a gritar. Junto con algunos enfermeros, lo buscamos. Pero con sus gritos, alteró a otros enfermos y toda la habitación se transformó en un infierno. Quiero decirle: un infierno todavía mayor del que siempre es. Nos fue difícil entonces encontrar a su coronel. Pero lo hicimos: era el que más gritaba.

El hombre hizo una pausa. Quesada lo urgió:

—Continúe —dijo.

—Cuando llegamos a su lado, estaba doblado sobre sí. El dolor lo quebraba. De pronto, lanzó un vómito oscuro y se derrumbó. Había muerto.

—Cómo.

—Murió, teniente.

El teniente no atinó a decir palabra. Confusamente, como en un vértigo, pensaba: «El coronel está muerto». El hombre del delantal gris seguía frente a él, impassible ahora, ya sin pesar alguno, simplemente esperando. El teniente preguntó:

—¿Y dónde está? ¿Dónde lo llevaron?

—Usted también sabe eso, teniente —dijo el hombre—. Ayer se lo expliqué. Lo cargaron en ese carro que usted vio, junto con otros cadáveres. Fueron cinco los que murieron ayer. No sólo su coronel.

—¿Cuánto hace que los llevaron? —preguntó Quesada.

—No más de media hora.

Quesada abandonó el Asilo y corrió en busca de su alazán: lo montó de un salto y

partió al galope. En medio de esta exhalación, recordó las palabras que el hombre le dijera ayer: «Hacia el sur los llevan. Cavan un foso grande y los arrojan allí». Y también: «La mayoría no tiene familia. Y si la tiene, da igual: nadie los reclama».

Hoy no sería así: hoy, el teniente Julián Quesada reclamaría al coronel Andrade.

Poco demoró en avistar el desvencijado carro blanco. Marchaba lentamente, a los tumbos, cargando unos bultos también blancos. Estos bultos —tal como le dijera el hombre del Asilo— eran cinco: cinco cadáveres indignos, que nadie quería honrar ni mantener en la memoria. Quesada desenvainó su sable.

Espoleó vigorosamente su alazán y galopó hasta colocarse a la vera del carro. Aquí, exhibiendo el sable, gritó al hombre que conducía:

—Deténgase o lo mato.

Era un hombre seco, arrugado y pálido. También él parecía un cadáver. Detuvo el carro.

—¿Qué pasa, oficial? —preguntó con una voz agrietada por el alcohol y los años.

—Nada que a usted le importe —dijo Quesada—. Déjeme hacer y no diga una palabra.

Se apeó del caballo y subió al carro. Los cadáveres estaban envueltos en sus propios delantales. Les habían arrojado algo de cal. Despidieron una pesada polvareda blanca cuando Quesada comenzó a moverlos. Con su sable, fue cortándoles la tela allí donde debían tener el rostro. Un rostro. Otro rostro. Y otro más. El cuarto fue el del coronel Andrade: estaba tan pálido, tan consumido y tan muerto como los restantes. Quesada envainó su sable y tomó entre sus brazos el cadáver del coronel. Luego, descendió del carro y lo colocó sobre la montura del alazán. Giró hacia el hombre del carro.

—¿Tiene una pala?

—Sí.

—Démela.

El hombre se la dio.

El teniente Quesada la sujetó en la montura. Luego montó el alazán y partió al galope.

Galopó rumbo al desierto. Ninguna otra idea alentó su imaginación: sólo esa. Enterrar al coronel en el desierto, donde los había atormentado y donde su razón penetrara en el laberinto final. Enterrarlo allí; solo y digno.

Galopó hasta casi reventar el caballo. Cuando advirtió que esto podía ocurrir, se detuvo y miró a su alrededor. Hemos llegado, coronel. No hay visión alguna sobre el horizonte. Sólo arenas, sol y algo de viento. No existe nada más cercano a la Eternidad que este paisaje.

Acarició suavemente el bulto blanco que yacía sobre su montura. Eso, ahora, era el coronel Manuel Andrade. El teniente Quesada era un guerrero, un hombre acostumbrado a dar y enfrentar la muerte, que había hecho de ella su profesión. Sin embargo, y aún más con el transcurso de los años, seguía pareciéndole el más extraordinario de los hechos, el más sorprendente y hasta el más antinatural. Se apeó del alazán.

Caminó azarosamente unos pasos sobre ese lugar del desierto. ¿Dónde enterrar al coronel? Dio algunas vueltas más, indeciso. Hasta que una certeza se adueñó de su ánimo: cualquier lugar sería bueno. Sólo habría que cavar un foso, amplio y profundo, y buscar en el corazón de las arenas protección para la carne del coronel. Que el ardor del sol no le acelerara ni le volviera la putrefacción más indigna de lo que ya en sí misma era, que los pájaros de la muerte no lo profanaran, que fuera secreto el impudor de su desagregación postrera. Con esto alcanza, coronel. Y mi voluntad, mi respeto, y esta pala entre mis manos fuertes, lo conseguirán para usted.

Comenzó a cavar. Lo hizo con energía, casi sin detenerse. Un sudor abundante fue brotando de su frente y se deslizó a través de su rostro hasta caer sobre la arena. No demoró en concluir la tarea. En pocos minutos, un foso profundo y amplio se abría ante el teniente Quesada. Arrojó a un costado la pala. Alzó entre sus brazos el cadáver del coronel y lo depositó dentro del foso. Lo colocó boca arriba. Aún se le veía el rostro asomando entre la tela que el sable del teniente había cortado. Quesada lo miró por última vez. Ese era el rostro del coronel Andrade. Era su rostro muerto, el rostro de su cadáver. Pero ahora ni siquiera así —ni siquiera muerto— volvería a verlo. Ocultó el rostro con la tela blanca. Se puso de pie. Agarró la pala y cubrió el foso con arena. Luego arrojó la pala a un costado, lejos. Permaneció de pie, inmóvil, rígido, observando minuciosamente su tarea concluida. Siempre que lo desee, sabré dónde encontrarlo, coronel. Entonces desenvainó su sable, y lo clavó sobre la tumba.



Volvió al paso lento. Tan lentamente volvió que ya era el atardecer cuando llegó a la ciudad. Se internó una vez más entre los rancheríos del Tambor. La realidad se le desdibujaba, sólo veía sus imágenes internas: las paladas de arena cayendo sobre el cuerpo del coronel Andrade, quien ni siquiera pudo morir con su uniforme de guerrero de la Independencia, sino con ese delantal blanco, injuriado por la cal.

Llegó al rancho. Ató el caballo y cuando miró hacia la puerta lo estremeció el asombro: estaba abierta. ¿Por qué? Tumba acostumbraba a cerrarla con una correa. ¿Qué había ocurrido? Entró.

Cerró la puerta con violencia y gritó: «¡Tumba!» No estaba allí. Apartó la cortina y entró en el otro cuarto. Estaba el camastro donde la poseyera. Había una vela agónica, casi consumida por completo. Había algunos trapos. Pero no mucho más. «¡Tumba!», volvió a gritar. ¿Habría huido?

Volvió al cuarto del frente. Volvió a abrir la puerta. Volvió a gritar:

—¡Tumba!

Frente a la puerta, había dos hombres. Uno de ellos, dijo:

—No soy la persona que busca, teniente. Pero soy la que necesita.  
Era el doctor Forrest. El otro, Benjamín Villalba.

Le contaron una historia breve y quizá previsible: días atrás —con sumo retraso y posiblemente cuando ya nadie lo esperaba—, el teniente Juan Ramón Costa, hijo de don Nicasio Costa, había regresado del Brasil. Enterado de las circunstancias en que su padre había muerto, enterado también de las calumnias que sobre su persona había proferido el teniente Julián Quesada —quien, según le habían informado unánimemente, había denunciado su cobardía durante las acciones de Ituzaingó—, deseaba batirse a duelo con su antiguo compañero de armas, y limpiar su honra, claro está, quitándole la vida.

Blas Otero y un próspero comerciante de apellido Acevedo, quienes asumieron la representación del oficial Costa, buscaron al doctor Benjamín Villalba, a quien indagaron por el paradero del oficial Quesada. El doctor Villalba, con ese fin, acudió al Fuerte de Buenos Aires, donde le informaron que un tal doctor Forrest, a la sazón instalado en el cuartel de la Recoleta junto a los restos de la División Andrade, era la persona indicada para guiarlo hasta el teniente Quesada. Así lo hizo el doctor Villalba, y por esta causa estaban ahora aquí, juntos y dispuestos a apadrinar al teniente Quesada en el inevitable duelo.

—Que, si usted no se opone, será mañana —dijo Villalba. Y agregó—: Al amanecer.

—Estaremos junto a usted, teniente —dijo el doctor Forrest, tratando de animarlo—. No le será difícil salir airoso.

Julián Quesada lo miró, y sonrió tristemente.

Mister Walters entregó un pañuelo a Blas Otero y otro al doctor Villalba. También les indicó dónde ponerlos. Luego, sobre ellos, se ubicaron los dos tenientes: Costa y Quesada. Les dieron las armas. El teniente Juan Ramón Costa era un hombre joven, no tendría aún veinticinco años. Aferró su pistola y se colocó de perfil.

Tiene miedo de morir. Finge lo contrario: se comporta como si el coraje lo impulsara. Pero hay algo que lo aterroriza: que yo levante mi brazo antes que el suyo, que apunte certeramente mi pistola y le hunda una bala entre los ojos. Por Dios, teniente Costa, ¿acaso no ve que ni siquiera me he colocado de perfil? ¿Que mi mano derecha apenas sostiene el arma, que bastaría un leve gesto para dejarla caer? ¿Que permanezco expuesto ante usted, de frente, abierto? Coraje, teniente, no vacile. Eleve su arma, apunte cuidadosamente y después no falle. Sólo eso le pido.

El teniente Julián Quesada murió sin intentar defensa.

Durante el viaje de regreso, el doctor Forrest miró a través de la ventanilla del coche. El sol del otoño era tenue pero cálido.

—Triste suerte la del teniente Quesada —dijo—. Era un mal día para morir.

Benjamín Villalba encendió un largo cigarro inglés.

—Ninguno es bueno —dijo.



JOSÉ PABLO FEINMANN. Nació en Buenos Aires. Es licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y ha sido docente de esta carrera en esa casa de estudios. Publicó más de treinta libros, que han sido traducidos a varios idiomas.

Entre sus ensayos, se cuentan *Filosofía y nación* (1982), *López Rega, la cara oscura de Perón* (1987), *La creación de lo posible* (1988), *Ignotos y famosos. Política, posmodernidad y farándula en la nueva Argentina* (1994); *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política* (1998); *Pasiones de celuloide. Ensayos y variedades sobre cine* (2000); *Escritos imprudentes* (2002), *La historia desbocada, tomos I y II* (2004), *Escritos imprudentes II* (2005), *El cine por asalto* (2006), *La filosofía y el barro de la historia* (2008), *Peronismo. Filosofía política de una persistencia argentina, tomos I y II*, *El Flaco* (2010), *Filosofía política del poder mediático* (2013) y *El peronismo y la primacía de la política* (2015) y *Crítica del neoliberalismo* (2016). Entre sus novelas: *Últimos días de la víctima* (1979), *Ni el tiro del final* (1981), *El ejército de ceniza* (1986), *La astucia de la razón* (1990), *El cadáver imposible* (1992), *Los crímenes de Van Gogh* (1994), *El mandato* (2000), *La crítica de las armas* (2003), *La sombra de Heidegger* (2005), *Timote. Secuestro y muerte del general Aramburu* (2009), *Carter en New York* (2009), *Carter en Vietnam* (2009), *Días de infancia* (2012) y *Bongo* (2014).

Es autor de las piezas teatrales *Cuestiones con Ernesto Che Guevara* (1999) y *Sabor a Freud* (2002), y de los guiones cinematográficos de *Últimos días de la víctima* (1982), *Eva Perón* (1996), *El amor y el espanto* (2000) y *Ay, Juancito* (2004). Su exitoso programa que emite Canal Encuentro, *Filosofía aquí y ahora*, concluyó su

octava temporada.